



Tormentas

Editada en Matamoros, Tamaulipas. Revista de Circulación Mensual. **Dirigida por:** Adán Echeverría.

Editora: Sandra Galarza Chacón // **Colaboraciones a** romeodiana luz@gmail.com Consejo Editorial: **Javier Paredes Chi,** **Cristina Leirana,** **Roberto Cardozo,** **Rocío Prieto Valdivia,** **Mario Pineda Quintal,** **Larissa Calderón** y **J.R. Spinoza.**

Contenido

Las cartas de Abdiel		Fuimos todas		Enmedio de la tormenta	
Estrella Gracia González	5	Adán Echeverría	66	Jorge Pacheco Zavala	80
Narraciones		Narraciones		Primeros pasos por la...	
Natalia Martínez Escamilla	7	Omar Rosa	68	Manuel Serrano	82
La teoría de los Grace		El sorprendente hombre gallo		Milagros frecuentes	
Samantha Niño Pardo	8	Adolfo Macías	70	René Fonseca	84
Ah, pinche cascabel		La deuda del naufrago		El deseo de Sofía	
Joel Bañuelos Martínez	15	Fernando Gutiérrez Almeira	72	Alfonso Díaz De la Cruz	86
Tormenta sin lluvia		Lluvia		Bebida elegante y ancestral	
Sonia Gabriela Ayala Cano	17	Santiago Vizcaíno	74	Samuel Parra	87
El cigarro que volvía		Toda la felicidad de...			
Carlos Enrique Saldívar	20	Nicolás Hochman	76		
Balance del castigo		Micro ficciones			
Alejandro Zapata Espinosa	25	Hugo Jensen	79		
El milagro					
Rosy Murillo	27				
Narraciones					
Ligia Chan Brito	28				
En tu honor					
Jimm León O.	29				
Este jueves de este otoño					
Guillermo Almada	37				
H.E.: 57					
Juan Rogelio	39				
La mujer invisible					
John Piedrahita	40				
Dolor					
José Baroja	42				
Coral blanco					
Emerson Lacayo	43				
Misiva de la rosa					
Adair Zepeda	44				
El cielo de los que sueñan...					
Miguel Lundin Peredo	46				
El peor castigo					
Claudio E. Mamud	47				
Noche de farra					
Ángel Domínguez Espinoza	49				
Pinceladas de una vida					
Inés Velázquez	55				
Barbie y Ken					
Rocío Prieto Valdivia	62				
El viejito que duerme...					
Baltazar Cordero	64				

Columnistas

Letras, romance y cafeína		
Karina Condado		89
Lectores somos		
Estrella Gracia González		90
Incipit		
Blanca Vázquez		92
Noveno Piso		
Sandra Galarza Chacón		94
Sopa de letras		
David Sarabia		96
Proyecciones de la mente		
Astrid G. Reséndiz		99
Interés superior		
Larissa Calderón		102
F es de Fantástico		
J.R. Spinoza		104
Bajo el barandal		
Rocío Prieto Valdivia		106
Mi punto de risa		
Roberto Cardozo		108
Nos vemos en el slam		
Mario E. Pineda Quintal		109

Imágenes de portada
e interiores de:

Ricardo Ariza

Tormentas son las que ha desatado la Nueva Escuela Mexicana y sus nuevos Libros de Texto Gratuito. Su lectura me llevó a escribir en redes sociales un texto que comenzaba así:

“Justo terminé de revisar los 5 libros de los 6 años de la educación primaria (ya me compartieron algunos de secundaria, pero los veré más adelante).

No encuentro adoctrinamiento. No encuentro daño a las infancias por ningún lado. Los libros son cinco, repito, por año.: Proyectos del Aula, Proyectos Comunitarios, Nuestros Saberes (Libro para alumnos, maestros y familia), Proyectos Escolares y Múltiples Lenguajes (se extiende en lecturas de ciencia, arte y literatura).

Todos los libros van entrelazando los temas, vistos desde diferentes enfoques: se ve español, aritmética, geometría, algoritmos, medidas, biología, anatomía, fisiología, ecología, medio ambiente, ciencias naturales, el espacio, el ambiente submarino; culturas prehispánicas, tradiciones, afrodescendientes, historia, ética, civismo, psicología, avances científicos, biografías, y muchísima **COMPRESIÓN LECTORA**: redacción de fichas, documentos de oficina, cartas, ensayos, reseñas, proyectos científicos.

Por ningún lugar vi adoctrinamiento. Vi modernidad, eso sí, y mucha. (...)”

Textos como éste los escribo cotidianamente en mis redes sociales, particularmente en Facebook; por textos similares alguna vez me invitaron a escribir columnas en un periódico impreso de Mérida, Yucatán, en el año 2010; y esta experiencia me permitió columnear en periódicos de Ensenada, Matamoros, Ciudad Victoria, y algunas otras ciudades del país. Sin embargo, nunca me había ocurrido que uno de mis textos desatara tal tormenta como ha ocurrido con dicho texto.

Al día siguiente de que lo escribiera ya se había compartido más de 5 mil ochocientas veces. Hasta que ya no ponían mi nombre, sino que copiaban el texto y se lo atribuían a la persona de donde lo habían leído. Algunos decidieron meterlo como columna para algunos periódicos, compartirlo en grupos de redes sociales, y llegué a ver y escuchar a youtubers que lo leían en sus canales, desde luego sin citarme.

¿Qué se le va a hacer? Dejad que tus letras lleguen al pueblo, decía Machado.

Tormentas de desinformación son las que han caído en cada rincón de este país con el tema de los Libros de Texto Gratuito, los han llamado virus comunista, libros para brujas, kamasutra, libros

satánicos, y tal como nuestro columnista Mario Pineda, aborda en su columna: todo México se ha puesto a leerlos. Esos milagros que ocurren desde que el Mesías Tropical asumió el poder.

Tormentas de miedo, tormentas depresivas, tormentas de desamores, violencias que atormentan nuestro día a día, si lo permitimos, claro.

Pero, ¿es posible resistir a las tormentas que caen sobre nosotros? En ocasiones no nos es posible, ya nos lo cuenta Ástrid en su columna de este número; no todos somos iguales desde el punto de vista de nuestro cerebro, y debemos entendernos, aceptarnos, comprendernos, ser empáticos.

Lo cierto es que después de la tormenta saldrá el sol, a menos que se trate de una tormenta nuclear que nos permita despedirnos de esta vida, de este planeta y ya no haya sol que ver al día siguiente, porque es probable que jamás se nos disipen los nubarrones.

Tormentas de tedio, tormentas de amor y del desamor. Nuestro ser poeta atormentado, nuestro ser escritores laureados.

Ciertas son las lluvias de ideas que nos llegan como creadores, y cierto es igual que muchas veces nos atormentamos con nuestra carrera de escritores que no alcanzamos a consolidar; sirva este apunte para felicitar a nuestros continuos colaboradores, a quien es parte de nuestro equipo JR Spinoza, así como a los escritores Samantha Niño y Edgar A Rivera, quienes se han hecho acreedores este mes de la Beca del PECDA Tamaulipas; extendamos la felicitación también a Kamila Castillo y a los demás compañeros de Matamoros, Tamaulipas, que fueron igual beneficiados con el mismo apoyo aún en otras disciplinas; es un placer enorme que nuestras páginas hayan servido para albergar algunas de sus obras literarias. “Después de las múltiples tormentas sale el sol”, no me cansaré de repetirlo.

¿Cómo definimos entonces las tormentas?

Son apenas algo por lo que habrá que atravesar, debemos entenderlo de esa forma, y no ahogarnos en nuestras miserias, en nuestras penas y tristezas; aunque para no hacerlo, la peor tormenta sea el intentar conocernos a nosotros mismos; y ése será siempre un camino que jamás dejará de asustarnos, atraviesa tu propia tormenta de egos, intenta embotellarlos, libérate del constructo que han hecho de ti, encuentra tu mar en calma: te lo mereces.



Las mesas vestían arreglos frescos de hortensias y largos manteles blancos que yacían sobre el césped. Los vergeles empapados en cantos, vida y color se iluminaban por las bombillas y bajo los matices del alba, mientras los invitados recorrían el jardín degustando té o algún aperitivo. Salí de la estancia en cuanto me comunicaron que todos se encontraban presentes y las felicitaciones me acompañaron hasta mi lugar. Mis padres pidieron a los meseros que la comida fuera servida y tomamos asiento.

Nadie puede ser más imprudente que una persona llegando tarde a un evento; a lo lejos percibí a un caballero sonrojado pretendiendo disimular su prisa con ese gesto delatador que dice: “lo siento”.

La comida aconteció sin novedad y tras cortar el pastel, los hombres mayores se reunieron para charlar sus afines, al igual que las señoras. Las parejas fueron a pasear y aquel caballero imprudente aprovechó para acercarse al grupo en el que me hallaba; se presentó como Abdiel y nunca se borrará de mi mente lo que expresó: “Señorita, cuando sus padres las concibieron, dios andaba fogoso”.

No supe cómo reaccionar ante el atrevimiento; los conocidos a mi alrededor rieron, pero luego se marcharon dejándome sola con él. De cerca me pareció guapo, sin embargo, era tosca su expresión, a pesar de ello no quise juzgar y platicamos lo suficiente para conocernos. Entre nosotros, al menos entonces, descubrí que no hubo más que conocidos lejanos en común, como el primo del amigo que lo invitó.

Después de aquel día, pasé meses sin saber de él y las amistades solo lo recordaban por su irreverente frase. Una mañana llegó carta de él, se excusaba por no haber vuelto a mi casa con prontitud y esperaba con ansias el día para verme de nueva cuenta. «¡Que loco!» pensé. Dejé el sobre en la mesa del estudio y mi madre entró a la habitación diciendo que un joven de nombre Abdiel, le había escrito declarándole su interés por cortejarme.

Me sorprendí, porque según ella, sabía quién era ese joven y era de buena familia; además,

estaba muy complacida de que Abdiel se hubiese interesado por mí. Tan pronto como pudo mi madre respondió a la carta requiriendo su presencia. Y Abdiel se presentó ante mis padres.

El día que lo vi sentado en la sala me deleité observando su blanca piel y sus grisáceos ojos bajo cejas tupidas y labios escarlata. Definitivamente era muy guapo, aunque de palabras vanas.

Cuando se nos permitió salir de paseo, fuimos a caminar a la plaza, al bosque o al teatro para escuchar opera. Sin embargo, nuestra relación en mayor parte se basó en el intercambio de cartas. Era rehén de su profesión que le demandaba largos y constantes viajes lejos de nuestro círculo de amistades. «Salí inesperadamente de la ciudad», «regreso en unas semanas», «el trabajo me tiene anclado», «en cuanto regrese prometo pagar con creces mi ausencia», «eres mi luz, todo lo que hago es por ti» eran algunas frases que de continuo mencionaba.

Pasaron meses en los que no recibí correspondencia, y tuve que conformarme con la incertidumbre. Decidí calmarme, preferí guardar sus palabras en una caja bajo llave y la deposité en el ropero para no pensar en él.

Un día mi hermano mayor vino de visita, para asistir a la boda de un amigo, ex compañero de la universidad; al entrar me entregó un sobre que recién el cartero le había dado en la entrada de la casa; era de Abdiel, anunciando que por fin volvía de su largo viaje y quería verme para ofrecer disculpas por su tan marcada ausencia, deseando convivir conmigo lo más que pudiera, porque irremediamente se embarcaría de nueva cuenta en otro largo viaje donde estaríamos separados quizás por más de dos meses.

Mi madre se alegró, como si ella fuese la enamorada, y dijo que Abdiel era un buen muchacho; que mi deber como novia, era aprender a esperar y quitarme la cara de inseguridad. Sonreí.

—¿Cuándo vendrá el cuñado? Me gustaría que nos acompañara a la boda. —expresó mi hermano.

—No creo que llegue a tiempo.

Para acompañar a mi hermano a la boda

decidí ir a probarme unos vestidos para la recepción.

Él me acompañó y dada la confianza entre nosotros, aprovechó para aconsejarme acerca de los hombres.

De su pequeña lista, mencionó que no debía mostrar asombro hacia los hombres que quisieran deslumbrarme con su inteligencia, ni exhibir mi corazón roto; también me sugirió que fuera amable, pero jamás dócil ante ninguno. Nada de eso ocurría con Abdiel. Lo que sí ocurrió es que compré el vestido más hermoso que hasta entonces había usado.

Recuerdo que cuando llegamos a casa después de las compras, mi madre salió apurada a nuestro encuentro, traía una cajita en la mano:

—¡Abdiel se acaba de ir!, te estuvo esperando por varias horas y tuvo que marcharse de urgencia; dijo que enviará un telegrama para ver si puede posponer su viaje, de lo contrario, se embarcará esta misma noche. Pidió que te entregara esto.

Abrí el regalo, unos hermosos pendientes que decidí usar el día de la boda.

Llegó el momento de asistir a la fiesta, durante el camino, mi hermano comenzó a platicar acerca de su joven amigo que se casaría:

—No puedo faltar a esta boda, debo comprobar que en verdad se casa.

—¿Cómo es él?

—Se decía un hombre incasable, tiene tal verbosidad con la que ha conquistado una larga lista de mujeres.

Mi hermano aun reía cuando llegamos al salón. Todo lucía hermosamente decorado con rosas rojas; la orquesta amenizaba el evento, solo faltaban los novios. No perdí la ilusión de encontrarme con Abdiel; imaginé que llegaría sorprendiéndome, cubriendo mis ojos con sus manos, pero ya habían pasado varios días desde que se había visto con mi madre, así que indudablemente se había marchado.

Mi hermano fue a saludar a algunos amigos y yo me dediqué a caminar por el lugar, admirando los hermosos arreglos florales y me detuve a ver el cartel: Edward A. Jones y Lorena Bermudi; decidí fantasear: quizás más adelante vería mi nombre así: Abdiel y Elisa.

Escuché los aplausos que daban la

bienvenida a los novios y apresurada entré de nuevo; ellos bailaban el vals “Para Elisa” de Beethoven. Giraban en la pista, la novia lucía maquillada de amor y él se notaba fascinado de tenerla entre sus brazos, hermosa pareja.

¡Era Abdiel!

En cuanto terminó el vals, mi hermano por sorpresa tomó mi mano para que fuéramos a felicitar a su amigo.

Esperamos en la fila hasta que llegó nuestro turno. De cerca la novia parecía una reina, no sabía que decirle; creo que me percibió nerviosa porque ella inició la charla, dijo que le encantaban mis pendientes, respondí que había sido un obsequio de mi novio.

—Tiene buen gusto.

—No lo dudo, es usted hermosa.

Posteriormente felicité al novio.

Lo recordaba blanco, pero en realidad estaba pálido como un muerto; sentí que sus manos le transpiraban cuando mi hermano nos presentó.

—Te deseo todo lo mejor, Abdiel —dije.

—Es Edward —aclaró su esposa.

—Soy Edward Abdiel, mi amor.

Cuando nos retiramos a la mesa mi hermano dijo que algo extraño acontecía, porque me había dirigido a Edward como si ya lo conociera. Le dije que no, que no lo conocía.

Esa noche supe que nunca lo había conocido. A pesar de todo lo ocurrido, no quise marcharme para no mostrarle mi corazón roto a nadie, por eso cuando hubo la oportunidad bailé con él, intentó decirme algo, pero yo solo sonreí para ignorarlo.

Esa noche me divertí como pocas veces se puede gozar de una velada y esta fue una que en verdad nunca olvidaré. Ver el rostro de un hombre que se quiebra en sus mentiras es glorioso.

Poco antes de terminar la fiesta, la pareja se marchó para emprender su viaje de luna de miel que duraría un poco más de dos meses.

La curiosidad si mata gatos

¿Recuerdan ese dicho?, "La curiosidad mató al gato", pues yo sí, y lo recuerdo perfectamente bien, ¿Como lo olvidaría? Si mis padres siempre me lo decían, cada día, cada tarde, cada noche.

Tal vez me lo decían porque mis decisiones no eran las mejores. Una vez cuando tenía 5, casi incendio la cocina por creer que un fantasma aparecería delante de mí si ponía cinco velas juntas enfrente de la cortina. De todos modos, no pasó a mayores (afortunadamente) pero me dejó una severa quemadura en el brazo (sin mencionar que nos quedamos sin cortina).

"La curiosidad mató al gato" dijeron mis padres cuando estaban más calmados, aunque igual me castigaron, "no vas a ver dispositivos electrónicos durante dos meses" "¿dos meses?!", dije yo. Ese castigo fue suficiente para rascarme la panza por un buen tiempo (demasiado tiempo), y en mi aburrida rascada de panza se me ocurrió una asombrosa idea después de ver mi quemadura: hacer una mezcla para curarla. Me dirigí a la cocina cuando todos dormían, estaba tan oscuro que apenas distinguía lo que agarraba, pero agarré lo que creí necesario (si es que en verdad estaba agarrando eso). Lo último que recuerdo es que le eche agua y delicadamente puse mis codos sobre la mesa donde estaba el recipiente, de no ser que la mesa fuera tan

resbalosa me hubiera quedado dormido, así que antes de irme a mi recamara quite todo de este, excepto el agua, como si fuera un té. Luego me fui a dormir, ni siquiera lo probé, tenía mucho sueño "mañana lo pruebo".

A la mañana siguiente fui emocionado directo a la cocina, y en vez de ponerme la mezcla en la quemadura, la curiosidad me ganó y bebí todo, sin dejar una sola gota "¿Con esto podré identificar que le eche?" Pensé. Se sentía raro y me empezó a doler la panza, entonces me desmayé.

Al despertar estaba muy confundido, veía una cara, pero una cara desconocida, pensé que era un doctor, pero entonces vi el lugar que estaba detrás, no era mi casa, ni parecía hospital. Esa persona tenía cara de concentración, no cabía la duda de que estaba prestando atención a algo, así que yo igual lo hice, traté de orientarme lo mejor posible, y me percaté de algo, letras, letras por todas partes que narraban lo que pensaba. No lo quería admitir, no quería, ni siquiera esto era creíble, esto era increíble. Me quedé pasmado por un largo tiempo, reflexionando, pero ¿Qué podía hacer yo? Debía admitirlo, aunque no quisiera, esa era la realidad, "Soy un cuento, una historia, no existo. La curiosidad si mata gatos".

La planta

Hay una planta en mi jardín, la cuido y la quiero mucho, al igual que paso tiempo con ella, le cuento de mi día a día, cómo me siento y si he viajado a algún lugar, mientras le cuento todo la voy regando, hablando y regando, hablando y regando, para mí esto es muy divertido, entretenido e interesante.

¡No lo había mencionado! La planta llegó a mi hace pocas semanas, como cuatro o cinco, ya está un poco grande, pues me la dio una amiga que la había cuidado por un año, realmente ya era mía en ese entonces, pero me mude temporalmente a Inglaterra,

así que le pedí que la comprara y cuidara por mí, mi amiga es conocida por ser muy empática, amable y educada, así que acepto (creo que pensó que me iría por menos tiempo, de hecho, le había dicho que era un viaje de vacaciones y no una mudanza temporal).

No es mi culpa, no sé por qué, pero poco después, mi querida plantita se murió, su tierra se veía muy café, casi negra, así que yo suponía que estaba bien y sana. Consulté con un especialista en ello, y dijo que se había ahogado de tanto regarla, de tanto regarla la había matado.

Sentado en el suelo con la espalda recargada en la cama perteneciente a su difunto hermano, Sean Grace por fin descargó su llanto. En el fondo estaba consciente de que a Tyler no le quedaba mucho tiempo, sabía que la leucemia no perdonaba; la culpa lo consumía, repasaba en su mente una y otra vez aquella última llamada.

«Hola, Sean, ¿estás ocupado?». La llamada consistió en algunos minutos de chistes entre hermanos y súplicas inocentes de Tyler para que fuera a visitarlo (cosa que rara vez hacía... no, realmente nunca lo había hecho) y extrañamente Sean lo tomó con naturalidad, como si aquella fuera alguna tradición suya, como si suplicar una visita fuera normal. Sean le regañó, recordándole que podría verlo desde la televisión, ya que aquella noche se preparaba para un importante juego. «Lo siento, Tyler, iré mañana, lo prometo. La estrella no puede faltar, lo sabes, ¿verdad?», ambos rieron, y aquella sería la última vez que Sean escucharía la risa de su hermano... a través de la línea telefónica.

La noticia llegó a él después de aquel juego en donde ganaron, justo después de haber pedido permiso para quedarse con la pelota ganadora, un regalo para Tyler quien amaba el beisbol tanto como él. Al sacar el teléfono de su mochila solo pudo visualizar más de doce llamadas perdidas del hospital, y aún el doble de sus padres. Subió a su auto y condujo sin cuidado alguno. «Home Run» de Seventeen sonaba en la radio, una melodía demasiado alegre para la situación. Al llegar al hospital corrió hasta la habitación perteneciente a su hermano, encontrando a sus padres llorando afuera de esta, hablando con un médico.

Con pasos lentos, Sean entró en aquella habitación, vítores y aplausos inundaron sus sentidos, podía escuchar su propia voz. Al ver la televisión se encontró a sí mismo respondiendo las preguntas de un reportero, la entrevista de hace una semana sería transmitida hoy al final del juego. Y ahí estaba Tyler, al parecer las horas más duras ya habían pasado, ya que su cuerpo no se encontraba conectado a nada, estaba boca arriba con los ojos cerrados, como si estuviera

durmiendo. Sean acomodó su cuerpo como si estuviera viendo la televisión y, sin dudarlo, se sentó a su lado, tomando su mano.

—¿Acaso no soy lo suficientemente gracioso, Tyler? ¿Por qué duermes?

Tal vez si Sean hubiera puesto a prueba la Paradoja de Schrödinger, su hermano aun estaría vivo, al menos para él. Sean no dejó el hospital aquella noche, fue la mano de una enfermera quien lo hizo despertar.

—¿Joven?, esto es de su hermano. —La enfermera se

encontraba sosteniendo una pequeña libreta—. Él siempre la traía consigo, alguna vez me dijo que sus sueños se encontraban en ella.

Éramos buenos amigos, en verdad lo siento.

—Una lagrima rodó por su mejilla.

—Gracias.

Claramente conocía aquella libreta, pero su hermano jamás le había dejado verla. Siempre imaginó que al tenerla en sus manos se sentiría triunfante, material para molestar a su hermano de por vida, pero ahora, al tenerla, solo quería deshacerse de ella.

Todo se encontraba listo para el funeral. Ante el momento de la despedida solo fue capaz de susurrar unas palabras hacia su hermano y poner entre sus manos aquella pelota que había ganado para él.

Las pertenencias de Tyler fueron donadas. Libros y más libros, física cuántica, geografía, aerodinámica, astrología. Sean incluso pensó que podría hacer una fábrica de papel con tantos libros. Al parecer, Tyler tenía más fotografías familiares que él, por lo que decidió quedárselas, y los trofeos de las olimpiadas de matemáticas de Tyler que adornaban su habitación en la casa de sus padres ahora adornarían su sala.

Al llegar a su apartamento se quitó el saco negro y al meter su mano al bolsillo se encontró nuevamente con la adorada libreta de su hermano. Intentó leer su contenido, sin embargo, como si el destino lo dictara, una llamada entrante en su teléfono lo impidió.

En dos años, todos conocían a Sean Grace, el joven talento del beisbol, el bateador de oro, el

hombre de las mil carreras. Su éxito iba comenzando, y cambios significativos comenzaban a ocurrir en su vida, un ejemplo de esto fue cuando la necesidad de mudarse se vio clara. Sean no dejó nada atrás, el recuerdo de su hermano se mudaba con él. Antes de irse, se dio la tarea de revisar cada uno de los cajones, para asegurarse de que nada fuera olvidado, y ahí la encontró nuevamente, aquella libreta, al tomarla descuidadamente, una hoja suelta cayó de ella.

«¿La teoría de los Grace?». Al leer la frase, Sean se armó de valor para abrir aquello que había evitado durante dos años. Y cuando la abrió ahí estaba, la esencia completa de Taylor Grace, el genio que murió a los veintidós años. «¿Viajes en el tiempo? ¿Un agujero para rodear el tiempo? ¿Líneas temporales?».

Sean no pudo evitar recordar el cómo cuando eran niños armaban teorías para regresar en el tiempo e ir a montar dinosaurios, aquellas veces en su adolescencia que se escapaban para ir a aquel misterioso lago el cual los rumores hablaban que si caías en él terminarías atrapado en un año diferente; el cómo hace seis años comenzó a investigar de verdad la física cuántica, porque a su hermano le diagnosticaron leucemia, para viajar con su hermano cuántas veces quisieran al pasado y evitar la enfermedad si es que era posible.

En aquella libreta se encontraban escritas las investigaciones de Taylor Grace acerca de sus teorías y, al parecer, el tiempo era complicado.

«Las líneas temporales son infinitas y cambiantes, al momento en que alteres una variable, una nueva línea será creada».

«Los sucesos no pueden evitarse, pasarán de alguna manera u otra. Sean, si alguna vez logras leer esto, mi enfermedad nunca podrás evitarla, solamente la retrasaras. Es como si se tratara del destino».

«Aún no es posible viajar al futuro».

«Corrección: No existe el termino viajar en el tiempo, el nombre correcto es Viajar entre Líneas».

«Es posible saltar entre líneas sin alterarlas. Se le deduce como actuar en modo espectador».

Entre cada página se encontraban dibujos e instrucciones detalladas de lo que debía hacer para construir aquel ¿portal?, ¿máquina?, ¿agujero?, necesitaría un lago y mucha electricidad. Así que,

sin dudarlo, Sean optó por aquel lago en aquel pueblo en donde vivieron su infancia. Al parecer, el recién mudado se volvería a mudar.

Sean nunca supo la verdad acerca de la razón de las instrucciones y todas aquellas notas. ¿Su hermano las había escrito para él específicamente? ¿Para él mismo para cuando saliera del hospital al recuperarse? ¿Su hermano planeaba decirle? ¿O simplemente las instrucciones eran para aquel que encontrara la libreta?

Sean seguía asistiendo a todos sus entrenamientos, la máquina del tiempo era su investigación de los fines de semana. Juego tras juego, intento tras intento. Algunas veces faltaba electricidad, Sean casi dejó al pueblo entero sin luz por aproximadamente dos semanas, a veces el lago no conducía con precisión, Sean lo sabía, necesitaba un día ventoso y con indicios de lluvia.

Viajar de su apartamento a la antigua casa de sus padres todos los fines de semana comenzaba a ser agotador, pero lo valía, si es que de esta manera volvería a ver a su hermano.

El noticiero anunció aquello que Sean tanto esperaba: aquel 14 de agosto sería su día, un día ventoso con indicios de lluvia, el inicio de una tormenta.

El joven beisbolista se preparaba para partir; después de cuatro meses formando aquella estructura que la libreta mostraba, hoy sería el intento oficial de la supuesta máquina del tiempo. Y al encontrar su pequeña base al lado del lago, se acercó con pasos decisivos al pequeño control remoto que la máquina poseía, control que le acompañaría en sus viajes para insertar el año que le gustaría visitar. Divagando en su mente, con una decisión esperando ser tomada, Sean buscaba algún recuerdo que quisiera volver a experimentar con su hermano. Al recordar la fecha la insertó lentamente y saltó al lago.

4 de diciembre. 6:30 pm

Un Sean de 18 años se encontraba poniéndose aquel traje de Romeo hecho a mano y, justo al lado, Tyler de 16 se encontraba sin poder respirar dentro de un vestido rosa.

Sean se dio cuenta de inmediato que la máquina había funcionado, ya que al salir del lago y caminar unos cuántos pasos por la calle principal, pudo escuchar cómo sus antiguos

compañeros corrían hacia el auditorio de aquella preparatoria a la que solía asistir, riéndose de cómo los hermanos Grace actuarían como Romeo y Julieta. Sean recordaba con exactitud cómo habían terminado en aquella situación. La presidenta del club de teatro no era nada más ni nada menos que la chica que ocasionaba las mencionadas mariposas en el estómago del joven Sean, por lo que al ofrecerle el papel de Romeo, Sean no dudó ni un segundo en aceptar, imaginando que ella sería Julieta, sin embargo, el club de teatro no era para nada popular, y aquella chica y su hermanito eran los únicos miembros de aquel dichoso club, así que, al enterarse que su hermanito sería Julietta, ya que ella sería la encargada del vestuario, iluminación, escenario, personajes secundarios... y bueno todo, él intentó hecharse para atrás, pero la chica lo besó, por lo que después de eso Sean no pudo refutarle nada. Un caballero nunca se retracta.

Sean revisó su reloj, la obra comenzaría en media hora por lo que comenzó a correr.

Sean y su hermano se las arreglaron para transformar una obra romántica en una comedia. Y ahí estaban ambos molestándose en los vestidos por lo ridículos que ambos lucían. Todo eran risas y bromas hasta que la segunda llamada fue anunciada, después de eso ambos se encontraban intentando controlar su respiración e intentando dejar de sudar, ya que el vestido rosa de Tyler comenzaba a salirle manchas por las notables marcas de sudor. Al ser anunciada la tercera llamada, ambos salieron y comenzaron a actuar sin saber que la versión adulta de uno de ellos había logrado llegar a tiempo y se encontraba sentado entre el público. Sean veía transcurrir la obra desde el público, y al acercarse el final y ver la escena en donde Sean joven le besa la frente a Tyler, comenzó a carcajear entre el público, ya que recordaba con exactitud que al llegar a casa su hermano casi se acaba el bote de cloro al frotarlo con un trapo en su frente al intentar deshacerse de los rastros del beso de su hermano.

Al terminar ambos salieron caminando a su casa junto con sus padres, pasarían a cenar. Siguiéndolos a corta distancia se encontraba Sean escuchando cada palabra de lo que la familia decía. Sean deseaba poder acercarse y hacer un comentario trivial a su hermano, solo quería ver su

rostro por una vez más, pero lo escrito en aquella libreta resonaba en su mente: «Las líneas temporales son infinitas y cambiantes, al momento en que alteres una variable, una nueva línea será creada». Sean siguió a su familia hasta que se adentraron a su hogar, sabía exactamente lo que sucedería después de todo.

Regresó al lago, tomó aquel control remoto, insertó una nueva fecha y saltó a él.

22 de junio. 7:34 pm

Volvió a funcionar, lo confirmó al escuchar todos aquellos vótores provenientes del pequeño campo de beisbol que la escuela tenía. Era la fecha de su primer juego oficial en el equipo de la preparatoria. Ahora era Sean quien tenía 16 y Tyler 14. Sean corrió y al llegar encontró a su familia sentada en las gradas y a un joven gritando incontrolablemente, definitivamente se trataba de Tyler. Se sentó cerca de ellos e incluso se vio a sí mismo jugar, al terminar el juego decidió cenar en el mismo restaurante que su familia. Sentado en la mesa más cercana, pudo escuchar cómo su hermano pedía su platillo favorito, hasta que se escuchó a sí mismo gritarle a Tyler, el cómo le regañaba por avergonzarlo en público, y gritar cada vez que bateaba exitosamente o hacía una carrera.

A Sean se le estrujaba el corazón al escuchar a su hermano disculparse, e incluso pensó en levantarse y golpearse a sí mismo, pero no podía alterar el pasado, por lo mínimo que fuera. Sean no podía contar las veces que deseaba que su hermano fuera a cada uno de sus partidos después de ser diagnosticado con su enfermedad, siempre tuvo que quedarse con la imagen de Tyler animándolo desde el hospital.

Regresó, insertó otra fecha y saltó al lago.

12 de abril. 12:06 pm

Inicio de la primavera. Al salir del lago, Sean sabía dónde encontrar a ese par de niños escurridizos. Dos niños se encontraban cazando mariposas, compitiendo para ver cuál de sus insectos era el más grande, e incluso se encontraba jugando con ellos el hijo del vecino, Han, de cinco años, un año mayor que Tyler y un año menor que él. Sean no pudo evitar pensar qué había sucedido con Han, ya que habían sido amigos hasta la

secundaria, después se había mudado; y si este se había enterado de la muerte de Tyler.

Pasó horas observando a los tres niños jugar, capturar mariposas y soltarlas con delicadeza. Una aguda voz lo distrajo de sus pensamientos.

—Señor, ¿le gustan los insectos? —Sean sabía que no debía de contestar, sabía que no podía hablarle, pero aun así lo hizo.

—Sí, sí me gustan.

—Abra su mano. —Sean lo hizo y vio a aquel niño de cuatro años posicionar un insecto en la palma de su mano con delicadeza.

—¿Cuál es su nombre?

—Sean.

—Se llama igual que mi hermano —dijo mientras lo apuntaba—. Mire, es aquel.

Fue imposible para él no derramar una lágrima. Sin medir las consecuencias, abrazó al pequeño Tyler y le susurró: —Tu hermano es algo tonto, pero nunca dudes de su amor. Adiós, Tyler, tengo que irme.

Sean corrió al lago, tomó el control, preparó el siguiente destino, y entró.

16 de agosto. 7:20 am

El primer día de Tyler en la preparatoria. Sean recordaba ese día, aún no estaba seguro cómo entraría a la escuela para ver a los hermanos recorrerla, pero se apresuró para alcanzarlos en el camino. Y allí los encontró, discutiendo.

—No sé por qué tengo que enseñarte la escuela. —¿Acaso eres sordo o estúpido? Mamá dijo que lo hicieras, esa es suficiente razón para hacerlo.

Sean no pudo evitar reír ante sus peleas, ellos jamás se esperarían que al final de aquel año ambos interpretarían Romeo y Julieta juntos. Al seguirlos a la escuela solo pudo actuar como un alumno más y pasar desapercibido.

Los seguía de cerca, sin interferir.

Ambos hermanos caminaban juntos por la escuela, ya habían recorrido los patios, el campo de fútbol, beisbol, y los baños. Y Sean los seguía por detrás.

Ahora ambos recorrían cada uno de los salones de los clubes con los que contaba la escuela

Todo iba pacíficamente hasta entrar a aquel salón del club de teatro.

—Tyler, ¿cerraste la puerta? —No.

—Sí lo hiciste, inútil.

—No lo hice.

—¿Y por qué parece que estamos encerrados? Oye, imbécil, si estás bromeando es mejor que pares.

—No lo hago.

A este punto ambos hermanos se encontraban discutiendo, encerrados dentro de aquel salón, mientras que Sean, al observar todo, se mantenía escuchando a través de la puerta, recordando aquel día. Él sabía que en justamente seis horas la presidenta del club vendría a abrir la puerta, salvándolos, haciendo que Tyler se uniera a aquel club.

—Y bueno... en este piso quedan los salones de último año.

—¿Y a mí que diablos me importa dónde están tus salones?

—Si ocurre una emergencia, puedes venir a buscarme. Si alguien te está molestando, por ejemplo.

—Nadie me molestará, les diré que tengo un gorila por hermano.

—Aunque no lo creas, soy el más guapo en esta escuela. ¿Cómo osas decirme gorila?

Ambos rieron ante aquel comentario.

—Una vez un hombre me dijo que eras el más idiota de todos, pero que jamás dudara de tu amor. Gracias.

—¿Paz?

—Estamos en paz —acordaron dándose la mano.

Al escuchar eso, Sean ya se encontraba despegándose de la puerta para escoger su siguiente destino.

14 de febrero. 6:47 pm

Sean recordaba con perfección esta fecha, fue cuando se prometió a sí mismo que sería el más guapo de toda la secundaria. Ya que Sean a los 14 años no era tan popular como el Sean que todos amaban en la preparatoria.

Sucedió que aquel 14 de febrero Sean no recibió ni un solo chocolate, ni una chica, ni un chico, ni siquiera sus amigos. Sin embargo, sucedió todo lo contrario con Tyler, quien, al llegar a clase este tenía su escritorio repleto de cartas con sobres rosas, y chocolates con envolturas de

corazones. Incluso recibía flores, recibió exactamente veinte rosas cuando en su salón solo había 16 niñas. ¿Qué clase de encanto poseía Tyler Grace de 12 años?

Sean esperaba en aquella calle por la que ellos solían caminar para llegar a su casa. Mientras esperaba no pudo evitar recordar cómo ese día no había sido exactamente el mejor, pero se distrajo al visualizar dos siluetas acercándose, una de ellas con dos bolsas de regalo en cada mano.

—Oye, Sean, ¿cuántos chocolates recibiste?
—Bastantes en realidad, es solo que me los comí en clase. —Mira, incluso me regalaron rosas, al parecer les agrado a todos.

Sean veía la escena medio escondido desde los árboles; dos chicos montando en bicicleta que asistían a la clase de Sean se detuvieron en frente de ambos.

—¿Qué pasa, Sean? ¿Celoso de que tu hermanito sí recibió regalos? Nadie te quiere lo suficiente para gastar en ti.

Al irse aquellos chicos, Sean solo se quedó callado y continuaron con su camino, sin embargo, Tyler tomó todas aquellas rosas, se puso en frente de su hermano y se las regaló.

—Feliz día del amor y la amistad, eres el mejor hermano.

Ambos Sean, el del pasado y el del presente, no pudieron evitar sonreír.

4 de julio. 10:32 am

Sean aún recordaba lo emocionado que Tyler estaba este día, y aunque no pudiera volver a presenciar el momento exacto en que abrió su carta de aceptación a la universidad, ya que esto sucedía dentro de su hogar, sabía exactamente que, al ver el contenido, se emocionaría tanto que sería capaz de escuchar sus gritos hasta el exterior, sabía que él y Tyler saldrían corriendo a gritar por toda la calle, consiguiendo que todos los vecinos salieran a aplaudirle. Y así sucedió, ya que a los minutos pudo escucharse a sí mismo y a toda su familia gritar de emoción. Sucedió exactamente como lo recordaba, ambos hermanos salieron de aquella casa corriendo y gritando.

—¡Tyler fue admitido en la universidad!

—¡Lo logré, fui admitido en la universidad!

Sean los vio correr y saltar, al mismo tiempo cada uno de sus vecinos iban saliendo uno a uno,

confundidos por aquel alboroto. Sin embargo, al darse cuenta de la razón, nadie dudó en aplaudirle a Tyler.

Sean vio todo aquello suceder frente a sus ojos, se vio a sí mismo tocar cada una de las puertas de los vecinos que faltaban para que estos salieran a celebrar con ellos. Desde los árboles Sean decidió aplaudir también, fingiendo ser alguien quien iba de paso, observándose y observando a su hermano festejar.

Sean regresó al lago. Su último viaje ya había sido decidido, aquella última memoria feliz con su hermanito.

26 de septiembre. 8:12 pm

Sean estaba consciente de que debía conseguir un auto, el destino al que debía dirigirse se encontraba lejos. Su familia había dejado el pueblo y se había mudado a la ciudad más cercana después del último monitoreo de salud de Tyler, esta estaba empeorando, los doctores sugirieron que de ahora en adelante sería mejor continuar los tratamientos en un hospital mejor equipado, por lo que la familia ahora residía en la ciudad, incluyéndose a sí mismo.

Sean consiguió un taxi que lo llevara a aquel hospital, sabía exactamente en qué habitación se encontraba su hermano. Visitó aquel lugar miles de veces por cuatro años, por lo que sabía que la habitación se encontraba en la parte trasera del hospital, donde los jardines se encontraban, y si no recordaba mal había una banca abandonada, ya que cada vez que Sean visitaba a su hermano, al asomar la cabeza por la ventana, para olvidar el olor a hospital, podía ver esa banca siempre vacía, que justo daba vista a su ventana. Ahí la encontró, la vieja banca solitaria, con una vista perfecta a la habitación de Tyler (a decir verdad, no tan perfecta, ya que la altitud del edificio afectaba la visión, pero sí decente). Sean se sentó en aquella banca, viendo desde abajo cómo un Tyler desanimado observaba las luces de la ciudad desde la ventana sin notar su presencia. Después Tyler se distrajo y regresó a la habitación, sin aún cerrar la ventana, Sean sabía que seguramente él ya había llegado, y Tyler regresó para abrirle la puerta. Se quedó observando desde la ventana, viendo cómo aquel recuerdo trascurría como una película frente a él.

Sean no soportaba la decepción de su hermano al no ser capaz de seguir asistiendo a la universidad, al no poder asistir a sus juegos, y el ni siquiera volver a tener una cena familiar. Apenas había cumplido un mes en la ciudad y la vida de hospital acababa más rápido a Tyler que la misma leucemia. Por lo que ese día decidió animarlo un poco, ya que contaba con tiempo libre de sobra. Algo temeroso tocó la puerta, uno, dos, tres golpes... la puerta fue abierta y Tyler solo pudo ser capaz de visualizar a un Sean con una sonrisa y una mochila en el hombro.

—Hola, ¿cómo te sientes?

—¿Cómo crees que me siento?

—Si no me lo dices, no puedo saberlo. —Al terminar de hablar, ya se encontraba acostado en la camilla de Tyler—. Oye, tu cama es bastante cómoda.

—¿Ah sí? ¿Por qué no intentas dormir en ella mientras unas agujas atraviesan tu piel, o mientras doctores entran cada cinco minutos a inyectarte algo nuevo? —Sean solo bajó la cabeza, apenado por su comentario—. Lo lamento, la cama debe haber drenado mis ganas de vivir.

—O tu buen humor.

—Probablemente ambas. ¿A qué viniste?

¿Tienes algún juego este fin de semana?

—Vengo a hacer una pijamada —dijo eso con total naturalidad mientras sacaba mantas de su mochila y las colocaba en el piso, también llevaba muchos dulces y juegos de mesa.

—¿Jugamos al UNO?

Tyler no pudo evitar llorar y abrazar a su hermano. —Sí, por favor, juguemos toda la noche, no quiero volver a estar solo.

Sean solo acariciaba su espalda, convenciéndolo de que todo estaría bien.

Y aquel Sean que se encontraba sentado en aquella banca, aun sin escuchar nada, lo sabía, sentía y entendía todo, al ver aquellas dos siluetas brincar, golpearse con las almohadas, y actuar

como dos estúpidos, revivió aquel recuerdo que tanto extrañaba, fue capaz de ver en tercera persona lo que más extrañaría de su hermano menor.

Era momento de regresar. Sean saltó al lago sin haber insertado ninguna fecha en aquel control remoto.

Al día siguiente, después de haber tenido una noche pésima con dolor de espalda por haber dormido en aquel sofá, el hermano mayor del pasado le prometió a su hermano menor que harían pijamadas una vez al mes.

4 de diciembre 10:00 am

Al salir del lago Sean volvió a su hogar. Más tarde, al ir en busca de un pastel, se encontró con una gran pantalla mostrando todas sus mejores jugadas; una niña se encontraba prestando especial atención a estas, por lo que Sean no pudo evitar preguntar qué sucedía.

—Disculpa, ¿quién es él? —lo dijo mientras se señalaba a sí mismo en la televisión. La niña sin voltear a verlo solo pudo responder con indiferencia.

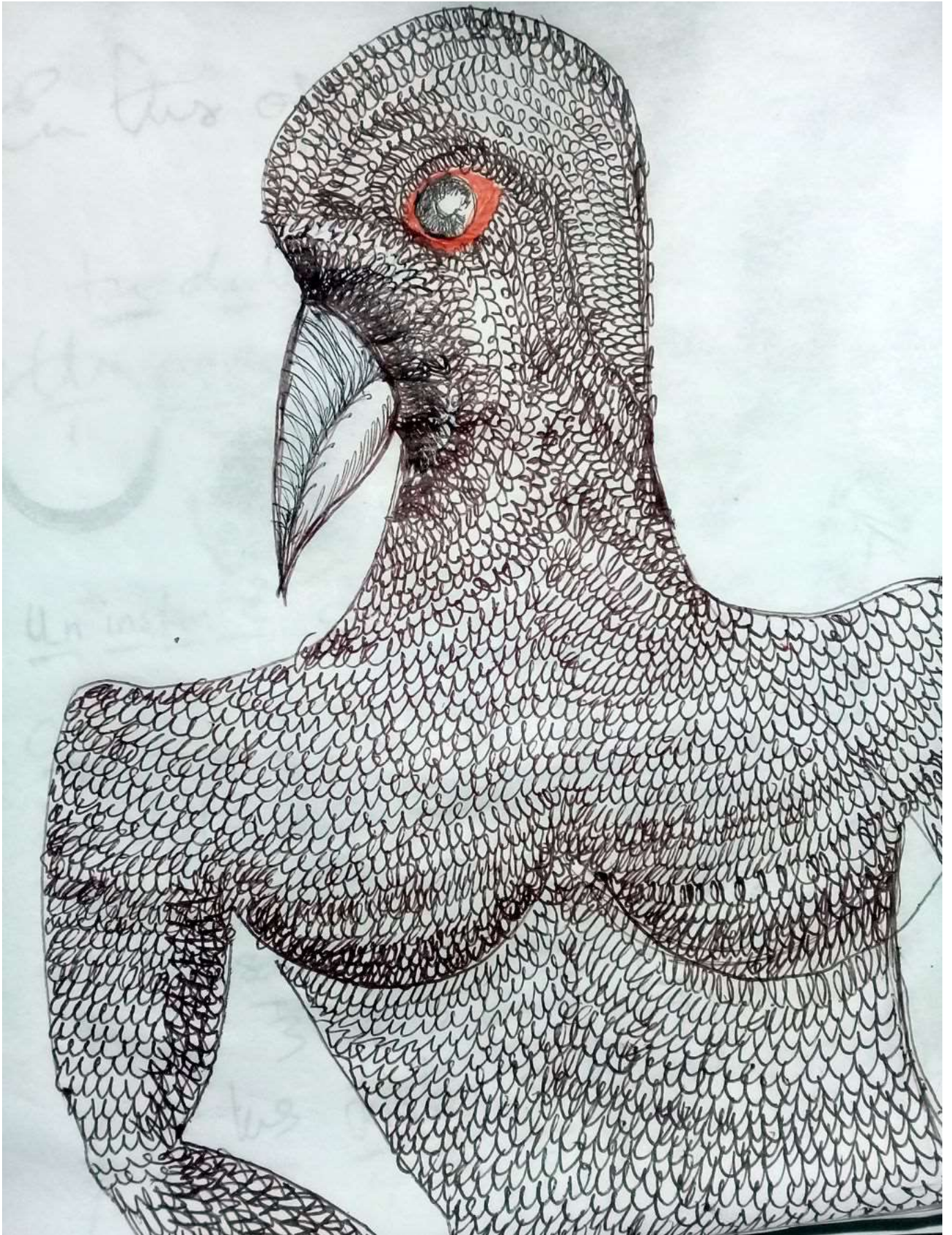
—Solía ser un jugador de beisbol muy famoso hace siete años, dicen que se formó en esta ciudad, así que por su cumpleaños están transmitiendo sus mejores jugadas.

—¿En qué año estamos?

—Qué pregunta más tonta, estamos en el año 2028. —¿Sabes lo que le sucedió al jugador?

—Dicen que desapareció de un día para el otro, incluso entrevistaron a sus padres, dicen que se suicidó tras la muerte de su hermano, pero es imposible ya que desapareció dos años después de la muerte de su hermano, dos años es suficiente para superar una pérdida, ¿no crees?

El tiempo juega a su manera.



Ah, pinche cascabel

Joel Bañuelos Martínez

—¿Y ahora quién se ocupará de mis hijos?— ¿Quién los llevará hasta valerse por ellos mismos?— ¿Quién les comprará una medicina en caso de enfermedad?— Las preguntas salían de su mente y parecían rebotar como el eco aumentadas en volumen que taladraban sus oídos y luego viajaban nuevamente y regresaban en incesante ir y venir que le provocaba vértigo y escalofríos, un molesto bochorno hacía sudar su frente, el sol empezaba a calentar y los cantos de los pájaros no tenían el encanto de siempre, su oído se había agudizado a tal grado que podía escuchar el leve rumor del río, de su cauce serpenteando entre los sauces y las jarillas, reptando como una cascabel diluyendo el reflejo del sol entre la mancha de la fronda que se dibujaba en el espejo de agua a su paso.

La suerte o la casualidad nunca estuvo de su lado, pasó de largo como ignorándolo, desde temprana edad, hubo que trabajar duro, levantarse temprano para acompañar a su padre a la pequeña parcela, desbrozar de maleza la milpa, regresar tarde, comer lo mínimo necesario, vestir con alguna prenda usada comprada en la plaza o regalada por alguien que ya no la usó, su padre nunca recibió el apoyo que muchos de sus compañeros campesinos tuvieron de obtener algún préstamo para sembrar comprometiendo una parte de la cosecha, así que el cultivo de su pedazo de tierra, siempre fue para el autoconsumo, la dieta aparte de frijoles con tortillas de maíz “martajado” y chile del molcajete era acompañado por quelites, verdolagas, calabazas y cuando había carne, era de animales silvestres; conejo, tejón, armadillo, tlacuache y patos pipichines que su padre atrapaba con trampas, el río que pasaba a doscientos metros también les proveía de peces y cangrejos que cada día estaban más escasos.

La casa heredada de sus finados padres era de paredes de varas de árbol cubiertas de palma al igual que el techo y estaba construida en un predio cuadrado de treinta metros, una noria, todo estaba enmontado y se llegaba por una brecha, las camas eran dos “tapeistes” de varejones trenzados y amarrados con palma tejida, dónde dormían él,

Matilde su mujer, y sus tres hijos; Angel, Remedios y Domingo, su pedazo de tierra estaba a una hora a caballo y de lunes a sábado salía al amanecer y regresaba al atardecer, siempre fue así, entregar su diario sudor a cambio de una raquílica cosecha para malcomer todo el año, sin embargo nunca renegó de su suerte y daba gracias a Dios porque le había dado puros hijos hombres, sabedor de que al crecer harían rendir y multiplicar con su trabajo la cosecha, esa esperanza lo mantenía firme en su fé, algún día la miseria y la pobreza serían solo un mal recuerdo, así transcurría la vida de Tanasio y ya eran treinta y cinco años de labrar la tierra, bueno, casi, en unos días los cumpliría, en su morral guardaba como tesoro, una botella de mezcal que había comprado con la venta de varias medidas de maíz y frijol al tendero del pueblo y aunque nunca había festejado un cumpleaños, esta vez tenía pensado tomarse unos tragos, treinta y cinco años de edad no es cualquier cosa.

Sintió un poco adormecido el brazo, el hormigueo le llegó hasta la garganta y sintió ganas de vomitar, su mente viajó hasta el día en que conoció a Matilde, jovencita, bella como flor del campo, recordó cuando le pidió ser su novia y como fue correspondido aún sin el consentimiento de sus padres, pues ellos deseaban mejor partido para ella, de como una noche la echó en ancas de su caballo y se la llevó a su jacal, después la vió embarazada y así siguieron los años y con ellos, sus tres hijos, a los que quería más que a su propia vida, quitó el pedazo de olote de la boca del bule y tomó unos tragos de agua, sentía que las paredes de su garganta se pegaban produciéndole resequedad.

—¡Matilde mañana tendrá quelites tiernitos para hacer un gran guiso!— pensó mientras veía a su lado un gran manojo de la verde y preciada carga que reposaba a su lado, sintió un dolor agudo en el brazo que le corrió hasta el pecho, llevaba casi media hora recostado al pie del huanacaxtle, tratando de juntar fuerzas para regresar a su casa, esa mañana como siempre, se tomó un café y Matilde le echó unas gordas al morral mientras le decía:

—¡Te encargo unos quelites o verdolagas, ya ves que ha escaseado la caza y la pesca, pareciera que Dios nos estuviera castigando por algo, mira los críos, están tan flacos que ya se les cuentan las costillas!—

—¡No digas eso, Dios no castiga, es el maldito demonio que lo hace para que uno pierda la fé y blasfeme en contra del Altísimo y así pueda apoderarse de nuestra alma, ya verás que nuestra suerte cambiará, no desesperes!—

—¡Ojalá y así sea, porque ya casi pierdo la fé y las ganas de ir a misa los domingos!— Tanasio calló sus labios con un beso, le apenaba la situación pero más, la pérdida de la fé de su mujer, trepó a su flaco relingo y se perdió en el monte, luego de cabalgar una hora abrió la puerta de falsete, vió su milpa y su esperanza renació, allí estaba su futura cosecha, habían sido varios meses de trabajo pero con suerte al cosechar podría vender parte de la recolección y se haría de un ahorrito, el sólo pensar lo alegró, su siembra estaba sana, verde y todo indicaba que las cosas mejorarían, tomó su gancho y su machete y se internó en los surcos, así pasó varias horas, a mediodía calentó las gordas y después de comer, tomó agua de su bule, tuvo deseos de tomarse un trago de mezcal pero se contuvo, se tumbó bajo el huanacaxtle y miró a lo lejos las plantas de verdes quelites, cerró los ojos y soñó que su cosecha era la mejor de todos los campesinos y se vió felicitado por ellos, eran las cuatro de la tarde cuando abrió los ojos, era hora de cortar los quelites; la comida del día siguiente, se levantó, tomó su gancho y machete y se dirigió a cortarlos, el aire soplaba y refrescaba la tarde, empezó a cortar las plantas y de repente oyó un siseo como el de una minúscula sonaja, su oído no lo engañaba se trataba de una víbora de cascabel, lo supo cuando sintió un doloroso pinchazo en su mano izquierda que le hizo soltar el gancho de madera, mientras maldecía:

—¡Pinche cascabel, te vas a morir!— su machete fue certero y el cuerpo del reptil cayó separado de su cabeza, echó la mano a su cintura y sacó su daga de la funda, con ella hizo dos pequeños cortes en donde la víbora hincó sus colmillos y mordió su carne, succionó su sangre y la escupió varias veces, de su morral sacó unos

ajos y tragó dos con un trago de agua, luego mascó otros dos y con su pañuelo los aplicó en la herida a forma de compresa, recogió los quelites, le quitó el cascabel al reptil y regresó al huanacaxtle donde estaba su caballo amarrado, sintió un leve mareo y se sentó al pie del árbol, era cuestión de no perder la calma, pues de los campesinos es sabido que entre más miedo y actividad tenga el cuerpo, más rápido circula la sangre y puede llevar el veneno a su torrente sanguíneo, tenía que serenarse y trepar a su caballo, regresar al pueblo e ir al doctor a que lo inyectara, así lo había hecho Trinidad y al día siguiente ya andaba en la cantina tomando trago y contando victorioso su hazaña y además era más viejo que él, de casi cincuenta años.

Un dolor agudo que no se sabía si era en el brazo o el pecho, lo sacudió y lo hizo sudar frío, ya no lo pensó dos veces, metió su mano al morral y sacó la botella de pulque, tomó un trago y luego otro, por un momento sintió que aminoró el dolor, quiso levantarse pero no pudo, el adormecimiento se le había extendido hasta las piernas, la tarde moría y el sol no tardaría en ocultarse, hizo otro intento de levantarse y sus piernas no le obedecieron, su caballo relinchó nervioso, a esa hora ya debería ir a medio camino, Tanasio elevó su vista al cielo que ya dejaba ver las primeras estrellas y balbuceó:

—¡Pinche cascabel, tenías que ser tú quien se atravesara y desbaratara mi sueño, ora' que la cosecha se puso tan chula!— el dolor como un piquete de verdugillo, lo hizo tomar otro trago de mezcal y sintió que su garganta se cerraba, luego las estrellas parecieron danzar pintadas con los más brillantes colores, el caballo relinchó mientras sus pezuñas golpeaban con fuerza la húmeda tierra, Tanasio sintió un gran alivio, podía mover sus piernas, sus brazos, se levantó, acarició las crines de su noble penco, montó en él y se alejó a todo galope, dejó el falsete abierto, tenía muchas ganas de ver a Matilde, a sus hijos y contarles todo, el caballo parecía volar, y entonces todo lo envolvió la oscuridad, Tanasio quedó rígido de cara al cielo, la botella en su mano derramaba el contenido en la tierra, en su tierra, su siembra, su sueño.

Entre tantas definiciones de libertad, la mayoría menciona que esta es la facultad o derecho que tenemos todas las personas para elegir de manera responsable nuestra forma de actuar dentro de una sociedad, según nuestra voluntad o lo establecido por la ley.

La palabra libertad puede tener tantas definiciones como contextos se le puedan dar: libertad de expresión, de pensamiento, de nacer, de morir dignamente, de caminar, de religión, de sexo, etc.

El concepto de libertad nos da la libertad en sí misma y la capacidad para actuar de acuerdo a nuestra propia voluntad, sin estar sujetos a coacciones externas o internas que puedan limitar nuestra autonomía.

Pero en términos reales, y principalmente éticos, la palabra libertad carece de contexto cuando en México, y en muchos otros países de Latinoamérica, sino es que en todos, millones de niños viven en pobreza extrema padeciendo hambre y careciendo de oportunidades de educación, de servicios de salud, entre muchas otras carencias y, peor aún, cuando deliberadamente tantas mujeres, de todas las edades, son asesinadas y violentadas todos los días.

¿Por qué? ¿Por qué no hay ningún tipo de garantía para que una mujer regrese sana y salva a su hogar cada que se atreve a pisar la calle?

Cuando una mujer se atreve a salir de su guarida y a sentir la libertad de vivir, ahí, ahí es donde empieza su no libertad y muchas veces es donde empieza su agonía, su tormenta.

Pero, ¿qué derecho tenemos las mujeres a la libertad? ¿Por qué y para qué? ¿Por qué es importante tener dicha libertad o por lo menos imaginar que la tenemos?

Otra definición mencionan que la libertad es un valor fundamental en la vida de los seres humanos, dado que esta permite el desarrollo pleno de nuestra personalidad, la realización de nuestros proyectos y metas, así como la búsqueda de nuestra felicidad, y que dicha libertad nos permite tomar decisiones autónomas y actuar de acuerdo a nuestros propios criterios.

Sin embargo, ¿qué derechos y que libertades tenemos la mujeres en México?

¿Tenemos la libertad que dictan las masas sociales o las que dictan las conveniencias políticas? ¿Tenemos la libertad que otorgan las leyes? Leyes que en muchos casos son creadas por políticos que lo único que tienen es poder, el poder de joder al más jodido, el poder de decidir porque compraron un título, el poder de mandar porque implica riqueza, su propia riqueza.

¿Tenemos la libertad que implica justicia? ¿Tenemos libertad como un derecho de género o como mero derecho humano?

Aquí es donde empiezan las limitaciones de la libertad, libertad que no es libertad desde el momento que nacemos en una sociedad corrompida y sin valores, empezando por las leyes, normas, regulaciones, creencias y prejuicios que rigen la vida en sociedad.

Muchos hablan de la libertad como un valor fundamental de la vida, y que, para tener dicha libertad, esta se debe fomentar cimentada en los derechos humanos, además de ciertos valores como la tolerancia, la solidaridad y la justicia.

Pero es en este punto donde se empieza a fragmentar nuestra libertad como mujeres, como niñas, como madres, como profesionistas, ¿por qué? Porque son precisamente las leyes y la falta de justicia lo que limita nuestros derechos y la libertad de ser y elegir, empezando por ¿a dónde vamos sin que nos hagan daño?

Si bien es cierto, la libertad es un valor fundamental para todas las personas de todas las razas y etnias, para el pleno desarrollo de nuestra personalidad y la realización de nuestros proyectos y metas, dicho valor no siempre juega a nuestro favor, intervienen factores que limitan nuestra libertad, empezando por la ignorancia, la injusticia y la desigualdad social donde muy pocas personas son las que gozan del derecho de protección, del derecho de búsqueda, del derecho de justicia. Si hay dinero hay justicia, si no lo hay somos invisibles.

Se dice que para promover la libertad implícitamente se debe fomentar el respeto a los

derechos humanos, los valores, la participación ciudadana y el diálogo democrático para construir una sociedad libre, justa y solidaria.

Pero, ¿qué pasa cuando todo esto se rompe? ¿Cuándo no hay justicia, ni valores, ni mucho menos democracia?

Pasa lo que le ha pasado a muchas mujeres desaparecidas en México, a muchas niñas que son objeto del tráfico de la prostitución, niñas y niños que son asesinados para el tráfico de órganos, estudiantes que son desaparecidos para callar sus reclamos, ambientalistas asesinados para que grupos de poder sigan con el negocio del ecocidio, niñas que son vendidas a personas mayores por unos cuantos pesos, niños y jóvenes que son forzados y convertidos en sicarios, en narcotraficantes, etc.

Pasa lo que le sucedió a Salma López cuando se atrevió a salir de su casa sin imaginar que ya nunca más regresaría a su hogar, que ya nunca más volvería a ver a su madre, a sus amistades, ¡que ya no viviría más!

Salma López, joven del Valle de San Quintín cuyo caso más reciente conmocionó a Baja California por su horrible y cruel asesinato.

Salma era una joven entusiasta amante de la naturaleza, de las aves, de las flores, de todo aquello relacionado con el ambiente.

Le gustaba hacer expediciones botánicas y observaciones de aves. Mucha gente la recuerda por el gran entusiasmo que mostraba en cada evento, por sus ganas de aprender, por el interés que mostraba hacia el cuidado del ambiente y por los humedales de San Quintín.

Una de sus amistades la describe como una joven muy entusiasta, con ánimos de aprender y hacer de San Quintín un mejor lugar, y que se perfilaba como una líder nata, genuina y natural en su comunidad.

La distinguía su ímpetu por descubrir lo maravilloso de la vida en toda su expresión, desde un diminuto insecto, una colorida flor, hasta la belleza de las aves y la majestuosidad de los paisajes.

Salma era de mente aventurera, siempre alegre y con esa capacidad nata de asombrarse a cada paso de la vida, era una jovencita de ojos curiosos y pasos chicos que admiraba el cielo.

Fue una joven entusiasta, llena de sueños y aspiraciones, una soñadora curiosa por naturaleza y ambiciosa en sus planes, en estudiar para llegar a ser una excelente científica.

Otro de sus amigos la describe como una muchacha sencilla, solidaria y empática que contribuyó sustancialmente en su forma de pensar y ver las cosas.

Salma era muchos sueños, sueños que ya no podrá cumplir más. La maldad, la inseguridad y la ausencia de libertad le cortaron las alas.

El cuerpo de Salma ya no está aquí, la tormenta sin lluvia se lo llevo. Sin embargo, ella sembró una semilla en cada una de las personas que conoció en su corto caminar por la vida.

El caso de Salma resonó tan fuerte que se marchó exigiendo justicia por ella, por todas, por cada desaparecida, por cada víctima de feminicidio, por cada persona violentada en este país.

Cientos, miles de personas han marchado con dolor, con coraje, con frustración, con tristeza, con decepción, con miedo. Todas al unísono exigiendo justicia, exigiendo libertad.

La forma como le arrebataron la vida a Salma fue tan cruel, tan despiadada que es inimaginable el dolor que debieron haber sentido ella y todas aquellas personas que han sido violentadas de manera tan grotesca y que han perecido en la gran tormenta.

El corazón de Salma tocó muchos corazones más, el corazón de toda una comunidad que la busco por días, a otros los han buscado por años, como el caso de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa.

Como a todas aquellas niñas y jóvenes desaparecidas en Chihuahua que sus madres aun las buscan sin cesar en el monte, en el desierto, en los terrenos baldíos, en cualquier lugar que les dé un indicio donde puedan encontrar sus restos, para por lo menos eso recuperar, para que vuelvan con su familia, a su hogar, para poder darles la despedida final, la que no pudieron darles en vida, para hablarles, para consolarlos, para dejar que vuelen, ahora sí, en total libertad, sin ataduras, sin miedos.

Todo el dolor que pasan cientos de familias, de niñas, de mujeres, de jóvenes ¿eso es libertad?

¿Libertad de qué? ¿Libertad de no salir a la calle para que no nos pase nada? ¿Para qué no seamos violadas? ¿Para qué no seamos asesinadas o golpeadas?

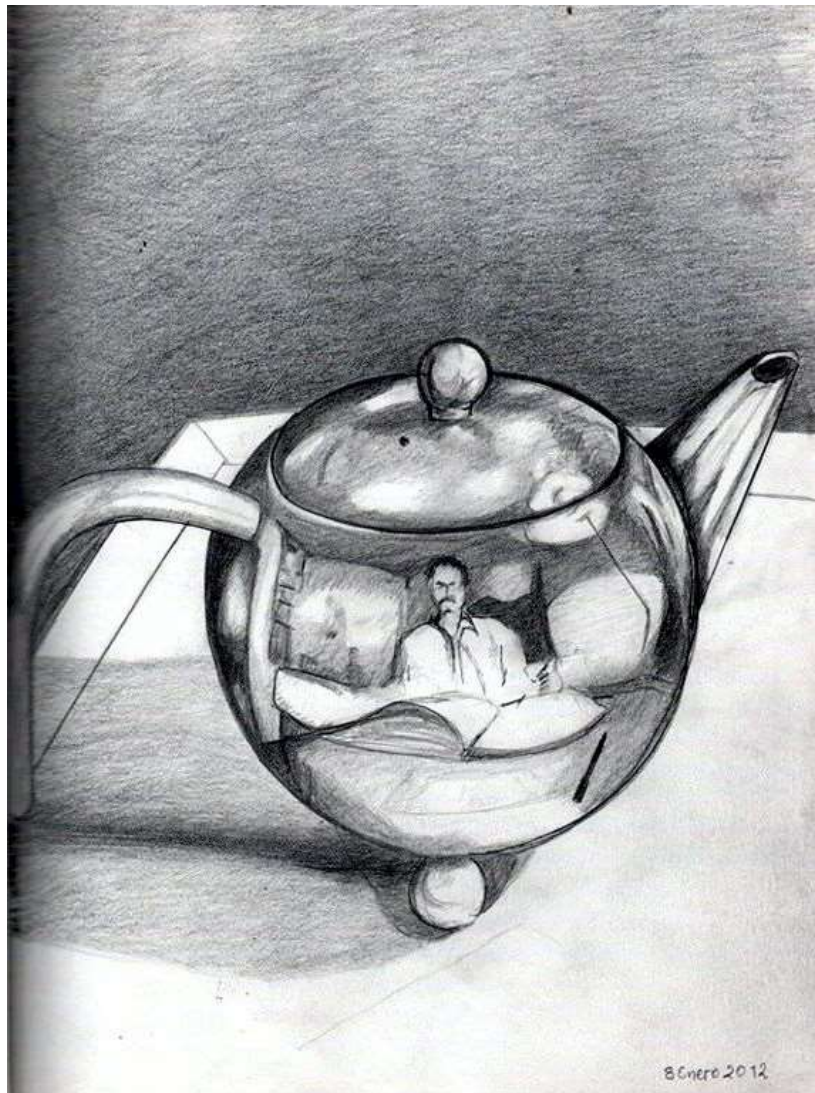
En un país como México, ¿realmente existe libertad de expresión o libertad de pensamiento? ¿Verdaderamente existe libertad de género? ¿El caminar por la calle es libertad o es esclavitud? ¿Hasta dónde termina mi libertad y comienza la de alguien más? ¿Mi libertad de pensamiento me da libertad de expresión? ¿Qué es la libertad sin honestidad? ¿Dónde está la libertad cuando hombres, mujeres y niños son coartados, violentados y asesinados?

De qué sirve prepararse profesionalmente, ser honestos, trabajar para sacar adelante a la familia o contribuir a mejorar la sociedad, si de

todas maneras le quitan la libertad de seguir viviendo a mujeres de todas las edades, a infantes, a periodistas, a estudiantes, a ancianos o a ambientalistas.

Libertad, sin duda, es una palabra muy ambigua y muchas veces obsoleta en un país tan violento como México, donde pretender mejorar en base a la honestidad incomoda a muchos, principalmente a los políticos corruptos que nos gobiernan.

Tantos caminos vacíos, tantos caminos desiertos, tantos caminos truncados en el andar de cientos ¿a cuántos muertos se tiene que llegar para encontrar la libertad? Libertad de caminar, de creer, de ser, de comer, de vestir, de dormir o simplemente libertad de vivir.



El cigarro que volvía

Carlos Enrique Saldívar

A Clemente Palma

«No comprendo cómo se puede vivir sin fumar...»
Thomas Mann

El humo dibujó negras señales de olvido delante de su coexistencia, el sobrevivir era para su alma algo impuro, pues no permitía el paso de la fumarola a través de sus desgastados pulmones. A veces, salía por su boca, pero dejaba una gran mancha negra en su interior. Normalmente su aliento apestaba a cenizas de muerto y él sabía que por ello se convertía en un paria, un lerdo, un marginado, mas no le importaba. Hace mucho ella se fue... se fue, se largó con la hija de ambos, dejándolo solo, cual alma en pena, un espíritu cubierto de costras y coagulados vicios que deseaba esfumarse de un momento a otro de la faz de la Tierra...

Esta es mi historia, es algo patética, ¿no?, pues soy patético, en serio. Mi físico gordezuelo y lacrimoso lo dice todo. Mi traje blanco cubierto de orines parece marcar la ruta hacia mi desdicha. Leo la marca amarilla en mi camisa, dice: fúmate otro, ¡huevón!... Bien, me fumaré otro... Maldita sea, no tengo mi cajetilla. Olvidé que desde que me metieron aquí se me está prohibido fumar.

Debo burlarlos.

Me desespero, necesito un cigarro, no recuerdo cómo conseguí el último, creo que se lo robé al enfermero ¡ah! Le pagué al enfermero, pero ahora no tengo dinero, he de hurtar el suave cilindro o el dinero. Así pues, me las ingenio. Camino por el parquecito donde están los loquitos y veo caras azules, globos humanos, volando hacia el cielo, es bonito, aunque aburrido, por ahí alguien tiene sexo con un árbol, es una mujer para nada fea, el árbol, sin embargo esas cosas no me agradan, siempre he sido fiel a las cuestiones morales. Fumar un cigarro no tiene nada de amoral. Sólo es malo para el cuerpo, no para la mente o el alma. Te roba unos cuantos lustros de vida y ¿qué más da? Al final, moriremos de todos modos. Me las arreglo para entrar en las habitaciones aisladas y empiezo a pedirle un cigarro a todo el mundo, aunque no puedo hallarlo.

«El último cigarro del recinto», me dice un viejito con cabeza de cigüeña. «Sí, yo lo tengo, he

dejado de fumar hace años y creo que por aquí tengo un cigarrillo medio doblado que le quité a mi hijo para evitar que fumara cuando vino a verme hace unos días... Ven».

Mi corazón saltó de pronto, salió humo de mis orejas, mi ser estaba medio quemado por tanto cigarro que mi cuerpo había absorbido durante años, he ahí el calor de mi alegría. Aquel viejito me condujo por los pasadizos hasta un recinto oscuro y tétrico: su habitación. Durante el trayecto pensé en contarle que empecé a fumar a los once años. Mi padre era fumador y volvió fumadora a mi madre, mis hermanos eran también fumadores, en una época me dio pleura, cuando era adolescente, sin embargo, no dejé de meterme humo, seguí fumando durante y después de mi demorada recuperación, mi hermosa novia me conoció fumador, ella también fumaba de cuando en cuando, así que el humo no la molestaba, al principio no. Cuando me casé con ella, en el altar, tenía un cigarro en mi mano derecha. Fumé diez cajetillas el día que nació nuestra primera hija, y tanto humo frente al bebé los primeros cinco años causaron que se enfermara, aún así no dejé de fumar a pesar de los gritos y protestas de mi amada, no dejé de fumar cuando me mareé y por poco ocasioné un accidente con mi auto (en realidad atropellé a la pareja, pero no murieron, por eso salí airoso de aquella pequeña vicisitud), no dejé el cigarro ni cuando quemé a mi jefe por casualidad en el antebrazo, ni cuando mis pocos amigos se alejaron de mí (y eso que eran también fumadores), no me alejé del vicio ni cuando mi esposa me dejó, llevándose a la pequeña con ella, nunca dejaría de fumar, el cigarro era lo mejor del mundo. Ahora todo se nubla en la mayoría de mis recuerdos, veo una escena insípida: Mi hermano me recluye en un centro especial para curarme y dejar el cigarrillo. Luego, al no poder hallar la solución esperada, alguien me metió aquí. ¡Cómo me desespero! Me dejaban fumar cuatro cigarros al día, luego tres, luego dos, después uno. Ahora

ya no me dan nada, los malditos enfermeros, quiero contarle al viejito cuánto amo los cigarrillos, pero... mejor no. Quizá, al ver mi alegría, deseará algo a cambio. No, que no se dé cuenta de lo entusiasmado que estoy.

He de fingir.

«No es un cigarro común, creo, es mágico y a la vez diabólico», lo extrae de un agujero entre sus ropas, el hermoso cilindro blancuzco estaba un poco apachurrado. «Es peligroso, muy dañino, abominable». ¡Cállate, viejo imbécil!, le digo, solo es un delicioso cigarro, no estoy loco como tú, ¿sabes? «Siento pena por ti», me dice la momia, cabeza de avestruz, entonces lo empuja y se golpea con fuerza la cabeza, se queja, aunque no me da ninguna pena. Debo ahora buscar un encendedor para prender el cigarro. El viejo me mira con odio, mostrándome sus escasos dientes. «Será el último cigarro que fumes en tu vida», y se desmaya. ¿O acaso...? Parece que tiene sangre en la cabeza... No me importa. Salgo corriendo alegre, encuentro un encendedor, el enfermero tiene uno, se lo pido prestado sin que el muy tarado se dé cuenta y fumo el cigarro.

La sensación es hermosa, mi cuerpo se contamina, se nubla mi ser y me siento tan tranquilo, ¡adiós, vida de perros! Pero ¿qué pasará cuando se acabe el cigarro? ¿Cómo conseguiré otro después? Quizá me suicide cuando se termine éste. Ya va por la mitad, bueno, ya veremos, tal vez le ofrezca mi dignidad a algún enfermero, he oído decir que chantajea a los internos para someterlos a ciertas cosas espantosas, sin embargo, nada más son comentarios de los locos de aquí, no soy como ellos, no estoy muy loco, sólo estoy loco por los cigarrillos, es todo. Me tiendo junto a un árbol y fumo, del humo que expulso por la boca y la nariz se forman extrañas imágenes, una insólita cara, una misteriosa sonrisa, un ser increíble se crea, lo saludo con mi otra mano, sonrío, embebido en mi ritual personal mientras escucho un grito a lo lejos, ¡el viejo Quijandría ha muerto, se resbaló y se quebró la cabeza! No hago caso y sigo fumando. De pronto, me asalta una idea: ¿Habrán grabado el hecho? Ponen cámaras en las habitaciones, lo sé. Bueno, sé que ese viejo tenía la buena costumbre de hallarlas y destruirlas, de seguro lo hizo. Está delicioso el cigarro, como un vino añejo, más sabroso con el tiempo, lo gozo

entre sordas emanaciones, de verdad que es sabroso, siento que floto, una nube de humo con aroma a tabaco me lleva por el aire. Siento que la vida se transforma en una burbuja de neblina que se expande y se me mete en los ojos dilatándolos e impulsándolos a ver cosas alucinantes... Apenas escucho las preguntas del médico jefe, o las preguntas de los enfermeros... no, no, no, no sé nada... sí, sí lo dejé en su cuarto, me regaló un cigarro, salí a fumar. Y nada más. Pasan los días. Pasan semanas. Y sigo recluido en mi cuarto.

«Deja de fumar», me dice un loquito flaco y lleno de sarpullido en las mejillas. «¡Qué asqueroso, fumar!» Le meto un puñete en la cara, luego me voy. Estoy fumando, el cilindro no se ha terminado, va por la mitad. Sigo aspirando tabaco sobre mi cama, medito en lo que hago, varios minutos, medito en que fumo y que medito en ello, luego medito en qué pasaría si dejara de fumar el cigarro, cómo conseguir otro, pienso en salir de allí, en morir, en matar a mi esposa, en fumarme un puro con su pellejo, luego cambio de parecer, me doy asco a mí mismo y fumo, fumo para olvidar el dolor que sentía, lo consigo, ahora fumo para olvidar que fumaba para olvidar el dolor que sentía y ahora estoy fumando para olvidar que fumaba para olvidar que fumaba para olvidar...

Pero, ¿de dónde salen tantos cigarrillos? Éste pronto se terminará.

No, éste cigarro volverá, nunca va a extinguirse.

Creo que estoy enloqueciendo de verdad.

El cigarro se agota. Y queda el pucho. Se terminó, me digo, así tenía que ser, el placer no dura para siempre, fue una alucinación, el viejo murió hace un mes cuando me dio la breva, pero... recién se terminó, ¿extraño, no? Debe haber una explicación lógica, porque no estoy tan loco, no estoy loco en realidad, sólo estoy nublado por el vicio nada más. Cojo el pucho, es algo feo fumarlo, aunque a la vez es excitante, sigue con candela, lo fumo, ¡ah!, lo fumo hasta que no queda nada y lo apago contra la pared, luego lo tiro al suelo de piedra. Duermo. Despierto a los diez minutos, quiero fumar otra vez, me iré a la oficina del director, él olía a cigarrillo hace dos semanas, él fuma, sí, en su cajón debe tener cigarrillos. Hoy no he comido como debe ser, por fumar. La hora del almuerzo ya pasó. ¿Estará el idiota en su

oficina? Esperaré a la cena. ¡Maldita sea! Me pongo de pie. ¡Quiero un cigarrillo! Creo que el humo quiere salirse por mi ombligo debido a la gran ira que siento.

De repente, veo el cigarro a mis pies, como nuevo. ¡Volviste! Ese era tu secreto. Debí fumarlo a medias, sin embargo, no, está entero, a lo mejor fumé solo la punta, no, está nuevo, algo arrugado pero nuevo. Ahora sí, siento que me he vuelto loco. Estoy loco, mas no importa, viviré la locura, tengo ganas de reír, de saltar, de bailar. Me he robado el encendedor del enfermero, lo guardo bajo mi almohada, enciendo el cilindro y lo fumo. Me recuesto en mi cama hasta que se termina y medito, luego lo tiro, miro al suelo... y... está como nuevo, arrugado y entero... pues, lo vuelvo a fumar... y así hasta la noche. El cigarro nunca se termina, pues bien, se acaba y luego vuelve, es el mismo, reconozco su textura, su olor, lo disfruto, me tomo mi tiempo, se consume y quedo apestando a humo. Eso es lo malo de los cigarrillos, que apestan, si no lo hicieran tendrían un lugar aún más privilegiado en la sociedad del que ya poseen. La gente es hipócrita, se sienten atraídos por el vicio, no obstante, lo ocultan y hasta lo combaten, hablan mal de él incluso, sin embargo, no pueden asistir a una estúpida reunión o pasarla bien sin fumar, necesitan llenar sus pulmones de aquel elixir mágico, solo así cargan fuerzas, nada más así son personas. ¡Cobardes! Me descubren, los enfermeros me quitan la breva, pero esta aparece en mi bolsillo al poco rato y todos quieren que les preste mi tagarina mágica y el director decide que me dejen solo con mi problema, que no tengo solución, que no tengo explicación, que soy un enigma de necesidad y locura, y así moriré... En estos momentos me alegra que los de la clínica no sepan hacer bien su trabajo.

Luego... poco después... llega el humarazo, la exhalación y la niebla.

Nadie sabe cómo meto tantos cigarrillos a la clínica, siempre estoy fumando, al aire libre me gusta más. El humo que sale dibuja en el aire formas misteriosas, creo que ya lo dije, un rostro que me mira con maldad, con dientes carcomidos, una figura como la de un diablito toma consistencia cuando expulso el humo con mi boca, mis labios se relajan y dibujan una forma

extravagante, me da algo de miedo, aunque no debo temer, solo es mi imaginación, una bendición fantasmal, el cigarro una vez terminado aparece de nuevo, creo que lo he visto nacer del pucho seco. Sí, lo fumo nuevamente y lo compruebo, cierro los ojos cuando veo el puchito en mi palma, los abro y el cilindro aparece otra vez. Nunca se acaba. Deberían sacar este producto en el mercado, harían felices a todos los fumadores pobres de este país. Aunque es mala idea. Sí, debe ser mala idea. Escuché alguna vez decir que los japoneses hace muchos años desarrollaron un neumático que nunca se malogra con el uso. ¡Neumáticos eternos! Si lo sacaran al mercado descenderían las compras de neumáticos en el mundo, mal negocio. Oí decir también que en Rusia se inventaron suelas que jamás se gastan, pero... ¿qué diría Nike si se enterara?, mandaría a matar a todos esos geniales científicos que intentan brindarnos un producto indestructible. Bueno, el cigarro que nunca se termina acabaría con la industria tabaquera de un sólo golpe y cada unidad costaría una fortuna, no me convendría nunca, ni a ninguna de mis almas gemelas en el vicio, mejor gozar a solas con el milagro, solo para mí y nadie más... Por el bien de la humanidad.

A veces, en soledad, me pregunto: ¿será así la verdadera vida? Alguna vez me metí otras sustancias en el organismo, pensé en hacerlo de nuevo, aunque no, eso acabaría por joder mi cerebro y no requiero tal sufrimiento, necesito estar lúcido para sentir el sabor del tabaco ingresar a mí para luego salir apresuradamente, dejando las paredes de mis pulmones negras. Siento que padezco de cáncer en estado avanzado, pero no me importa, sigo fumando y sigo botando humo, soy una chimenea de carne, me siento flotar como si estuviera hecho de humo, me elevo y salgo de estas cuatro paredes malditas que me tienen encerrado junto a estos loquitos insoportables. Soy liviano, siento que vuelo y me voy al paraíso donde veo San Pedro en la puerta vendiendo cigarrillos de todo tipo, de todas las marcas, mentolados, acaramelados, también me gustan los de sabores de frutas, con estimulante amoroso, los puros, gordos y potentes, de todos los países, de todos los planetas; también encuentro pipas de todas las formas, atrayentes, preciosas,

estrambóticas y algunas drogas suaves para fumarlas en envoltorios de manufactura casera, me gustan mucho. Luego la imagen se desvanece, es un sueño, aunque el cigarro sigue en mis manos, se cae en la hierba, se enciende un tanto, no me da miedo crear un incendio. Apago con mis pisadas las chispas, cojo a mi cilíndrico amigo y sigo fumando, pasan los meses, pasan dos años y sigo fumando, me vienen a visitar mi esposa, sin mi hija, mi hermano y... no quiero verlos. ¡No! Quiero fumar, quiero levitar con las sensuales formas que me persiguen hechas de humo blanco, siluetas de plata sobre el mundo de mis placeres desquiciados.

Ayer soñé que la forma tomaba consistencia y que se metía dentro de mis poros, ahogándome. Me dio miedo y me desperté sudando. Como siempre, sobre mi mesa de noche, estaba el cigarro entero para fumarlo al día siguiente. Aquella madrugada lo fumé cuatro veces y luego lo dejé, ya un poco hastiado. Amaneció y aún estaba ahí, el milagro continuaba vigente... Me considero un ser afortunado.

¿Quién lo hubiera pensado? Yo, el gordezuelo tonto, dueño del milagro más genial de todos. Es como matar un hombre una y otra y otra vez, y que éste vuelva a vivir para volverlo a ultimar; no, creo que es una mala comparación, digamos que es una comida sabrosa que, una vez que desaparece ingerida, vuelve. Es algo así. Me siento famélico, sin fuerzas y sigo fumando, la barba está gruesa, muy crecida y mi cabello muy largo, el bigote me picotea el interior de la nariz y sigo fumando. El cigarro parece moverse como un gusano travieso, me lo meto la boca, cierro los labios negruzcos, lo prendo con mi encendedor nuevo, el cual robé de la camisa de otro enfermero. Siempre tienen encendedores esos bastardos. Me siento muy dichoso. Libre. Poderoso. No es locura. Es una especie de éxtasis. Algo cercano a lo divino o a lo infernal, es lo mismo. Salgo al patio al día siguiente, muy temprano, me siento en una banca, vuelvo a prender la ansiada breva.

Hoy algo pasará, lo presiento. Meditaré en ello mientras fumo. Hace seis años exactos que murió el viejo. Qué pena. Lo recuerdo, no podría olvidarlo, tengo su regalo. Lo que me gusta de esta

institución es que cuando alguien muere se alegran y nunca lo recuerdan ni visitan. Me da risa, al menos nadie me fregará después de muerto. Fumo, sale el humo con delicadeza y de pronto... me siento mal... me siento muy mal. Tengo dolor en todo el cuerpo, siento que se me queman los pulmones, me veo los brazos, tengo manchas negras en ellos y toso, toso hasta botar sangre, doy otra chupada al cigarro, por si acaso, y toso y toso ¡cof, cof!, y vierto más sangre. El cigarro... Se calma el dolor en mi garganta y fumo un poco más, me reclino en la banca, me recuesto y fumo más, el humo me cubre. ¡Maldita sea! He cometido un error: he fumado demasiado. ¡Pero el cigarro es inextinguible! El cigarro me busca a mí, yo no lo busco a él, aunque... quizá no sea tan cierto. Lo cojo, lo acaricio y lo chupo. El humo me cubre. Me lleno de una cruel humareda y siento una cosa romperse dentro de mí. Me río de forma histérica.

El humo escapa por mi ombligo, orejas, narices y ojos; no me lastima mucho, pero me arde, de alguna manera intento contenerlo, mas no puedo, suelto el cigarro, el cual cae hecho cenizas en el suelo, adiós, cigarro, hasta la vista, cigarrito mágico, amante incansable, adiós, te extrañaré, lo juro... Frente a mí surge algo, un ser, lo saludo, hola, toso sangre, roja, espesa, en mi camisa, en mi pantalón blanco, mi sangre... Una forma delgada y mediana se forma con la humarada, es... ¿humana? Está sonriente y tiene cuernos, no tiene cabello al principio, luego surgen unos mechones mal peinados, cuencas vacías, es transparente. Un ser que se materializa, se ríe a carcajadas, se ríe de mí, está frente a mí, conozco esa mueca, la sonrisa de ese perro viejo, ¡pero está muerto! Lo que está frente a mí es... no es real... no es-es-to-oy-y lo-loc-co-o, ¿o sí estoy loco? Estoy loco, es: carne, sangre, huesos, pellejo, una imagen humana, ¡igual a mí!, que de pronto se agacha, recoge el cilindro, que luce como nuevo, y lo guarda en su bolsillo. El cigarro volvió, lo sabía, ¿y tú eres yo?, le pregunto, ensangrentado creo, medio mareado, no digo nada, no dice nada, sólo sonrío (sonríe) con mis labios, sonrío con sus labios de payaso y salta contento, gordezuelo, bajo, medio calvo, se va brincando lleno de felicidad y yo... yo quiero un cigarro, ¡un maldito cigarro!

¡Devuélveme mi breva, ladronzuelo! ¡Ladrón que te pareces a mí!
Cosa rara, aunque estoy sobre la banca casi no me siento.
No siento mi cuerpo, mis manos, mi rostro.
Mi ser es ligero, siento que floto, algo se va robando de a pocos mi
esencia.
Sé que me disipo perdiéndome poco a poco entre los confines del
espacio gaseoso.
Soy lo que tanto me rodeó durante años, aquello que mis entrañas
respiraron, no soy más un patético ser viviente.
Y no siento nada...

Excepto que me elevo...

Pues no tengo peso...

Soy etéreo...

Soy volátil...

fffffffffffff...

Soy de humooooooooooooo.

«Las calamidades, cuando vienen, no pasan de largo, sino que descargan.» No mis calamidades: yo no decidí verme en este atolladero; y, con lo que nos pasa, veo lejos una decisión. Estudiar, escoger un programa ¿son medidas de alto nivel? Son ridiculeces. Nadie se hace hombre a partir de otro; y mucho menos si de lo que nos hizo ella dependemos irreversiblemente. Nos hundimos por su falta de lógica.

Se juzgó fértil, prestó para tener más y terminó debiendo la armonía de sus familiares. Y ellos ni opinaron. La halagadora corriente de abundancia —una abundancia con rictus de demonio— los repujaba en favor de su avidez. La espuma sosteniendo votos. Profesar la cercanía a cambio de no medir consecuencias. «¿Cuánto vale lo que nos comemos?» «Preocúpate por comerlo: una vez comido no hay quien te lo saque de la boca.»

No hay quien saque de la boca una comida rociada con las cenizas de la perdición. Porque les beneficia. Ellos rodearon también la corte de comensales, se hartaron, rieron y tomaron el ron sacado del bolsillo de los que no prevenían su desplome. Un generoso que daba de comer ponzoña. Y sus hermanos chupaban, les convenía adularlos, se aprendieron la fórmula con que les uncen el tiro. Dale heno al caballo y comerá.

¿Por qué estoy entre sus deudas? Mis defectos, de tanto resumir los suyos, perdieron su timbre. Lo mismo mis cualidades y mis ideas de futuro. ¡Un profesor que no lo es, un estudiante desconocedor de la fonética y su rubricada severidad, un joven sin empleo, una porquería madrugando a distraerse! Es seguro: no doy solución al problema; y el problema ajeno se trasladó a ser mío; y no tengo solución a mi asentada incapacidad.

Valgo lo poco que decido. Mis compañeros tienen variantes en sus vidas que las alegran: borracheras, conciertos, viajes, compras sin arrepentimiento, trabajos acordes a sus aptitudes. Tener presente en las acciones mínimas —leer, amarrarse, ponerle la mano al bus— que se deben

no un millón, no cinco ni diez, sino cien millones a bancos y a prestamistas, ¡y esa plata no se ve, no se come!

Teniendo eso presente, esa responsabilidad machacosa, ¿se vive sereno? ¿Se puede tomar una siesta en los placeres del mundo? Con esa carga, con la impaciencia frecuente, ¿se puede rogar por solo una bendición? Los sacerdotes deben millones y cuentan con el diezmo de sus amigos y con la sabiduría de invertir en la arquitectura de sus iglesias. Se les ve. A nosotros no. O sí: se nos ve la miseria.

Yo se la comento a los cercanos... pero aquí entra la que suplica como el coro recomienda a Atosa: «Suelta tu voz a las quejas y a los ayes.» Desconoce el silencio. Para ella, dolerse es doler con los otros: que sepan lo que padezco para poderlo padecer: divulga el drama con el domiciliario, con el carnicero que le regala huesos, con el conductor que no le cobra...

Si se quiere regar un chisme, ella es la indicada. Así es su hija, con la cual riñe. Hacerse coger lástima es su propósito de superación. Y, como yo, el problema no es de ella. Entonces protesta por otro y hablando de otro. Lo que a él le pasó lo siente ella aunque no sea directamente algo suyo. Ah: divulga lo que ninguno se atreve a decir; y no por miedo sino por cuidarnos de entrar en bocas manchadas.

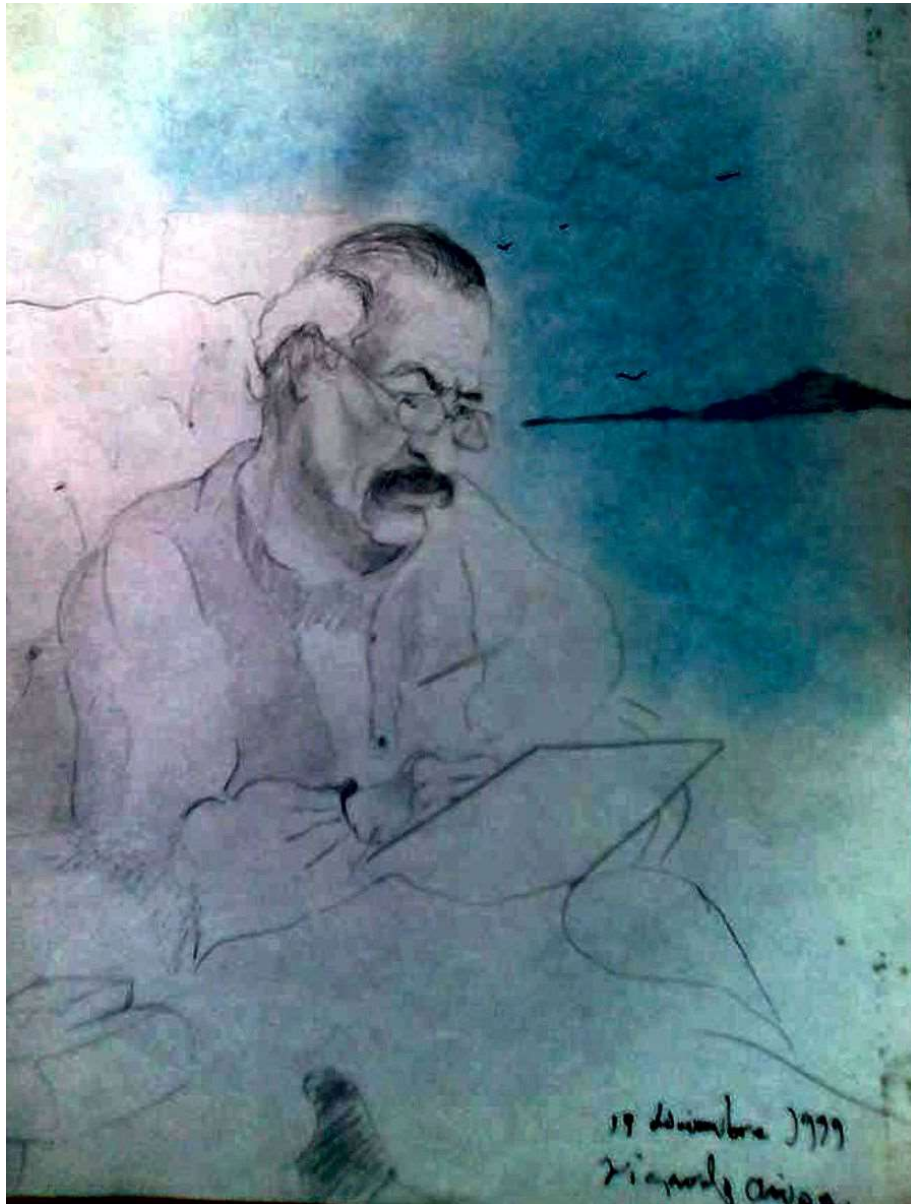
Al igual que Ío —«¿Quién habrá entre los desdichados que padezcan cual yo padezco?»—, parece que es a ella a quien le ha pasado el mal; quien se cayera y quien se paralizara —tanto que solo puede mover los músculos faciales y un poco las manos—; quien recibiera los cuidados del Hospital Nacional de Parapléjicos y a quien amarraran a la silla para no caerse.

Pero ella es adulto mayor, con historia clínica en el Hospital Mental de Bello, abuela encargada de no vivir su vida desde joven —primero con el esposo, luego con las hijas y ahora con los hijos de las hijas—... En ella «La auténtica vida [estuvo] ausente.» Sus lamentos le son fieles, conocedores del dolor en diferentes épocas, con diferentes causas. Afligirse en ella es llorar sobre un dolor

que esperaba el pitazo para recorrer la abertura frecuentemente recorrida.

«¡Cuán larga ha sido nuestra vida para ver por fin en la vejez este inesperado desastre!». Ni acabando con todo —barriendo para entregar— se ve libre de infortunios. Su epitafio va a ser: «¿Ustedes conocieron la tregua?». Yo no tengo su dolor; por tanto, no la puedo superar ni reprimir. Fastidiosa y todo, es lo que sobró de padecer con ganas. Y nunca por ella; por los suyos; incluso por mí, el quejumbroso charlatán...

Libre quien, aunque no haga lo que sus compañeros, vea la opción de hacerlo en algún periodo de su vida; condenado quien no pueda renovarse; quien, con Prometeo, se abandone: «¿Cuándo asomará el termino de mis penas?»



Esa tarde noche se escuchó mucho bullicio en la casa de la abuela; lloraba desconsolada, estaba sentada a la orilla de la cama, en su recámara que estaba a un costado del zaguán; el motivo de su llanto era el extravío de una de las nietas.

Era el mes de diciembre de 1976 cuando salieron de compras la abuela y los niños; caminaron por las principales calles del pueblo, cruzaron el jardín y pasaron por la panadería de los Reyes, y llegaron hasta la esquina de margen del río.

Visitaron la casa de don Juanito, el viejito que montaba una exposición en miniaturas para esas fechas decembrinas, representado el pueblo y el nacimiento de Jesús; era toda una obra de arte, pero tan original. Todo el que entraba a la casa del señor salía maravillado con la exposición.

Se escuchaba el ruido del agua que simulaba el río, incluso el martillar del carpintero que también adornaba el pesebre, los animalitos y la plaza de Pénjamo, alguna zapatería, las tiendas, el kiosco, en fin, era todo un gran asombro para los niños que visitaban la casa de don Juanito.

Salieron de la casa muy contentos intercambiando comentarios de lo vivido esas vísperas de navideñas.

Ya de regreso, contentos y cansados por el paseo de la tarde noche, la abuela se percató que le faltaba una de las niñas. Asustada preguntó a los demás por María.

—¿Dónde esta María? ¿Acaso se escondió?

Pasaron unos minutos cuando comenzó a desesperarse y el sufrimiento por la ausencia de María.

Empezó a gritarle para ver si la niña respondía al llamado, pero sin recibir respuesta. La gente que la escucho se acercó a preguntar si podían ayudar y la pobre mujer solo lloraba desconsoladamente, y volvió hacia el zaguán.

Toda la familia se reunió a apoyar para localizar a la niña. Ya casi caía la noche, todos se pusieron de acuerdo, armados con lámparas de mano, las patrullas con sus códigos deambulaban por el pueblito; unos caminaron por calles

aledañas, otros cruzaron el jardín Ana María Gallaga. Los más fueron a preguntar a la casa donde era la exposición.

Y nada se sabía de la pequeña.

En casa la abuela Elena, junto a la otra nieta Alicia, se quedaron sentadas en la entrada para estar al pendiente de alguna noticia alentadora y así transcurrieron 12 horas exactas.

La abuela fue al dormitorio a orar por el regreso de la niña, los hermanos de María permanecían asustados sin saber qué sucedía; la abuela lloraba y pedía a todos los santos que la niña regresará.

Cuando de repente, detrás de las cortinas blancas se asoma la cabeza de María con su vestido empapado. La abuela no lo podía creer, era su nieta. La abrazó sin importar su vestido mojado, al igual que su larga cabellera y agradecía al creador el milagro.

Alicia y mamá Anita escucharon los gritos de alegría que provenían de la recámara: la niña estaba ahí, la niña volvió.

—¡María regresó!

Alicia y mamá Anita, le preguntaron a María:

—¿Dónde estabas, por qué le das estos sustos a tu abuela?

La niña solo supo decir que un hombre de vestido blanco la llevó en su bicicleta y la sacó del río, la tomó en sus manos y le dijo no temas mi niña; estoy aquí para cuidarte, toma mi mano, te llevaré de vuelta a casa.

En un instante ya estaba tras las cortinas.

Las mujeres se quedaron viendo hacia la fotografía de la recámara de la abuela dónde el sagrado corazón tenía una veladora prendida.

Les había hecho el milagro, no cabía duda.

Otea el horizonte, la desnudez

Soñaba con aventuras y siempre se imaginaba nadando por los océanos, explorando nuevos lugares y descubriendo maravillas escondidas bajo las olas. Ese día, una gran tormenta se desató. Las olas chocaban con furia, el viento soplaba con fuerza y el agua estaba agitada. A pesar del caos que lo rodeaba, no tenía miedo y decidió, valientemente, enfrentar la tormenta.

Intentaba hacer frente al oleaje y avanzar hacia su destino, sin embargo, las olas eran altas y poderosas, empujándolo en todas las direcciones y dificultando su progreso, aun así, persistió y continuó avanzando con determinación. Mientras seguía nadando, se encontró con otros que también buscaban lo mismo. Competían entre sí en una carrera arriesgada, pero sabía que sólo uno de ellos sería el ganador. A pesar de ello, no se dejó intimidar: siguió nadando con determinación.

La tormenta se volvía cada vez más intensa, encontrándose con corrientes más peligrosas que amenazaban con llevarlo lejos de su rumbo. Nadador ágil, utilizó todas sus habilidades para evitar ser arrastrado por las corrientes y seguir hacia su objetivo.

El viento soplaba fuerte que las gotas de lluvia parecían pequeñas bombas explotando a su alrededor. Ante esa incomodidad, se mantenía firme y seguía enfocado en su meta. La lluvia caía sin piedad sobre él, pero no perdía la esperanza.

Estaba a sólo unos pasos de su destino final. Las paredes estaban cerradas con una gruesa capa que le impedía el paso y se encontró con un fuerte flujo que amenazaba con arrastrarlo lejos de su camino. Intentaban debilitarlo y detener su avance. Se acercaba rápidamente, sólo uno entre millones tendría la oportunidad. Nadó con todas sus fuerzas, esperando ser el elegido.

Finalmente, después de su largo y agotador viaje, llegó. Emergió en un lugar, calmo y tranquilo. En ese momento, se fusionaron y la vida comenzó a tomar forma. Su historia de valentía y perseverancia, sería contada una y otra vez. Se había convertido en uno de los afortunados en alcanzar la meta. Ahora, era el momento de comenzar una nueva aventura, la aventura de la vida misma. Convertirse en parte de la creación.

1. El rugido ensordecedor del trueno hizo vibrar las ventanas. Asustada, cerró los ojos y sonrió, sintiendo la fuerza de la naturaleza en el interior de su madera. Sabía que era un recordatorio de su propia capacidad para superar cualquier tormenta.

2. Rugían en el horizonte mientras él caminaba bajo la lluvia. Cada estruendo era como una melodía poderosa que le recordaba que incluso en medio de la oscuridad y la incertidumbre, siempre había una sinfonía.

3. Levanta la cabeza y desafía el cielo, sabiendo que su valentía y determinación es más fuertes que cualquier tempestad, como el eco de la ira divina en el aire.

4. La oscuridad solo servía para resaltar la belleza y la intensidad de los rayos que iluminaban el paisaje, dejando un rastro de asombro en su estela.

5. Él no se inmutaba; en cambio, abría los brazos y levantaba la cara hacia el cielo, recibiendo cada estruendo como una bendición. Sabía que los truenos eran la voz del universo, las posibilidades infinitas esperando a ser descubiertas.

Variaciones del paisaje

“El hombre, desde la cuna hasta la sepultura, es una bestia de lujuria”
Fernando Vallejo.

—... —Donde quiera que miró, siempre es lo mismo. Siempre están lastimándose los unos a los otros, con insultos, con bajezas, con armas de todo tipo. Nunca, de los nunca hacen lo que su boca dice, ni dentro ni fuera del paredón del amor y del perdón. Siempre, después del día sagrado, es lo mismo, apuntan y critican, blasfeman sin temor de él, lo hacen dentro y fuera de la casa de él, sin temor alguno. La honra ya no la encuentran, ni para ellos mismos; como podrán poner en alto el apellido de sus padres. La muerte está a la orden del día, siempre presente, siempre en cualquier lugar de este tercer mundo, siempre acechando al débil y al noble. La mirada en sus rostros siempre es deseosa de lujuria, de deseos mundanos y terrenales. La gente no teme más a tomar lo ajeno, no le importa nada, no hay más temor, por falta de mano dura celestial. Las mentiras ya no se esconden detrás de unas cuantas bocas impuras, ahora, la mentira camina entre nosotros, siempre presente, siempre latente, siempre por delante de todos ellos, siempre colocando sonrisas falsas y halagos vagos, estrechando manos y dando abrazos entre personas que no se quieren ni ver. Hombres y mujeres son esclavos por igual, amantes a distancia, fanáticos del sexo promiscuo y la lujuria con tanta pornografía y tanta mujer exhibicionista. Por otro lado, a todo esto, le agregan el deseo pecaminoso de desear y envidiar, querer vivir la vida ajena, una vida de riquezas sin hacer nada, sin haberlo merecido, sin haber tenido la gracia de él, en sus corazones, solo quieren riquezas y reconocimientos tontos sin razón aparente, celebrándose lo irreverente e irracional, jamás por gracia de él. —La gente, hoy por hoy, dejo de temer la mano dura del todopoderoso, dejaron llevarse por todo aquello pervertido por el Diablo. Pero él, no ha perdido la batalla, aún tiene aliados en estas tierras del pecado... Perdona que te hable toda la velada sobre la maldad de este mundo, pero es que, a mí, me enfurece la poca fe que todos tienen ya... —Le dije para no atemorizarla tanto, con el poder divino.

—Vaya que temes y amas la palabra del señor. —Ella, de cierto modo, se le veía un cierto brillo en su mirar.

—Como se debe... —Solo puedo pensar y esperar que tú, no, no seas igual de promiscua como a las demás que ha castigado él...

—Y dime. ¿Haremos algo terminando la misa de mañana domingo? —Entrelazo mi mano con las suaves y delicadas de ella.

—... —Creo que es tiempo; pensé. —Sí, que te parece si, terminando la misa, comemos con tu familia, te bañas, te arreglas, me acompañas a casa, a yo hacer lo mismo y posteriormente salimos al cine en la noche. —Sujete su mano fuerte y con mi pulgar, acaricie suave su mano.

—¿De verdad? ¿Quieres que pasemos todo el día juntos? —Su sonrisa fue la más grande y hermoso que nunca le había visto o plantado en su rostro.

—Sí, de verdad que, así lo quiero. —De verdad espero que no me decepciones... Me repetía en mis adentros.

—Entonces, por mi encantada de pasar todo un día juntos, mis papás te adoran, dudo que tengan inconveniente alguno...

Eva, estaba de lo más encantada con lo planeado. Tras terminar la cena, la llevé a su casa, solo para terminar de confirmar lo que ella decía. Pues sus padres, insistentes, deseaban que me quedara a tomar un poco de café con ellos. Lamentablemente, tuve que desistir, tenía que preparar todo para mañana, por lo tanto, iba a estar más que ocupado esta noche.

Inicie con los preparativos, y en un abrir y cerrar de ojos, me dieron las cinco de la mañana, no podía perder más tiempo, en consecuencia, termine lo más a prisa posible, lo último en lo que estaba; tenía que dormir media hora, aunque fuese. Al sonar la alarma de las 6:00 AM. Hice lo normal, posponerla tres veces, como ya es hábito, me levanté a tomar un baño para terminar de despertar. Al salir, planche mi ropa, lave mis dientes, peine mi cabello, me vestí acorde para la

misa, mientras preparaba un par de sándwiches para un ligero desayuno, los mensajes de Eva comenzaron a llegar; su dependencia de saber de mi día a día me dejaba mucho en que pensar, iba muy despacio, pero seguía constante la decepción. Hoy sería su bautismo de fuego, hoy se decidiría todo.

Como era costumbre, fui de los primeros diez en llegar a la iglesia, el pastor, me pidió ayuda con los últimos detalles de la misa. Las campanas suenan, en el penúltimo llamado Eva llega, me da un beso en la mejilla y hace las preguntas monótonas cotidianas. Todo estaba perfecto, la música sonaba armoniosa, los cánticos celestiales, los versículos del pastor adecuados, los testimonios gloriosos; pero nada, absolutamente nada, puede hacerme perder mi objetivo.

Eva, ya les había comentado a sus padres, cuál era el plan al terminar; así que todos, nos dirigimos a un pequeño restaurante, que pertenecía a una tía de Eva. Ella se fue conmigo en mi auto; su sonrisa resplandecía grande, allí fue, cuando después de diez fines de semana seguidos, en donde la habíamos pasado saliendo, dieron frutos. Nos dimos nuestros primeros besos; fueron tiernos al inicio, pero se podía sentir como Eva, exigía más con su cuerpo, como deseaba que la tocara por debajo de la falda, por dentro del escote. La manera en que me sujetaba del cabello, como me acariciaba el pecho y sus manos temblorosas bajaban lento y se quedaban en mi abdomen; todos esos indicativos, eran los gritos de guerra que buscaba. —Calma, vayamos con tus padres, se van a preocupar. —Le dije al detenerla.

Charla, risas y todo un poco, sobraban sobre la mesa, estas personas me amaban, los tenía completamente en la bolsa, todo iba perfecto, hasta que el padre pregunto:

—Y dime Abel. ¿Cuáles son tus intenciones con mi hija Sofi? Se sincero... —La mesa guardo silencio, en espera de mi respuesta, mientras todas las miradas estaban en dicción a mis ojos, incluyendo los de Eva.

—Le seré sincero señor... —Respondí con toda calma. —De todas las veces que hemos salido Sofi y yo, no hemos hablado al respecto, hasta el día de hoy, habíamos llevado una amistad de lo más sana. —Fue entonces cuando sujeté la mano

de Eva, y proseguí. —Más, sin embargo, puedo asegurarle que mis intenciones son las mejores con ella, siempre y cuando ella, me permita escalar otro peldaño en la amistad. —Eva, no se pudo contener y se enrojeció por completo. —De verdad, espero y le ruego que no me lo tome a grosero, pero este es un tema que primero me gustaría hablar con ella a solas, cuando tengamos tiempo.

—Oh, claro, qué imprudencia la mía, yo pensé que tenían ya alguna relación y nos las estaban ocultando a mi esposa y a mí. —El padre de Eva, argumento.

—No, para nada, no me lo tome a mal. No crea que hemos ignorado su autoridad; es solo, que no hemos tenido tiempo, o más bien, no sabía cómo tomar las riendas de esta conversación a solas con ella...

—Bueno muchacho, acabo de darles en el clavo. Serías un tonto, si después de ver como Sofi, sigue sujetando tu mano, tras decir esto frente a mí, no lo haces.

—Papá... —Exclamo Eva; peor que un tomate.

—Muchas gracias. —Respondí con una sínica sonrisa, al mismo tiempo que Eva soltó mi mano aún más roja...

Las risas siguieron, de camino a casa de Eva, no tocamos el tema, aunque ella lo intento un poco, pero lo evadí con un —Espera, estoy seguro de que tendremos un mejor lugar y momento para hablar de eso, no necesita ser en un auto donde no te puedo poner atención al cien por ciento. —Así que, todo siguió de acuerdo al plan que teníamos, una vez en casa, su padre siguió con multitud de charlas. Su madre, no sabía qué hacer, con la manera tan complaciente en que se puso durante toda mi estancia. Sus hermanos menores, de 18 y 20, educados e intentando charlar un poco de todo, incluyéndose en nuestra plática.

Cuando Eva termino de arreglarse para salir después de hora y media; se veía radiante. Llevaba unas zapatillas, no muy altas, de plataforma. Una falda entallada que le hacía resaltar su torneada figura. Y para cerrar, por mucho que quisiera no llamar la atención, sus senos salían a relucir tras esa blusa con muy poco escote. Solo nos despedimos de su familia. Una vez en el auto, todo

era normal, ella no sospechaba nada. Al llegar a casa, ella tomó asiento donde yo le dije; todo estaba acomodado para que, desde ese asiento, ella pudiera verme cuando yo saliera desnudo del baño. Al igual que yo podría ver lo que ella hacía atreves de la cámara de la sala. Podía notar que se encontraba nerviosa, pero sin poder dejar de mirar.

—Qué tonto. ¿Te puedo ofrecer alguna cosa mientras me sigues esperando? —Salí a preguntarle a Eva, solo en pantalones.

—Gracias, estoy bien... —Dijo tragando grueso por la situación.

—Qué va, insisto. Por favor, toma agua o algún refresco del refrigerador.

—Está bien... —Se levantó del sillón para servirse algo. Pero justo cuando estaba con la cabeza dentro del refrigerador, me coloque detrás de ella.

—No sé qué quieras tomar. Puedes agarrar lo que gustes... —Ella solo pegó un salto cuando noto que estaba allí.

—No hagas eso... —Su única reacción fue cerrar la puerta del refrigerador y arrinconarse como ratón asustado delante de su predador.

—Lo siento si te asuste, no era mi intención...

Tomé sus manos y les di un beso. Ella, no pudo decir más, sus deseos de besarme eran más que obvios, su mirada, su respiración alterada, lo asustada que se encontraba. Coloco sus manos sobre mi pecho desnudo y las subió hasta mi cuello, dándonos unos besos tan apasionantes que me recordó situaciones de lujuria que hace mucho no venían a mi mente, “Perdónala señor, no sabe lo que hace con su promiscuidad.” Pensé al seguir con aquellos besos. Fue entonces cuando comencé a tocar sus senos, y ella no me detuvo, cuando comencé a desabotonar su blusa, y ella no me detuvo, cuando sus manos bajaron hasta mi pantalón para quitarme todo y dejarme desnudo, agachándose y dándome durante más de diez minutos uno de los mejores orales que alguna vez allá sentido, podía sentir como la salva escurría hasta mis testículos, mientras ella los acariciaba con una mano y con la otra subía y bajaba al compás de su alegante y pequeña boca roja. Mientras lo hacía, totalmente de rodillas, como implorando perdón. Fue desvistiéndose sola,

caminamos hacia el mueble y en un 69 tan espléndido, ella sacó mis más bajos instintos. “Perdónala, señor” me seguía repitiendo en mis adentros. Una vez penetrada, disfrutamos de un sexo tan placentero y sucio, la manera en que ella eyaculaba y me volvía a dar a lamer todos sus fluidos, el cómo los lamia de mi verga, hasta dejarla limpia y volverla a llenar de saliva. Definitivamente, fue uno de los encuentros más anti sanos que jamás había tenido...

Ambos terminamos en la cama, sudados, llenos de fluidos de todo tiempo, desnudos, en cobijados y abrazados por el frío aire acondicionado. —¿Quieres formalizar esto que tenemos? —Pregunte, quizás en el momento más sínico que sé pudo hacer esa pregunta. Ella dijo todo lo que sentía por mí y termino aceptando.

La noche, transcurrió tal cual lo planeado, fuimos al cine, hubo más besos; la velada fue de lo mejor para ambos. La llevé a su casa a las 11 de la noche, sus padres, como era de esperarse, querían invitarme a que pasara más tiempo allí con ello; a lo cual tuve que negarme y pasarme a retirar, con la tonta excusa de la hora y el trabajo de mañana temprano...

Al llegar a casa, entre y coloque las llaves donde siempre, colgué mi abrigo en el armario, coloque mis zapatos en su lugar, doble mi camisa, el pantalón y el bóxer en la ropa sucia. Apague todas las luces de mi casa, me dirigí a la habitación cerrada que tengo, encendí las velas de ese cuarto, tome mi látigo de “Flagrum” e inicio la purificación para mi alma. —¡Perdóname, señor mío, creí que ella sabría andar por tus caminos de rigor! —Repetía, tras cada azote, uno por cada minuto que estuvimos pecando bajo esos actos impuros; agregando diez más por cada pensamiento pecaminoso que pudiera venir a mi mente. —¡Perdóname, señor mío, creí que ella sabría andar por tus caminos de rigor! —Pero es tiempo de que ella también lo pagué...

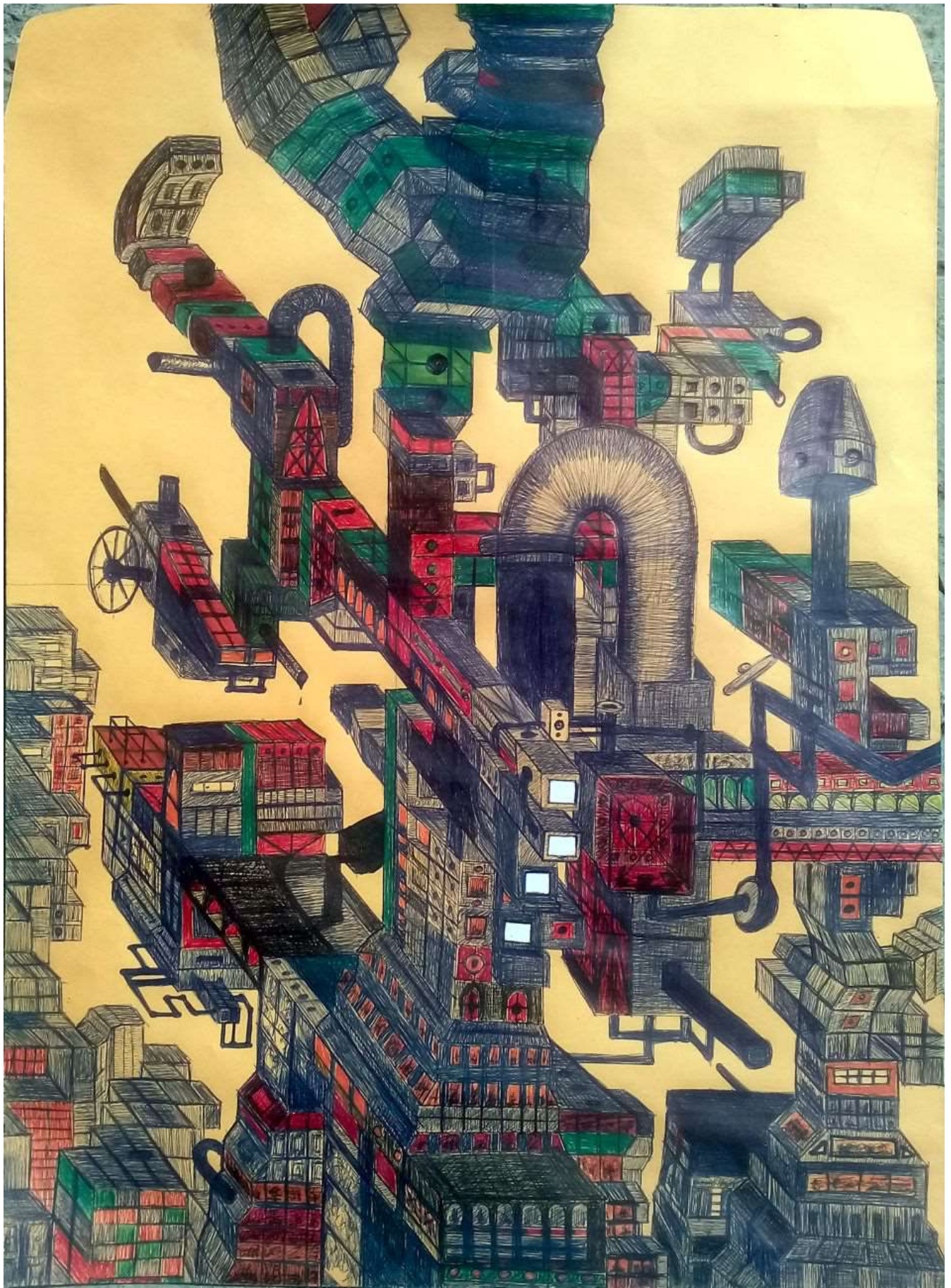
Cuando todo termino para mí, tome el atuendo adecuado para la noche, para poder llevar a cabo el mandato que él me ha mandado. Eran las tres de la madrugada cuando estaba frente a su casa, comencé a hacerle llamadas hasta hacer despertar a Eva.

—¿Hola, que pasa, todo está bien?
—preguntó preocupada.
—Hola... sí. De verdad disculpa que te moleste a esta hora, pero estoy afuera de tu casa.
—¿Qué pasa? ¿Todo está bien? ¿De verdad? Voy a la puerta...
—Sí... Pero, oye, espera, por favor...
¡Espera! —Todo tenía que estar perfecto, sin cabos sueltos.
—¿Dime? ¿Qué puedo hacer por ti?
—Por favor, no despiertes a tus padres, y si te pudiera ver por la puerta de atrás, sería mejor; por cualquier vecino que pudiera ver y pensar mal de ti, de ambos. Tampoco me cuelgues por favor...
—Sí, creo que así es mejor. —Ella no sospecha nada y accede a todo sin más. —Te veo por la puerta de atrás...
Al salir, su rostro se veía ilusionado al verme, al saber que mi primera opción de refugio era ella y no nadie más. Solo le dio tiempo de decir —¡Hola! —Cuando sin más, me solté sobre ella con un estremecedor y fuerte abrazo.
—Préstame tu celular, por favor; solo quiero borrar las llamadas; de verdad no quiero que nadie sepa que te vine a buscar a esta hora... —Tras eso ella accedió sin preguntar nada. Mi abrazo de nuevo surgió, pero esta vez, mis dedos tenían el ungüento especial, embarrándolo sobre sus labios, y de mi bolsillo, un pañuelo con cloroformo.
—Tranquila, prometo que tu alma será purificada, todo estará bien, ¡Lo que hicimos estuvo mal, pero todo tiene solución de la mano del señor!
—Susurre en su oído, mientras el ungüento hacía su efecto, adormeciéndole todos los músculos del cuerpo y provocando mareo y desmayos; de la mano del cloroformo, era una fórmula infalible. Al quedar inconsciente, la subí al auto y conduje, una hora de la ciudad, a una cabaña de un amigo que estaba fuera de la ciudad, la cual cuidaba. Allí, la até a uno de los dos postes en forma de cruz al más puro estilo de una crucifixión, pero en vez de dar la espalda al poste; totalmente desnuda, lo tenía de frente, dándome la espalda a mí. No paso más del primer latigazo, cuando ella logró volver un poco en sí; no pudo reconocermme para nada, aun su cuerpo y mente seguían adormecidos, pero sintiendo todo el dolor, y si eso no funcionara, yo

llevaba puesta una máscara. Su castigo fue igual que el mío, uno por cada minuto que estuvimos juntos, más cada pensamiento del pecado que me veía a mente tras ver su cuerpo desnudo.

Al terminar el flagelo por los 40 minutos que habíamos estado juntos. Coloque la cámara con temporizador, me coloco en la cruz de alado con la misma pose y las heridas de mi espalda aun sangrando; los nudos en la cruz estaban hechos a modo que parecieran que yo estaba atado, pero podía ponerme y quitarme a voluntad. Sume su celular, lo desbloqueo con su huella, marque hasta despertar a sus padres. Una vez que estaba seguro de que estuvieran despiertos, después colgué, mande la ubicación del lugar, mande el video en donde Eva y yo teníamos sexo, y le escribí.
—Ellos ya han pagado el pecado de la lujuria. Tienes una hora para venir por ellos, o haré público todo, y no la volverás a ver...

Los padres de Eva llegaron en menos de 45 minutos, nos encontraron a los dos adormecidos y atados a las cruces. Nos vistieron y nos cargaron hasta los autos y posteriormente a su casa. Ellos, querían llamar a la policía, como pudo con lo adormecido que estaba, les dije: —Por favor, a la policía no, todo se hará público y la dignidad de Sofi será expuesta, no hagan eso por favor. Todos me conocen aquí... —Por la mañana, Eva estaba de nuevo en sí, tras hablar con ella un poco y tratar de consolarla mientras curaba sus heridas, confirmé que no recordaba absolutamente nada, tenía cierta duda, sobre si la había ido a ver en la noche, pero al negarle todo y ver que yo también fui víctima, perdió toda duda... —por lo que puedo ver del video, está grabado desde fuera de la ventana de mi casa, era alguien que nos había estado siguiendo toda la noche... —Le dije a sus padres, y con esa cuartada, el video grabado por un tercero, la foto tomada por igual por alguien más, los mensajes y todo, absolutamente todo creyeron que paso, “mientras yo, estaba atado a la cruz”. Ahora, le quedará más que claro, que el camino de la lujuria, es una vereda que nunca más debe volver a cruzar...







Este jueves de este otoño

Guillermo Almada

Si alguna vez dejo de escribir, ha de ser porque ese día no pude despertarme, y ya no estaré en las cosas como antes. Así que no me busques en las cosas. Junta mis cartas, y mis poemas, si es que alguna vez quieres releerlos. Guarda mis canciones, si te parece que vale la pena volverlas a escuchar, pero no me busques allí. Todo eso puede servirte para recordarme, no lo niego. Pero ya no estaré entre mis cosas cotidianas, es más, mis zapatos serán solo los zapatos, mi gabán no será más que un gabán. Ahora, si de verdad me buscas, búscame en tu corazón, porque allí permaneceré por siempre...

Esta, y otras cosas como esta, lucubraba yo una tarde, por la orilla del río, partiendo de la base de que la única certeza que tenemos, desde el principio, es nuestra finitud. No sabremos cuándo, pero, estamos seguros de que caminamos inexorablemente hacia un destino de anochecer. Aun así, lo más lógico, la acción más normal del individuo, es que avancemos en la vida evitando a la muerte.

En lo personal, he establecido un pacto con ella. Yo no la evito, y ella no me busca. Alguna vez nos encontraremos, y ahí se verá...

Mientras tanto, suelo moverme en solitario. Y así fue aquel atardecer, en el que intentaba recordar los versos de un viejo poema mío, y soltaba, a modo de plegaria, estas palabras:

Asumo hoy toda la melancolía de este jueves de este otoño, y de este río, y camino a su vera más temprano que tarde, y más tarde que nunca.

Encendí un cigarrillo, sin sentido, porque sí, porque el paisaje lo reclamaba. Porque no imagino una figura humana, un jueves, de un otoño, por la orilla del río, sin encender un cigarrillo...

—¿Qué busco? Me pregunté, sin poder responderme, porque ni siquiera buscaba esa respuesta. Tal vez estaba buscándome a mí mismo, convencido de que mi interior era ese río, ese jueves de ese otoño.

Me animé a la orilla de esa inmensidad gredosa, y así me quedé, inerte, entendiendo por qué nadie se baña dos veces en el mismo río, y

agregando que nadie puede ser dos veces el mismo, porque el tiempo no para, y el ser no se estanca.

No sé bien si fue la brisa o la extraña memoria de mis fosas nasales, pero antiguos aromas me asaltaron.

—¿Adónde habitan, escondidos, mientras no los convocamos, el olor a jarilla, a chicharrón, a pan caliente, a jazmín, a su perfume...?

Mi nombre, pronunciado por una voz distinta, me sorprendió. Una voz profunda, como extraída de un instrumento de fonación hecho a mano, artesanal... ¡Caray! Reflexioné ¡El Divino Artesano! Por eso es que, siendo todos iguales, no somos idénticos. Porque esa es la característica de lo artesanal. Cada pieza está hecha del mismo barro, con los mismos colores, y la misma técnica. Pero no en el mismo momento. Entonces, el estado del ánimo, la emoción, el sentimiento, del artesano, lo influye, y habitan su obra...

Cautivado, giré la cabeza hacia la voz, y ahí la vi. Con una piel muy blanca, vestida de muy negro, cabellos como la noche, y unos ojos tan inexpresivos que se diría que miraban sin ver.

Volvió a preguntarme si era yo, pronunciando, solamente mi nombre, pero de modo interrogativo. Estupefacto, caminé lento hacia ella, y le tendí mi mano, para saludarla. La tomó para dar un pequeño salto sobre unas rocas, y acercármese. Con sus tentadores labios fríos me besó en la mejilla, al tiempo que me aseguró buscarme desde temprano.

Me acompañó en mi paseo, pleno de silencios, y nos sentamos en un bar de la costa para tomar algo.

Me contó cosas de mi vida para demostrarme que me conocía, que sabía de mí, de mi obra. Recitó poemas míos, de hojas pretéritas, y se quedó mirándome a los ojos con ternura. Me incomodó, me hizo sentir en desventaja. Pero su voz tenue y profunda, y esa manera tan suya de usar las palabras, fueron dejándome desnudo, y a su albedrío.

Nos encaminamos después, despacio, hacia la noche. Iba yo tejiendo desesperanzas e

incertidumbres, y deseando que en algún momento pasara lo que no pasa nunca.

Hubo un letargo amenazado por la tensión, pero también una urgencia de ternura, no sé, o algún tipo de redención revelatoria, que me dio la certeza de que, sin importar lo que sea, algo viviría, tras lo cual, nada volvería a ser, como lo había conocido hasta ese momento.

La cuestión del tiempo parecía ser la clave en la comprensión de este concepto, o sea que la pregunta no debía ser cómo, sino cuándo...

Propulsado por una tremenda curiosidad la besé, para comprobar que era real, que no pertenecía a alguno de mis delirios oníricos. Y ella se dejó. Recibió mi beso, silenciosa y gélida.

Entramos a un hotel del bajo. La luz de la luna atravesaba la pequeña cuadrícula de la ventana, y estiraba esa geometría hasta la cama, en donde comencé a quitarle la ropa, y a recorrerla suavemente con mis besos. Suspiró, gimió, se arqueó, me tomó del cabello y apretó mi cara contra su cuerpo. Me subí a ella. Nos amamos. La tomé por el hombro y la volteé, nada dijo, aceptó complaciente. Luego ella me cabalgó hasta girar de nuevo. Así una, y otra vez, de una, y otra forma.

Ese encantamiento que me excedió, como un viejo resabio del amor adolescente, fue el más claro vestigio de lo nuevo. Y lo nuevo siempre es una categoría misteriosa que se vacía de sentido para transformarse en un acto de prestidigitación, en la arista fundamental del gran legado de los ancestros de la vida y de la muerte.

La luna ya no alumbraba por la ventana. El cielo lucía rojo. Estimé que sería la hora del alba, y me recosté a su lado. Encendí un cigarrillo, esta vez por placer, y sonreí mirando el cielo.

Me vestí despacio, y observando sus ojos, que ya no estaban tan fríos. Sin ningún gesto de ternura, le dije que sabía desde un principio, quien era ella. Esquivó la mirada avergonzada, dando vuelta la cara. Sé que eres mi muerte, le aclaré, sentándome a su lado, en la cama, y mostrándole mi reloj de pulsera. “Se te pasó la hora”, ironicé...

Es que en realidad ella debía llevarme antes de la media noche, pero se dejó seducir por el amor y la pasión, y perdió la noción del tiempo - nos pasa a todos-.

Me incliné, la besé antes de irme, y le agradecí que me permitiera confirmar esa teoría, de que el amor es capaz de vencerlo todo, incluso a ella.

...los uniformados se habían apostado ante las puertas del edificio, y estaban levantando un cerco alrededor.

Los vecinos estaban afuera, protestando y dando voces. Abuchearon mucho más cuando, por la puerta principal, salió una mujer muy elegante y de cabellos castaños largos, que cerró firmemente, a sus espaldas. Se irguió completamente y se quedó oyendo los gritos y reclamos de la gente.

El señor Velasco no comprendía qué pasaba. Se acercó a la multitud y se decidió a interrogar a alguien. Tardó un poco en dar con uno de sus inquilinos, pues entre la multitud también había transeúntes mirones. Finalmente, se fue a topar con los dos Mauricio, como de costumbre uno al lado del otro.

— Muchachos – dijo el hombre –. ¿Qué pasó?

— Nos corrieron, profe – le respondió el Mauricio más alto.

— ¿Qué cosa? – Exclamó el señor Velasco.

— Sí – indicó el otro Mauricio, que era más bajito que su interlocutor –: hace rato llegaron los policías y nos sacaron de los departamentos.

— Pero... ¿y eso por qué? – Preguntó el profesor, casi sin voz.

— Yo escuché – terció el primer Mauricio – que porque la que nos rentaba se robó el terreno, y que la verdadera dueña por fin se había hecho oír por las autoridades – con una cabezada, señaló hacia la mujer a la que la concurrencia estaba abucheando –, y que ellas mandaron a sacar a todos los vecinos, en lo que se resolvía todo el rollo de a quién le pertenece el terreno.

— O sea que ya nos sacaron, profe – dijo el otro Mauricio, tristemente.

El señor Velasco no podía concebir aquello. No le era posible, sencillamente, el pensar que se le acababa de echar de su hogar, que acababa de ser despojado, ya fuera temporalmente o para siempre, del único patrimonio con que contaba...

La mujer invisible

John Piedrahita

Hoy desperté en el hospital del sur. Me siento pérdida, desorientada. No sé qué sucedió, lo último que recuerdo fue ingresar a esa discoteca de la Plaza Foch. Tomé un trago, no bebí tanto como para perder la conciencia. Me duelen mis partes íntimas y la doctora dijo que tengo quemaduras de cigarrillos en mis senos. Trataré de recordar lo acontecido. Todo mi cuerpo está maltratado, pero es más fuerte el dolor del alma.

Me levanté a las siete de la mañana para ir a trabajar. La semana no fue emocionante, precisamente por eso le acepté la invitación a Julián. No sé por qué insistía tanto en salir conmigo ¿Sabría acaso mi secreto? Bueno, no importa. Al fin y al cabo, la identidad es una mezcla de personalidades ilusorias. Si tanto quería el encuentro, tendría el encuentro.

En el trabajo no se presentó nada fuera de lo común. Regresé a las cinco de la tarde a la casa. Tuve un altercado en el trole. Un anciano, perdón un viejo verde, al darse cuenta de que estaba dormida, metió su mano en mi pantalón. Cuando me desperté lo increpé. Pero para mí sorpresa, él resultó más indignado. Me dijo que soy una puta, que yo lo provoqué al sentarme a su lado y que me fuera si no quería que me moliera a golpes. Nadie me ayudó, ni siquiera las otras mujeres. Aunque sufrí un abuso en el transporte público, fui invisible ante los ojos de esas personas.

La invisibilidad no es un asunto de las películas de Marvel, es una norma social. Entre más blanco, masculino y adinerado seas eres más visible ante los ojos de los otros. A mí me tocó ser invisible. Nadie me saluda en la calle y cuando lo hacen sienten vergüenza de hacerlo. Lo he notado, pero no me importa. Al contrario, siento lastima por ellos. Quieren mi amistad y, en el fondo me aprecian, pero existe un peligro: Si te juntas con un invisible, se te puede pegar la invisibilidad.

Llegué a casa y, como ya estaba acostumbrada a esos percances, decidí no darle más vueltas. Julián me encantaba y, ante los ojos de él, no era invisible. Me veía. Me invitó a salir, por tanto, existía la probabilidad de que me deseaba. Yo lo deseaba a él. Esas manos grandes y

con venas me prendían mucho. Quería que me cogiera las nalgas y me dijera en el oído: "Puedo olerte, puedo sentirte, puedo lamerte. ¡Tranquila, yo te veo, no eres invisible!

Alisté la ropa con mucho cuidado. Quería gustarle, pero no quería asustarlo. Pensaba que si iba muy formal lo aburriría, pero si iba muy sensual se escandalizaría. Finalmente, decidí escoger una ropa intermedia: ni muy recatada, ni muy mostrona. Llamé un taxi y me fui para la Foch. Arribé al centro de la plaza donde me encontraría con Julián. Esperé quince minutos y, aunque odio las personas impuntuales, ya estaba acostumbrada a los desplantes de los hombres. En mi mente pensaba: "Julián vale cada minuto de espera".

Julián arribó a la plaza y lucía guapísimo. Cuando se acercó a saludarme pude aspirar su fragancia. En ese momento confirmé que, en efecto, lo deseaba. ¿Dónde radica el deseo? En la falta de una certeza. ¿Dónde radica la certeza? En la seguridad del encuentro. ¿Por qué se realiza el encuentro? Porque hubo un coqueteo previo. Esas posibilidades me llenaron de optimismo. Quería tener a Julián entre mis piernas. Para mí, él no era invisible, pero para el resto de la sociedad yo sí lo era.

Julián me tomó de la mano para llevarme hasta la discoteca. Nunca un hombre lo había hecho. No era fea, al contrario, era muy guapa. Sin embargo, los hombres siempre trataron de ocultarme. Los besos más apasionados que di en mi vida siempre fueron a escondidas. El último novio que tuve me mantuvo en el territorio de las logias secretas. Él decía que me escondía porque era casado. ¡Patrañas! No me escondía a mí, se escondía a sí mismo. Perdón, no se escondía a sí mismo, se ocultaba del escarnio social. Precisamente por eso fue una enorme dicha que Julián me tomara de la mano. Si Julián no era invisible y yo caminaba de su mano, quizá saldría de las trincheras de la invisibilidad.

Entramos a la discoteca. Me sorprendí porque no había nadie más dentro del establecimiento. De repente se acercaron dos

hombres a Julián. Los tres me dirigieron una mirada furtiva. No sentí miedo. Nunca tres hombres, al mismo tiempo, habían pasado sus ojos lascivos sobre mí. No le preste importancia, las manos grandes de Julián me protegerían. Julián se acercó a la barra y me pidió una margarita. Me la llevó hasta la mesa y me dijo:

—No te preocupes, linda, son unos viejos amigos.

Le di un sorbo a la bebida y es lo último que puedo recordar.

Estaba en medio del esfuerzo por recordar algo más, pero en ese momento entró el doctor. Me miró con desdén y, finalmente, se decidió a hablar:

—Vea señorita, es decir, señor, los informes de laboratorio dicen que usted fue drogada con escopolamina. Luego de eso tres hombres la violaron, perdón lo violaron. Se encontró rastros de semen de tres hombres diferentes. Tiene quemaduras con cigarrillo en su cuerpo y le robaron sus pertenencias.

El doctor salió del cuarto. Lloré por el abuso. Era la quinta vez que me violaban. Reflexioné sobre mi situación. El problema de la invisibilidad no es que los otros no te vean, es que piensan que tú cuerpo les pertenece y pueden usarlo y desecharlo cuando se les venga en gana.



Duele. Quisiera no sentir este dolor. No, mientras escribo acerca de él. Pero lo siento. Siento el puño hundiéndose en las costillas de Álvaro. ¡Pinche dolor! Es una sensación extraña. Sabe que los nudillos caerán sobre él, por eso intenta contraer los músculos, atenuar el golpe. Sin embargo, el muy cabrón sabe dónde golpearlo. El dolor tarda solo unos segundos. Él intenta no gritar. Cede. Rápido le cubren la boca, echan su cabeza hacia atrás para darle un trancazo en su estómago. Profesionales... saben cómo convertirlo en una cosa sin alma. Simplemente saben cómo causarle dolor. Dolor que crece a la par del odio en ese cuarto. Sé que esos dos no tienen nada contra él, pero sus superiores les han exigido un culpable. ¡A sus órdenes!, nada más.

Boris es el más descontrolado de los dos. Entre insultos le ha escupido a Álvaro como si lo culpara por existir. Augusto, el más antiguo, hace muecas, mientras humedece algunas pocas toallas.

—Para los cardenales —dice persignándose, tal como le enseñó su madre que lo hiciera.

Le parece necesario pensar en la cruz, pues si calla la zurra será horrible.

—Su trabajo, nada más —murmura arrojándole un paño a quien ahora parece un gorila desenfrenado.

Ha cubierto el rostro de Álvaro. Lo ha golpeado en la cara. Casi lo ha botado de esa silla en la que permanece esposado desde hace ya seis horas. El odio crece en busca de agradar a la omnipresente cadena de mando. Probablemente algún político duerme plácido en su casa esperando los resultados.

A las ocho de la noche detuvieron a Álvaro y a un amigo sobre el que él no sabe nada. Habían salido a dar una vuelta antes de comenzar la guardia de esa noche. Tres sujetos los subieron a un carro oscuro apuntándolos con una pistola. No vieron sus rostros, pero los reconocieron como policías; igual que ellos. El resto ya lo conoces. Boris se ha pasado. Sangre ha caído sobre el suelo. No es la primera vez. Solo una pausa. Una voz surge desde la esquina del pequeño cuarto.

—Confiesa que fuiste tú y se acaba.

La prensa exige un culpable, punto. La verdad aquí parece accesoria. Álvaro era la mejor opción. Pero no confiesa, porque sabe que no tiene nada que confesar. El final parece alejarse de este cuento. No. Su compañero se ha rendido.

Era una tarde de un caluroso verano de la estación seca, pero nadie se imaginaba lo que se avecinaba.

Maxwell un chico normal que ya había entrado en su etapa de adolescencia, se enojó con sus padres por nada y fue a la playa un rato a pensar, pero estando ahí se le ocurrió tomar prestado el bote de la familia y mientras estaba en el mar pensó: - ¿Me quedo un rato más, o me voy?

Pero en ese mismo momento cayo una tormenta o mejor dicho un Tifón, una tormenta que azoto el barco, pero luego cayo un rayo sobre la cubierta y el barco se partió en dos y cayo al agua y cuando estaba a punto de ahogarse se agarro de un coral blanco.

Pero nunca pensó lo que pasaría, estaba en el fondo del mar y él decía: - ¿Cómo es posible? Y en ese momento recordó que el toco el coral blanco y que pensó eso fue.

Mientras nadaba por las profundidades se encontró con un joven de la Atlántida llamado Virgil, él le comento que estaba en la ciudad perdida, así que no sabia como reaccionar, se impresiono de ver el lugar, la llamada ciudad perdida.

Había formaciones rocosas destruidas, pero de repente llegaron los Chainsaw Shark, antiguos tiburones con lengua de motosierra, los policías de la Atlántida se posiciono para defender la ciudad, les preguntaban a que vienen.

Les preguntaban que por que llegaban por segunda vez, y les respondieron que ellos querían saber que por que el coral blanco se había roto y que su color cambio a negro, que por eso estaban ahí, pues sabían que ahí estaba alguien que no era de ese lugar y ahí estaba Maxwell pero que no tenia miedo y le corto la aleta a uno de ellos, el Chainsaw Shark, se enojó mucho y dijo tomaremos venganza.

Luego Virgil le menciona a Maxwell que esos tiburones los tenían aterrorizados y después de lo que sufría la Atlántida nadie los podía detener, todos tenían miedo.

Tu Maxwell eres el único de la raza humana que no tienes respeto, ya que quienes nos han

encontrado quieren usar nuestros poderes y los destruimos.

Y Maxwell vio como Virgil estaba muy influenciado y quiso salir a la superficie a mostrarle todo lo que había y salieron encubiertos y le mostro a Virgil las maravillas del mundo, fueron a un restaurante, presenciaron un atardecer y entonces Virgil vio que su vida había sido un engaño y vio que no todos los humanos eran malos y bajo a su ciudad y lees conto.

Maxwell y Virgil fueron con el presidente de USA y el llamo al presidente de la OTAN y les dijo que harían un pacto para no contaminar el mar.

Maxwell comenzó a debilitarse y Virgil le dio partes de su coral blanco para visitarlo cuando él quisiera.

Maxwell volvió a su casa y les contó todo a su familia y su familia dijo como inventa historias, pero Maxwell solo él sabía que todo esto era verdad.

Las ventanas de la casa se mantienen abiertas, recibiendo la luz que tímida se va haciendo de algún lugar entre los objetos, se para un instante como danzando a su alrededor, y escurre, silente. Yo lo observo, también callado, escurriendo alrededor de mi memoria como una llama que se agita cuando la respiración pasa sobre de ella. No temo. No dudo. No me desconsuela la fatalidad de los profetas que se angustian en la plaza. Afuera no queda nada que me sea de genuino interés, más que pilares de sal con formas amables que me hablan de otros días, huecos sobre el pavimento que fuimos, trazos de un tinte delicado en el aire, y la bastedad de esperar que el mundo vaya recobrando su sentido, sus pesados hábitos de rabieta y fatiga. Las ventanas permanecen abiertas, y nada más que el aire entre mis costillas se revuelve con el chopo imaginario del agua que murmura en paz, un agua cristalina que salpica inconsciente, ligera, como la música sobre las hojas del jardín. Mi encierro es voluntario, un retiro dentro de mí, el éxodo prometido por la banal adolescencia, una espiral precipitada que imita a la rosa radiante, la vereda que serpentea en sus orillas antes de marcar sendas invisibles que unen todos los sitios de la tierra, las saetas delicadas del enternecido arrullo de las nubes más allá del muro. Por fuera yace el mundo y sus plagas, la vida enfadosa, la nostalgia del perpetuo frenesí y la bulla, que apenas recuerdo.

II

Lo que en verdad se ha amado no desaparece, no se diluye, no se rasga como las banderas y sus naciones. De vez en cuando los misteriosos dones de la espera revientan en las manos, son una crisálida de llamas pequeñas que te despiertan pasada la tarde, una sensación parecida al hambre que te orilla al movimiento. Soñar con lo que se ha amado y descubrir un mensaje extraviado en la casualidad, reconocer el remitente, señalar que hay una vida dentro por aguardar ese inesperado puente para el beso y el alma, una cuchilla que aflora en la piel, la gubia que despierta a la escandalosa rosa desde el

ensueño de la carne. Y correr presto a derramar sus pétalos mientras se da vueltas por la habitación. Sentir que el afecto es una ascua que se mantuvo oculta, junto con tantas otras, porque el amor se esconde, pero no termina, anidado entre los huesos hasta el helado exterior les obliga a desparramarse entre las entrañas de nueva cuenta, satisfacer el hollín que invoca estelas de humo para dibujar letras en el aire que son a veces un nombre y un capricho, la fascinante renovación de los votos del primer latido entregado a perpetuidad. Pronunciar las palabras delicadamente, llamar a la aldaba de la fortuna sin saber dónde yace esa puerta. Lo que se ama no desaparece, no pertenece ya al capricho del amante ni del amado, es un polvo fugaz que se asienta al fondo del vino para dejar su huella en el metal precioso de la conciencia.

III

Hay puertas que son peligrosas de cruzar, sitios donde no hay brújula ni satisfacción. Sentirse sólo no debe hacernos tener remordimientos. Gozar del silencio, detener la luz sobre la copa de vidrio, esperar que la noche se abra por el horizonte para contemplar la garganta rojiza de las montañas en la distancia. A veces las corrientes de estos ríos se cruzan y un viajero oferta palabras con otro, se reconoce y ofrenda sus consuelos a las tormentas que se reconocen en otras heridas. Toma este collar de perlas y de fango que he guardado tantos años. Un pez místico da vueltas por debajo del bote, luego desaparece, y el agua es un espejo lustroso donde no encuentro mi rostro, una lámina flexible que no retiene nada. Miro el hueco denso donde yace mi propia imagen sin terminar de asomarme a su fondo. Hay puertas muy peligrosas de cruzar, sitios donde el páramo es más yermo, plazuelas de cal puestas para la fiesta que nadie recordó, una fogata terrible que consume lo que queda a su alcance, pero que no va más allá. A veces eso es lo que uno puede ofrecer, lo que uno no ha regalado a otros, la comida fría o la vinagreta en su botella cuidada. Los días acontecen. Comienzo a olvidar las rutinas confortables para tejer las marañas de la vida

diaria, sus excusas y escapatorias, sus altos doseles opacos que se suceden infinitamente.

IV

Si la muerte yace allá afuera, ¿porque ser hostiles con ella? La mesa no está lista, y no tiene sentido apurar el paso. La muerte no se esconde de la copa vacía que espera encerrada en su mueble. ¿Por qué arruinar la extensión del mantel con un estruendo innecesario? Me entristece el llanto de las personas que conozco, sus dubitaciones. Finjo que sé tocar el piano en el aire y acaricio la fiel cabeza de mi perra que me mira como si todo lo que fuera en el mundo se redujera a esta habitación tibia en la que ninguno de los dos pronunciamos palabras inútilmente pedidas. No sufro sus pérdidas, sufro sus marchitaciones, la manera en que van malgastando lustre sus ojos conforme la sombra se descontrola, el helado sacudir de las manos, la respiración cortada a media exhalación. Si pudiera les obsequiaría un poco de este reino donde todo yace inamovible, una piedra afilada con mis manos que es a veces un pedernal violento y otras una deliciosa caricia entre los rosales sangrientos. Yo que colecto el quebradizo canto de las aves y vuelvo a casa con una cadena de flores en la tarde encendida, sufro la mirada llena de pánico y la desnudez en los labios apretados. Aun en el silencio me conforto con imitar sus voces muy adentro de la mía, cazar sus manos bajo una hoja de papel, corresponder a sus lentas aguas ajetreadas por las que se asoma la vida.

V

Cada piedra que cae en el agua se rinde al final y permite que regrese a la lúdica extensión de su calma. Hasta el polvo que dejan las bestias y los hombres se asienta. Incluso la chispa que vuela en la noche muy lejos de la hoguera que la confecciona con cierto gusto culposo se recuesta a dormir cuando le llega el momento adecuado. Volverá el mundo a sus andanzas, y se llenará cada calle con el desquiciado ruido de la vida, y vibrarán los vasos que entrechocan con la espuma de la cerveza, y el beso sellado entre los ingenuos amantes que siembran con la misma mano el desconuelo y la esperanza se entregará con descuido. El silencio antecede la nota que corresponde a su llamado, crece con una campanada apenas tangible, y se esparce de nuevo por los rostros, luego otra y otra. Hemos de regresar a todo lo que amamos y a todo lo que odiamos con igual premura, apenas maravillados por no olvidar sus detalladas siluetas. Algunos libros retendrán la memoria de los hechos mientras otros florecen al capricho de las eras que se agolpan sucesivamente. No importa, al día que termina se le sobrepondrá el que le sigue.

La hora es perfecta. Me detengo a mirar la luz que enhebra la tarde lejana, suave y roja como una rosa encendida que se extiende entre mi mirada y el mundo.

El cielo de los que sueñan con valkirias cocinando sopa de maní y bailando taquirari y diabladas

Miguel Lundin Peredo

Tal vez fue la primera vez que yo había decidido tener la idea de hacer un viaje en bus a la geografía andina, había terminado mi romance con una turista nórdica que estaba estudiando español en Santa Cruz como estudiante de intercambio. Nunca entendí porque algunos hombres idolatraban a las mujeres de ojos azules, en el fondo mí lado masoquista me obligaba a buscar placer en europeas sólo para tener un nivel de masculinidad diferente a los gustos locales de otros que eran tan patriotas que sólo tenían encuentros íntimos con chicas más bolivianas que la diablada. Fui a la terminal de buses y compré un boleto para La Paz. Tuve la suerte de que no había muchos pasajeros. Miramos una película nacional que estaba en cartelera, seguro el chófer había comprado el cassette de VHS en la tienda de su casero con acceso a novedades filmicas grabadas discretamente en un cine. Compré un plato de pollo a la brasa con arroz y spaghetti y su llajua a una mujer que subió al bus aprovechando una parada obligatoria para que nosotros podamos orinar o defecar. A mí lado estaba un campesino aymara que masticaba hojas de coca escuchando a los Rolling Stones en un walkman. Usaba lentes de contacto azules. Termine de comer observando el paisaje atra vez de la ventana. Pensé en Freja. Ésa mujercita que pensaba que Europa tenía que pedir perdón a los pueblos indígenas por realizar muchos daños durante el proceso de colonización. La amé como el picaflor ama a su hembra. Tal vez eso fue mi punto debil. El hombre que estaba a mi lado se quitó los auriculares y inicio una conversación conmigo. Yo no quería hablar con nadie. Me dijo que estaba regresando a su vieja costumbre de sembrar quinua en el Altiplano. Yo intenté no demostrar mi indiferencia hacia temas de conversación de naturaleza agrícola. Me miró con una sonrisa de niño mientras que las gotas de lluvia golpeaban el cristal. " El amor es ver a tu mujer como sí fuera el cuadro de un pintor muerto que descubrió la inmortalidad en un cuerpo

desnudo y unos pechos generosos". Dijo sacando una foto de sus bolsillos. Ella fue la razón de mis desvelos. Vi la imagen de una chola de ojos azules. El me contó que su mujer era hija de un gringo que se había emborrachado en una fiesta durante la celebración del año nuevo aymara. Lo escuché asombrado por el destino común de nosotros los hombres, recordé a Freja acostada en una alfombra, mirando mi colección de discos de vinilo y comics bolivianos. El me dio un poco de su botella de vino tinto. " Todos somos hijos del mismo polvo que enamoró a Bolívar y a Cervantes. El odio es para los que no aprendieron a ver la vida con la sabiduría de las hormigas que nunca traicionan a sus madres y trabajan sin egoísmo por el bienestar de sus hermanos y hermanas." Lo miré pensando que tenía razón. Y descubrí que tal vez no era una utopía intentar tener una amistad con alguien que no había crecido en la amazonía. La amistad es una sopa de maní que sólo los hombres de mente comprensiva pueden preparar en la olla de la vida. Freja podía esperar, ahora me importa amar mi pueblo y no sembrar yerba mala en este universo. Escuché una diablada de Oruro en los parlantes del bus y intenté olvidar a esa sueca rebelde que decía que todos los esqueletos son blancos en el cementerio, sin importar si naciste blanco o negro. Y al ver la humildad de mi compañero de asiento, no pude mentir a mi alma. Todos somos víctimas de la crueldad hermosa de eso que conocen muy bien los pingüinos enamorados y que los poetas usan para escribir conjuros antes de morir. Y en este viaje me ahogué en los ojos azules del pecado. Freja, no juzgues a mi alma jugando a los dados con mis dientes.

Apenas salió de su casa, Tahab Abrajah, encontró sentado a pocos metros de la puerta a un mendigo que pedía limosna. Con una sola mano, el pordiosero trataba de acomodarse la manta en la que estaba sentado. Le costaba hacerlo. Tahab descubrió que le faltaba la mano derecha; nunca lo había visto.

De camino al bar, donde se encontraba con sus amigos cada mañana, se cruzó con un anciano al que también le faltaba la mano derecha. El hombre lo miró a los ojos y le sonrió. Tahab atribuyó los dos encuentros a la casualidad, pero comenzó a inquietarse cuando, al detenerse en una esquina, vio a su lado a una mujer regordeta, de edad incalculable, que llevaba alzado a un niño. La mujer miró a Tahab a los ojos y le hizo un gesto con la cabeza indicando que mirara al chico. Con terror, Tahab vio que el niño también carecía de mano derecha.

Apresuró el paso para llegar cuanto antes al bar. Sus amigos lo notaron intranquilo, pero él salió airoso con una broma que se le ocurrió en ese instante. La conversación fue animada, como siempre, aunque Tahab hacía más acotaciones graciosas que las habituales. La preocupación que le surgió se fue diluyendo en los primeros minutos de la reunión.

Luego de un rato, el amigo que estaba frente a él se levantó para retirarse. Tahab descubrió, con terror, que el gran cuerpo de su amigo había ocultado a dos personas que estaban detrás; a ambas les faltaba la mano derecha. Una de ellas, una mujer joven, levantó el brazo hacía él, para hacer más presente el miembro ausente.

Tahab, sin terminar su trago, sin decir palabra, pálido, se encaminó a la puerta. Ni escuchó las exclamaciones de sorpresa de sus amigos. Sólo se tranquilizó al llegar a su casa. Cerró bien las puertas y trató de ordenar sus pensamientos. La sospecha se había hecho realidad.

Él había sido dictador en un pequeño país que casi nadie encuentra en el mapa. Había ejercido el poder con autoridad, con mano firme; nunca le temblaba el pulso, ni siquiera para matar

a sus enemigos y a todo aquel que sintiera como una amenaza. ¿Cuántos habían muerto por su culpa? ¿Cientos, miles? Le daba lo mismo. Esos que mataba no eran seres humanos, eran obstáculos. Tras su derrocamiento, fue a vivir a donde estaba ahora; apenas si se cambió el nombre. Sus amigos y todos en el pueblo lo consideraban un hombre afable. ¿Quién lo diría? Pero Tahab sabía que a Alá nada se le escapa. Sin duda, deseaba castigarlo por sus atrocidades. En su magnanimidad, el Todopoderoso había decidido que el castigo no fuera una sorpresa. Era evidente que, por algún accidente u otra razón cualquiera —eso no importaba—, él perdería su mano derecha.

Comenzó tirando con sumo cuidado todos los objetos cortantes que había en su casa. Eso incluía los cuchillos, de modo que, como podía, cortaba sus alimentos con las manos. Ante la imposibilidad de hacerlo con todos, tuvo que renunciar a muchos que, aunque sencillos, le parecían verdaderos manjares. Empezó a mirar con desconfianza a Diljá, la mujer que le hacía la limpieza. ¿Y si fuera ella la encargada de cortarle la mano? No quiso correr riesgos y la echó sin explicación alguna. Las lágrimas de la pobre mujer no lo conmovieron. ¿Qué había sobre el planeta que pudiera conmovirlo?

Seguía yendo al mercado a comprar un poco de carne y verdura, pero también renunció a hacer sus compras. La última vez que fue, le pareció que el carnicero no miraba el hígado de la vaca mientras lo cortaba, sino a él. Hasta creyó ver que le sonreía, y no de manera común; le sonreía malignamente.

Acordó con una anciana que vivía cerca que una vez por semana le dejara en la puerta de su casa una canasta con determinados alimentos —siempre los mismos, para simplificar—. Él escondía el sobre con el dinero para el pago bajo uno de los antiguos macetones de la entrada.

La anciana que le llevaba la canasta falleció luego de tres semanas; fue reemplazada por su hija. Para entonces, sus amigos habían renunciado a convencerlo para que saliera. Como no se

afeitaba por temor a que por un accidente absurdo se quedara sin una mano, su barba y bigote crecieron hasta molestarlo para hacer los más elementales movimientos.

Tahab murió doce años después. Poco antes de cerrar los ojos, osó burlarse de Aquel que todo lo ve. Tahab creyó que había podido engañar al Omnipotente, porque había logrado mantener a lo largo de su existencia las dos manos. Su escasa inteligencia no le permitió darse cuenta de que el castigo de Alá no era cortarle la mano, sino inculcarle el terror a perderla para que toda su vida fuera sólo un amontonamiento de días miserables.



Aquella tarde, después de unas horas de vuelo, por fin habíamos llegado a nuestro destino. Nos hospedamos en un hotel sencillo, a dos cuadras de este sitio se encontraba una cadena de bares. Hacía bastante calor, el ventilador de techo no era suficiente. Al anochecer, nos acicalamos para salir de paseo por aquellas calles iluminadas, buscamos un lugar donde ingerir algunos tragos, por recomendaciones del recepcionista del hotel, dimos con el sitio ideal, para pasar un rato agradable.

El ambiente de aquel bar contaba con una excelente atención, nos instalaron en una mesa con vista al mar, pedimos al mesero un cubetazo de cervezas, también una botana de carnes frías. Después de tanto brindis, una mujer de vestido rojo con el encanto de su silueta incendió mis pupilas. No dejé de mirarla un segundo, no sé cuánto tiempo llevaba ahí acompañada de otras dos mujeres, me había tomado varias cervezas sin darme cuenta de su presencia.

Los ademanes de sus manos al hablar, tejieron en mis pensamientos una infinidad de nombres.

Bajo el efecto del alcohol encendí un cigarrillo, en cada bocanada de humo me preguntaba cómo podría llamarse aquella bella mujer, aquel misterio por un momento me pareció excitante.

La voz de Alfonso me hizo volver a la realidad, andas en las nubes, amigo, te he dicho que conseguí cocaína para que nos amanezca tomando, no me has hecho caso, por unas nalgas me has ignorado por completo, molesto dijo.

Lo miré y sonreí, brother nunca había visto a una mujer tan hermosa como la que se encuentra frente a nuestra mesa, obsérvala, te doy permiso que te deleites con sus encantos, su belleza es más letal que cualquier droga, estoy seguro de eso. Alfonso regresó a verla, con su voz ronca me dijo, estás bien pendejo, amigo, esa mujer podría ser tu madre, las chelas te han idiotizado, mejor vamos al sanitario, hay que darnos un buen pase, con este polvo se te va a bajar la peda, vas a abrir los ojos, para que dejes de ver lo que no debes.

Nos encaminamos al baño, al pasar junto a la mesa de aquellas tres mujeres, caminé más despacio. Discretamente miré los pronunciados pechos de la mujer del vestido rojo, sentí júbilo al percibir el aroma fragante de su cabello. Entre una iluminación cálida, las tres sonreían con delicadeza.

Quise saludarla, el alcohol me tenía envalentonado, Alfonso me tomó del brazo y con un jalón brusco me desconectó de aquella locura. Date prisa güey deja de andar de Casanova. Entramos al baño, Alfonso extrajo de su mariconera una bolsita con cocaína, la mercancía está a toda madre, dijo al darse un pase con un billete nuevo de doscientos pesos.

Unos meses atrás, habíamos trabajado en la construcción en Estados Unidos. Ahorramos un capital entre los dos, la lana que hicimos en el Norte, decidimos quemarla en un gusto, pero optamos que esa plata quedaría en México.

Habíamos escuchado que Cancún, era el lugar ideal para unas merecidas vacaciones, este paraíso e infierno de la tierra estaba habitado por mujeres hermosas. Su mar de aguas turquesa, con playas de arena blanca y dorada, eran un prodigio. Por la noche en el famoso boulevard Kukulcán, se podía disfrutar de restaurantes, bares y discotecas hasta el amanecer. Alguien nos dijo; en este lugar no sabes ni el día en que vives, cuando se es feliz se pierde la noción del tiempo.

Todo se mueve con dinero me había dicho Alfonso, no importa que trabajemos como dos asnos, dijo, y continuó: la vida se hizo para disfrutarla, en un sólo día te puedes comer el mundo a rebanadas grandes, al final de cuentas somos un instante, hagamos de estos momentos recuerdos chidos, si llegamos a viejos tendremos que contarles a nuestros nietos, al final la vida es eso un recuerdo.

A ambos nos conmovía la ocasión cuando cruzamos la frontera de Tijuana, Alfonso casi pierde la vida por una deshidratación severa. Contábamos con poco dinero, no nos alcanzaba para pagarle a un Coyote. Nos arriesgamos solos por el cerro, bajo un sol sofocante caminamos sin rumbo como dos ciegos.

De la nada, un hombre alto, de tez blanca, apareció en nuestro camino, imaginamos lo peor cuando vimos una pistola fajada a su cintura. Con voz pausada nos dijo; no se alarmen jóvenes, no soy de la Migra. Traía consigo una mochila, la abrió, nos obsequió agua y algunos panecillos. Con esto recuperamos fuerzas para seguir nuestro viaje, nos indicó el camino para llegar pronto a territorios de San Diego California. Nunca supimos, si aquel hombre fue mandado por Dios o el diablo. De no haber sido por él, hubiéramos terminado como otros migrantes, convertidos en huesos sin una tumba.

Con 22 años de edad el mundo era nuestro. Habíamos pasado por varias aventuras, pero, ninguna como la que vivimos en Cancún, esta se quedó crucificada en nuestras memorias. Con Alfonso éramos amigos desde la primaria, nuestras vidas eran inseparables como los tres mosqueteros, en este caso solamente dos, uno para dos y dos para uno.

Cuando terminé de inhalar aquel polvo, le pregunté a mi amigo cómo le había hecho para conseguir la droga, si aún no conocíamos a nadie en la ciudad. Me dio unas palmadas en la espalda, carnalito con dinero, baila el perro, el recepcionista del hotel es compa, él hizo el paro, me vendió varias bolsitas de coca. Quedó a nuestras órdenes, que nos puede conseguir todo lo que queramos, Cancún por la noche es un lugar del infierno, ese cabrón es un empleado del diablo. Nos reímos, estrechando nuestras manos hablamos al mismo tiempo, hay que jalarle la cola al diablo, aunque ardamos en el infierno.

Volvimos a nuestra mesa, la mujer del vestido rojo lucía radiante con un cigarrillo en la boca, Alfonso me codeó, regresé a mirarlo y escuché decirle, man de una vez lánzate al fuego esa mujer, ya te quemó los pensamientos, déjate incendiar por completo.

Llamé al mesero que las atendía, le pedí que les llevará una ronda de lo que estaban consumiendo, cuando el mesero llevó a cabo mi petición, aquella mujer levantando su copa, con un saludo me demostró su agradecimiento, aquel signo fue la invitación para poder acercarme a saludarla. Después mandé otra ronda, esperé un momento, empoderado me acerqué a ella, para

invitarla a bailar, mi asombro fue mucho al aceptar mi invitación. Cuando llegamos a la pista de baile, sonaba una canción de Gloria Trevi, a un recuerdo parte de aquella letra (me solté el cabello me vestí de reina me puse tacones me pinté y era bella) en verdad aquellas palabras la describían.

Al término de un par de canciones me pidió que la acompañara al balcón de aquel sitio, se sentía abochornada por aquel ambiente, necesitaba tomar un poco de aire fresco, al encontrarnos separados de la música, por un instante nos miramos a los ojos, ella preguntó mi nombre; extendí mi mano, me llamo Ulises, emocionado respondí. De igual manera quise saber el suyo, me miró, con una tierna voz me susurró, me llamo Misterio, aquel acto me provocó una descarga de emociones, su sensualidad se tornó más excitante, como el rasguño de un felino, el color de sus ojos miel socavaron mi alma.

Intercambiamos sentimientos, muchos de ellos nos conectaron en una amistad espontánea, el viento de aquella noche se bebió el eco de nuestras palabras. Un impulso me llevó a tomarla de la mano, ella no lo rechazó, su reacción me erizó la piel, volvimos a contemplar nuestras miradas, terminamos unidos por un ardiente beso.

Tomado de su mano salimos de aquel bar, sin importarme Alfonso. Nos dirigimos al motel más próximo, la mujer Misterio quemaba mi sangre con su belleza, me sentía obsesionado por hacerla mía, sabía que ella también lo deseaba, no le era indiferente. Al encontrarnos al interior de la habitación, nos desgarramos la ropa, la iluminación de su desnudez provocó una revolución en mi corazón, no pude contener mis deseos ante aquel torrente de amor, nuestros cuerpos terminaron calcinados en el averno de nuestra pasión. Fue un amor a primera vista, de esos que resucitan de la eternidad, como si algo hubiera quedado pendiente en otra vida.

Unido a aquel cuerpo no me percaté de las horas del reloj, cuando estaba por amanecer una llamada hizo timbrar mi celular en varias ocasiones, ante su insistencia terminé contestando, la voz del otro lado de la bocina era de un hombre extraño. Cuando lo escuché decir Alfonso se encuentra en problemas, urge su presencia en el bar, aquella noticia me impresionó, me vestí

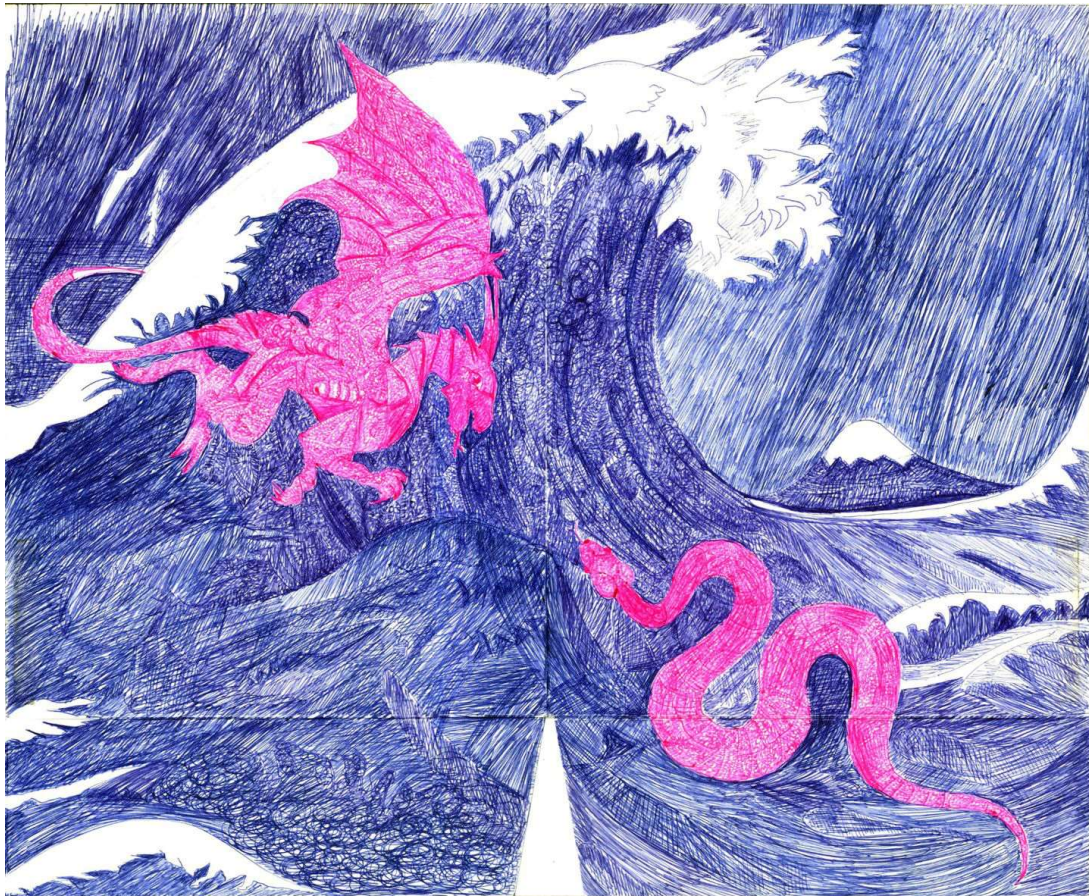
aprisa, le hice saber a mi acompañante lo que pasaba, a ella le dio igual, tomó sus pertenencias me dio un beso en la mejilla y, con un adiós para siempre partió de aquel sitio.

Un momento más tardé me encontraba en el bar, quedé perplejo cuando vi el daño que había ocasionado al lugar, vidrios por el suelo, sillas y mesas destrozadas, Alfonso tenía el rostro ensangrentado, había tenido una pelea con uno de los meseros, un agente de seguridad con sarcasmo expresó, no me dejó otra opción que golpearlo, estaba hecho un loco, creo que tanta cocaína le quemó el cerebro.

Lo miré en silencio, sorpresivo le di un golpe en el rostro, aquel cuerpo robusto no resistió mi impacto, como un costal de papas dio contra el suelo, con esto quedé como un héroe ante mi amigo, a los presentes les dejé claro que a los hombres de Guerrero se nos respeta.

Pagué los daños, tomé a mi amigo del brazo y nos encaminamos al hotel.

Tras varias horas de descanso Alfonso recupero el sentido, platicamos de lo ocurrido, apenado pidió disculpas, la cruda moral lo tenía cabizbajo. Con un abrazo le demostré mi apoyo incondicional, tranquilo brother todos la regamos alguna vez. Consulté nuestro saldo en una aplicación del celular, quedamos helados al saber que nuestras grandes vacaciones habían terminado. Aquel daño en el bar del boulevard Kukulcán nos cobró hasta las servilletas, dejándonos en la ruina, sólo contábamos con dinero para el regreso. Aquella noche, ambos le jalamos la cola al diablo.









Pinceladas de una vida

fragmento

Inés Velázquez

Sábado, eran cerca de las diez y media de la noche. Habíamos regresado al rancho del señor Ramos; el calor era insoportable como todos los años por estos meses, aunque ya hubiera oscurecido; dos horas atrás acompañamos a Esteban y Paola, a ver el local que pronto ocuparía otro restaurant bar que en unas semanas se inauguraría en Mexicali.

Comenzó a golpearme al poco tiempo de haberme ido a vivir con él. Me doy cuenta de que pude evitar todo este sufrimiento a su lado, si las cosas no me hubieran salido como esperaba. ¿Qué puedo hacer ya? ¿Qué podía hacer antes? Vine desde mi pueblo, sola, sin familia ni amigas, no tenía a nadie que saliera en mi defensa en caso de algún problema; solo lo tenía a él.

Al principio fue diferente, a cada instante me hacía cariños, cumplía mis caprichos, me protegía y me defendía de gente mal intencionada, era amoroso, tan buena persona. ¿Cómo no me iba a sentir enamorada de él? Era el amor de mi vida. Me sentía soñada, especial, importante, una reina, y como compensación le entregue todo. Pronto mostró todos sus defectos, se emborrachaba casi a diario, me ofendía y humillaba, otras veces me golpeaba; según porque yo miraba a otros hombres. En dos ocasiones destruyó mis celulares para evitar que me comunicara con “mis amantes”. Algunas veces era inmensamente feliz con él; en esas ocasiones solía comportarme como una niña consentida, su forma de amarme y que me considerara lo más importante en su vida me hacían creer que valía la pena aguantar sus agresiones, pensando que eran motivo de su amor hacia mí y que solo me hacía ver mis defectos para corregirlos. Estaba segura de que al paso del tiempo cambiaría para siempre, quizá cuando tuviéramos hijos.

Pero su lado malo, me hacía querer desaparecer, salir huyendo con la intención de no volver jamás; y si me iba con el alma destrozada, lo extrañaba, porque él ya se había adueñado de mis mejores sentimientos, de mi pensamiento, de mí completamente; me buscaba, y verlo arrepentido, pidiéndome perdón, llorando porque reconocía su error, me partía el corazón y volvía;

volvía a su lado porque yo aún guardaba la esperanza de que iba a cambiar y volvía. Muchas veces volví, cada vez más enamorada de él.

El sábado por la tarde en la cabaña donde estábamos viviendo desde hacía casi una semana, estaba sola, acostada, disfrutando la frescura que me brindaba el Mini Split; sentía que flotaba en una balsa en medio del océano, inmersa en mi tranquilidad escuchaba apenas el barullo y la música que llegaba desde el jardín de la mansión de los Ramos; de pronto la puerta se abrió de golpe, de un salto me senté en la cama, era Damián, entró caminando directamente hacia donde yo estaba, sus ojos denotaban rabia; sin mediar palabras me cogió del cuello levantándome con facilidad, haciéndome caminar por el piso frío, gritándome que ahora si le dijera con cuántos hombres me había metido cuando estuve lejos de él; luego me arrojó en una de las esquinas de la habitación mientras deseaba destruirme con la mirada.

No supe qué hacer y solo me cubrí el rostro poniéndome a llorar, no sabía por qué me acusaba de tal aberración; se alejó, y en su mirada pude ver la intención de agarrarme a golpes como las veces anteriores, pero se contuvo y me ordenó de mala gana que lo acompañara a convivir con los Ramos que estaban asando carne. Me levanté secándome las lágrimas, peiné mi cabello y me cambié de ropa mientras el miraba con desprecio cada uno de mis movimientos; tomada de su mano llegué al patio donde había una alberca y saludé a todos amablemente ocultando rastro alguno del mal rato que acababa de pasar.

Damián se integró con el señor Ramos y sus amigos, Esteban le pasó una cerveza y comenzó a beber. Me quede a solas con la señora Ramos, se me acercó con discreción, me preguntó si todo estaba bien y al recibir como respuesta un “No estoy segura” que dije con la voz entrecortada, me ofreció su número de teléfono que rápida registré en mi celular para que le llamara si se me ofrecía algo. Fue la única persona que notó algo raro en mi falsa amabilidad; tenía la sensación de que pronto iba a necesitar su ayuda.

La tarde continuó con normalidad, Damián bebía con los demás hombres sin prestarme atención; en ocasiones se acercaba para tomar de mi plato un taco de carne asada, abrazarme y besarme de una forma tan fría que cualquiera de los que estaban ahí podía notar. Después de la puesta del sol los amigos del señor Ramos comenzaron a despedirse y al poco tiempo los Ramos entraron a su mansión; quedábamos nosotros y nuestros amigos Pao y Esteban, hija y yerno de los Ramos. Nos dieron la noticia que su tercer negocio se inauguraría en unas semanas, desbordaban tanta felicidad que decidieron compartirla con nosotros y nos invitaron a conocer el lugar aprovechando que esa noche llevarían mobiliario y equipo electrónico al local, donde los muchachos ya habían avanzado los trabajos de remodelación.

Damián no tenía ganas de ir, pero Esteban lo convenció. La pick up con los trabajadores llegó al rancho y Damián se subió de inmediato a la caja donde llevaban el mobiliario, los equipos y herramientas, y me ignoró por completo haciéndose muy evidente su molestia. Al ver mi reacción, Paola me invitó a entrar en su automóvil blanco deportivo en el asiento trasero y ella se acomodó adelante como copiloto de su esposo.

De camino al lugar, Paola me pidió que la acompañara a comprar sodas para nosotras y cervezas para Esteban y los demás que iban en la camioneta. Al llegar al salón, Damián evitaba estar cerca de mí, y cuando se acercó, lo hizo con la intención de molestarme haciendo una llamada y hablando en voz muy alta al parecer con otra mujer; no me molesté, intuí que eso era lo que quería y solo me puse a admirar la decoración del local, lo que le hizo enojarse más. Colgó y le dijo a Esteban que ya nos teníamos que ir. Me lanzó una mirada de enojo. Nuestros amigos insistieron en que nos quedáramos un momento más, y así lo hicimos. No tardamos mucho en irnos de ahí porque minutos después nuestros amigos habían notado la tensión que había entre Damián y yo. Me despedí de Paola y Esteban le pidió a uno de sus trabajadores que nos llevara hasta el rancho.

De regreso al rancho estuve callada, tenía una sensación extraña, aún no sé cómo explicarlo, era una voz interna que me decía que la cosa no

iba a terminar nada bien y debí escucharla. Damián por el contrario, hizo como si yo no existiera y comenzó a hablarle al joven que iba conduciendo; no paró de decir cosas desagradables de mí, que yo era una cualquiera y que estaba arrepentido de haberme conocido, que le traía mala suerte y que daría lo que fuera por que nada de esto le estuviera pasando.

Ya no aguanté y le grité que yo también estaba arrepentida por haber vuelto con él, al escuchar me miró con furia y le ordenó al joven que se detuviera porque me iba a dejar en la carretera. El joven, ya nervioso por presenciar tan desagradable discusión recomendó calma. Y entre gritos y ofensas llegamos al rancho. Antes de ingresar a la cabaña me ordenó que le cocinara algo para cenar; me negué, estaba muy molesta. De pronto sentí una bofetada, volvió a ordenarme que le cocinara algo y cuando me dispuse a entrar, me detuvo y me dijo que mejor me largara de ahí.

Le dije que no podía correrme, que era el rancho del señor Ramos no de él y que solo el señor Ramos tenía autoridad dentro de su rancho. Entonces me tomo del brazo con fuerza, conduciéndome hacia la salida y como si hubiera estado esperando ese momento, usé todas mis energías para zafarme y le di una bofetada con todas mis fuerzas, logrando que se tambaleara un poco. Me miró extremadamente sorprendido porque no esperaba esa reacción, él era el que siempre golpeaba y yo nunca me defendía.

Al parecer mi instinto de chica rebelde y agresiva había vuelto después de mucho tiempo. Me sentí invencible y no, drogada yo no estaba, nunca he probado las drogas. Nos quedamos de pie, uno frente al otro, mirándonos; pensé que ahí iba a quedar todo, pero repentinamente me agarró del cuello con sus manazas, me ahorcaba mientras me llevaba hacia la cabaña gritándome a la cara todo tipo de maldiciones. Traté de zafarme lanzándole golpes al sentirme desesperada por no respirar, pero no lo logré. La fuerza de él era superior.

Así me condujo hasta la cocina que permanecía con la luz apagada, ahí había una mesa, un asador, una estufa de gas y utensilios de cocina. Me arrojó sobre la mesa cuando ya estaba a punto de desmayarme por la falta de aire, pensé

en encontrar alguna forma de huir, pero él me bloqueaba el paso; comenzó a darme bofetadas que me impedían levantarme de la mesa.

Como pude tomé una jarra de vidrio para golpearlo en la cabeza, pero me la quitó estrellándola contra el piso; grité de impotencia, parecía que me iba a derrotar. Aun estando de bruces sobre la mesa me tiró del cabello con fuerza mientras gritaba maldiciones en mi oído; a tientas encontré un cuchillo que había estado sobre la mesa ocultó por una servilleta de tela y sin pensarlo me di la vuelta con toda la energía que aún tenía, colocando rápidamente y con fuerza la punta del cuchillo en su cuerpo; soltó un gemido.

Retrocedió lento con cara de no creer lo que veía. En vez de correr prendí la luz y me detuve a ver el daño que le había hecho. La punta del cuchillo había topado en uno de los huesos del tórax protegiendo sus órganos vitales. Su cara cambió de aspecto, todo rastro de su linda mirada desapareció, ahora sus facciones eran las de un demonio; se acercó al centro de carga y cortó la luz. Me calmé porque en ese momento no comprendí qué intentaba al dejarnos a oscuras; pero gracias a las lámparas auxiliares que se prendieron de inmediato pude ver que comenzó a caminar hacia mí.

Corrí intuyendo que iba a matarme, y corrí detrás de mi hasta que tropecé y estando yo en el suelo me agarró de los pies; yo intentaba patearlo. Me arrastró deteniéndose donde había quedado tirado el cuchillo con que casi lo apuñalo. Lo levantó e intentó cortarme la mano; grité, pero no porque me doliera, en ese instante no sentía dolor; era tanta la adrenalina que corría por mis venas. Grité con la esperanza de que mi voz llegara a la casa de los señores Ramos y me socorrieran.

La mansión de los Ramos está retirada de la cabaña más de 20 metros, y mi voz no llegaba hasta allá. “Déjame ir” le insistía.

—¿Y arriesgarme a que me denuncies?

— No lo haré, te lo juro; si me dejas ir ahora, iré a la casa de Tamara diciendo que me atropelló un auto, o lo que sea, pero no te acusaré, te lo ruego.

Supliqué con tanta desesperación, pero continuó golpeándome.

Tamara es la dueña de la boutique donde trabajaba en aquel momento, había cumplido un

mes con ella, y ahora llevaba una semana sin presentarme. Le mentí que estaba muy enferma, y le pedí un tiempo para descansar; el mismo tiempo que tenía viviendo en el rancho con Damián.

No hizo caso a lo que le juré, me arrastró por el suelo como si fuera un pedazo de carne, cualquier cosa inanimada, hasta la habitación; con mucho esfuerzo me incorporé para agarrarme de las patas de un mueble y de pronto una patada en la parte izquierda de la cabeza me hizo caer nuevamente. Ya tumbada boca arriba puso un pie sobre mi frente burlándose; me sentí tan humillada e indefensa y lloré casi gritando, al mismo tiempo que suplicaba por ayuda.

Entonces él me levantó de un tirón, me apretó del brazo lanzándome sobre la cama. Se acercó dándome bofetadas exigiendo que le dijera con cuántos hombres lo había engañado y llamándome perra, maldita puta. “Te juro que nunca te he engañado” le decía; “¡Mientes!” gritaba él. Y cubriéndome de golpes, oyendo sus gritos e insultos, mis sollozos y súplicas, pasó un tiempo que se me hizo eterno, hasta que él, un poco calmado, salió de la habitación dejándome encerrada bajo llave.

Yo tenía mucha sed y estaba empapada en sudor, no del esfuerzo que había hecho sino por el infernal clima de estos meses; entró de nuevo empujándose una cerveza fría, yo sentía la boca seca, moría por un sorbo del líquido, pero se la terminó sin ofrecerme un trago y salió nuevamente diciendo irónicamente que traería agua para mí. Esta vez no había cerrado la puerta de la habitación y estaba tardando en regresar, así que de puntitas salí y caminé hacia la puerta de la cabaña que estaba entreabierta, miré hacia afuera pero no lo vi ni escuché que estuviera cerca.

Corrí de regreso a la habitación por mi billetera y mi celular, y salí a prisa en dirección de la otra salida del rancho que casi nunca se usaba y queda más cerca de la cabaña, justamente hacia el establo; pensé en correr por la orilla del canal hasta llegar a la carretera. De pronto sentí un tirón del cabello y lancé un grito de horror; había estado a punto de huir para siempre de ese monstruo, pero de nuevo estaba en su poder; me regresó a rastras a la habitación y me arrojó contra el piso, se agachó para abofetearme mientras lo escuchaba decir

“¡Pude haberte dejado en paz, pero con esto la cagaste! De aquí ya no vas a salir, te voy a matar, ¡pero antes te hare pagar!” y en seguida comenzó a reírse burlándose de mi Santa Muerte.

“¡Pídele que te salve, anda, ¿no que muy milagrosa?!” decía.

Me acordé de ella y en mis pensamientos le reproché por haberme dejado sola, pero luego le rogué con toda la fe que me ayudara; volví a tener esa sensación de valentía e intuí que todo iba a estar bien.

Fingí un desmayo, luego hice como que desperté extenuada y sin fuerzas, situación que el aprovechó para desvestirme completamente; me tocaba todo el cuerpo con coraje y pasión, mientras murmuraba que yo le pertenecía quisiera o no; y jurando que jamás podría dejarlo.

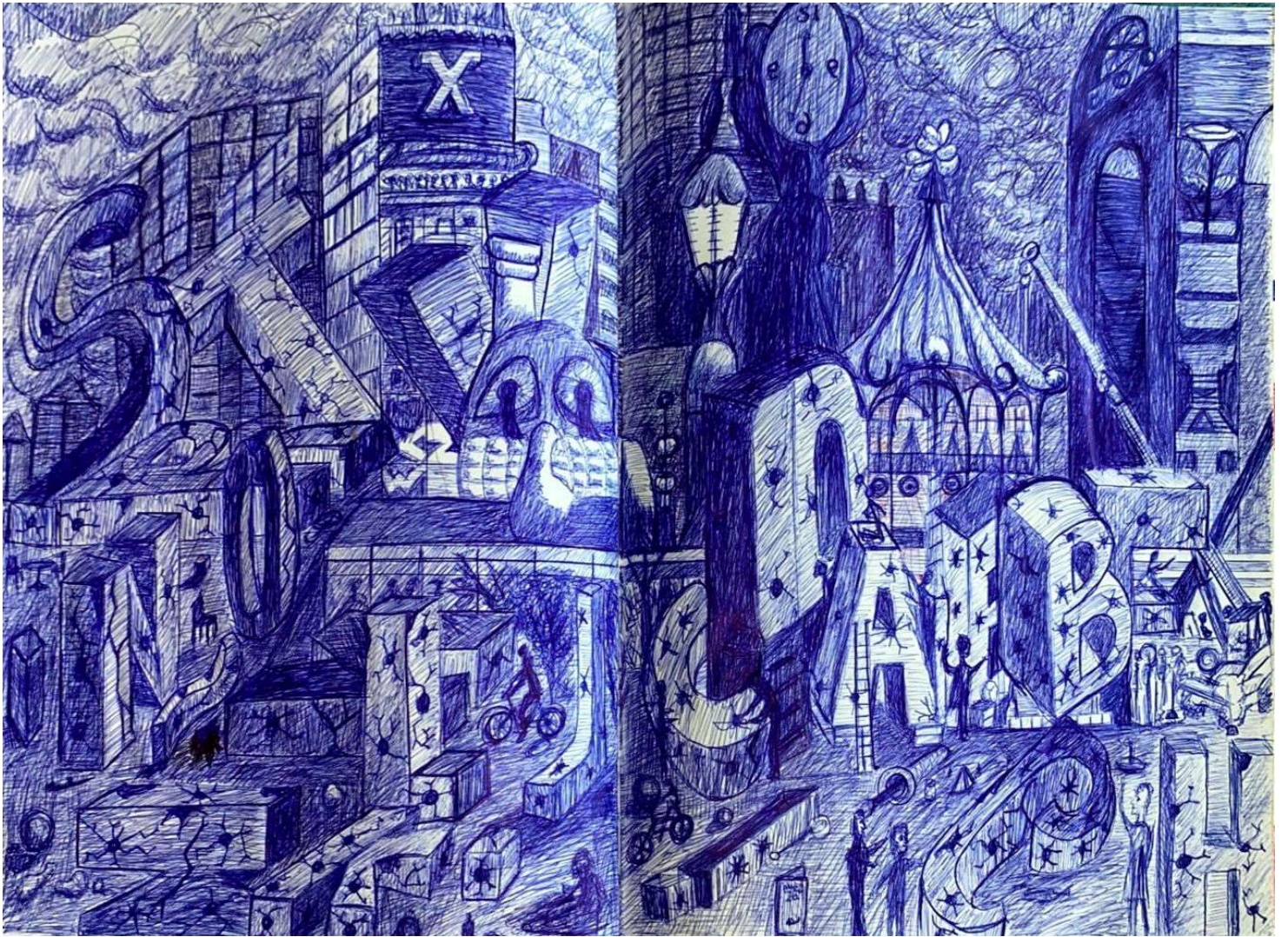
“Mátame de una vez” le dije y en respuesta recibí otra bofetada, sabía que mi cara estaba ensangrentada, aunque no la viera, sentía la humedad del sudor y el olor a hierro de la sangre en mi cara, me dolía la nariz, la cabeza, todo. “¡Mátame ya!” grité y el solo contesto “¿Eso quieres? Lo haré, tenlo por seguro, te voy a ahogar en la alberca de la mansión y ahí te dejaré. Mañana les diré a los señores que te ahogaste porque querías nadar y no sabes; ellos me creerán porque a quien aprecian es a mí, y me verán destrozado llorándote. A ti apenas te conocen; pero antes quiero divertirme, usarte para lo único que sirves”

Se bajó el pantalón, separó mis piernas y pude sentir la más desagradable penetración. Me aguanté el asco y las ganas de empujarlo y azotarlo contra la pared, pero no me resistí para que no me siguiera golpeando, aunque tampoco le mostré sensación alguna, seguí en mi agonía resistiendo cada una de sus embestidas hasta que él se retiró. Estaba como saliendo de un éxtasis, caminaba en círculos por la habitación preguntándose con evidente mortificación qué había hecho.

Luego me pidió perdón mientras acariciaba con sus manos temblorosas las partes donde me había golpeado, contuve la rabia que sentía y fingiendo una voz entrecortada y suave dije “¿Por qué lo hiciste?”, “¡Tu tuviste la culpa! Creo que con esto ya entendiste que no me vas a volver a hacer pendejo” dijo; yo le respondí “Te quiero, nunca lo haría, aunque pienses que lo he hecho”.

Me pidió perdón y de inmediato le dije que lo perdonaba, me tomó en sus brazos, así desnuda, con cuidado, me acostó en la cama mientras me besaba tiernamente, luego apagó las lámparas de emergencia y se acostó a mi lado; comenzó a roncar muy pronto.

Me levanté sigilosa, agarré mi celular, recogí la ropa rasgada que había quedado tirada en el suelo y salí de la habitación a tientas. Afuera me vestí con rapidez, salí de la cabaña sin cerrar la puerta intentando evitar todo ruido, y corrí por el camino de tierra hacia la mansión de los Ramos. Era tal el miedo que de pronto me detuve a media carrera para ver si no se le había ocurrido seguirme. Me adentré en una parcela de alfalfa caminando rápidamente hacia la mansión de aquellas personas con la esperanza de que me auxiliaran. Encendí el celular, vi que eran casi las dos de la madrugada y con mucha pena marqué el número de la señora Ramos, cuando contestó me costó aclarar mi voz alterada por el llanto para darme a entender e indicarle donde estaba escondida. Sin pensarlo, ella despertó a su esposo, y me pidieron que fuera hacia ellos. Ambos me esperaban en la entrada de su casa y me llevaron a las oficinas de la Fiscalía para poner la denuncia para la cual es esta declaración que estoy relatando.







Algunos lunes, al iniciar la semana, te sentirás abrumado sin saber el motivo; tal vez por estar en la computadora más de 15 horas seguidas, la vista puesta en la pantalla, los auriculares mal colocados y la cara de pocos amigos; escuchando las explicaciones del tutor de esa séptima maestría que te empeñaste en tomar aunque te deja muy agotado y de mal humor. Te dices que siempre es bueno la actualización porque cada día hay menos oportunidades para los hombres de tu edad.

Sabes que los lunes el maldito embrujo de Matel te mantiene prisionero, muy temprano te despiertas, le mueves el brazo con mucho cuidado a tu esposa para salir de la cama, te enfilas hacia la sala, la tenue luz de la luna como única compañía.

Afuera de casa, escuchas el llanto del bebé recién nacido del vecino, Bastian aún no termina de acostumbrarse al frío que se siente afuera del vientre materno, y llora de día y de noche. En vez de enfadarte, te alegra y a la vez te compadeces del vecino.

Ya pasaste por esa etapa con tu beba, ahora duerme solita en su cama de convertible rosa, junto a su muñeca Barbie en la habitación, también pintada de rosa contigua a la de ustedes. Por fin has recuperado tu espacio en la cama, junto a tu mujer.

Después de casi cuatro años de esperar a que se durmiera la nena para irte a la sala y cogerte a tu mujer, dejarla complacida para que no te hiciera una escenita de celos; algunas veces, mientras la nena estaba en el maternal llegaban ambos un poco antes a casa y te la cogías, después se iban por ella y muchas de las veces, la maldita abstinencia te hacía caer en el maldito juego de la seducción, esa parafernalia de tener dolor en los huevos, el semen se te salía a gotas y sin más remedio para descargar tus ganas, sin tener que masturbarte, aceptaste las besuqueadas con alguna de tus conquistas o más bien ellas te besaron al verte vulnerable, derramando semen en tus bóxers.

Hubo una que no accedió y de la cual te has quedado enamorado, prendido, la deseas como a ninguna, como Ken desea casarse con Barbie y no lo logra jamás.

Esa mujer tiene cada día tu tiempo por las mañanas, prendes tu computador y mientras se reinicia el sistema, te preparas un café sin azúcar, ese líquido amargo te enciende el organismo, el cerebro segrega dopamina al instante cuando ves las fotografías de Rebeca siempre vestida con ropa sexi, sonriendo, el rosa Barbie es su color favorito.

Cuando te ve en línea te aborda.

—¿Cómo va la vida en la frontera?

—No logro acostumbrarme al horario tan disparejo de Reynosa. ¡Mándame una foto!

Ella te envía una fotografía donde se ven unas flores color rosa.

—Pensé que era tu...

—¿Quieres ver algo más que flores?

Otra fotografía donde se muestra sonriendo, una blusa rosa Barbie, se le ven un poco los pechos, tiene entre los brazos un pequeño bebé, parece un recién nacido.

La ignoras, pero dentro de ti algo crece como la fermentación de la levadura en la masa para una pizza.

Vas poniendo cada ingrediente con delicadeza, restauras su silueta, sus labios pintados de borgoña, su cabello sujetado con una coleta alta, sus ojos color ámbar que te volvían loco, ella no es delgada y te encantan sus grandes pechos, sus caderas que se habían ensanchado con la maternidad. Esa sonrisa que a diario buscas en otras chicas y que sabes no vas encontrar en ninguna.

Rebeca es tu muñeca Barbie, dentro de su caja rosa hace que tu virilidad te haga derramar semen todas las mañanas; sobre todo los lunes, los malditos lunes cuando la vuelves a ver conectada porque la cabrona es muy astuta, los fines de semana te da tu espacio y no te molesta, no sube fotos de ella, no postea nada.

Y no es porque sus fotografías sean provocativas, es tu cerebro el que actúa y te hace sentir placer; lo que tú no sabes es que ella siente lo mismo al ver tu perfil, te recuerda, le gusta tu sonrisa que la hacía sentirse en Malibú, eres el Ken perfecto, el único con quien ella podía ser lo que quisiera, y cuando te marchaste se sintió perdida.

En un rincón con los cabellos alborotados, le faltaba una zapatilla, y solo le quedó la caja rosa y tus palabras. Te ama como Barbie ama a Ken.

Ella se levanta despacito, quita la mano de su pareja que le aprisiona los pechos, las luces de la ciudad le iluminan el rostro, mientras los lobos marinos se escuchan a lo lejos, el silbato del crucero anuncia su partida, Barbie se dirige a la cocina, prende la estufa y mientras hierve el agua para el café enciende su teléfono. Ve tus "likes" y te aborda, sabe que bastarán unos minutos para que le contestes.

Empieza el juego de la auto seducción, te va llevando en su convertible y en cada cambio de luces te hace el amor. Tienes esa estúpida sonrisa de los lunes en el rostro y ella también es feliz de que sea lunes de nuevo, después de unos minutos ambos volverán a dormir.

Iniciarían un poco más tarde sus labores esperando a que llegue la madrugada para volver a intentar ser Ken y Barbie de nuevo al clarear el alba.



El viejito que duerme en la cama de mi abuela

Baltazar Cordero

En medio de la enésima tormenta eléctrica de la temporada, Mariana guiaba su automóvil último modelo por el Express way 77, a setenta y cinco millas por hora. Tenía prisa por llegar a Matamoros, la frontera con México, a ver a su madre. Había salido a las cinco de la tarde de su oficina en Houston y ansiaba llegar para conseguir el consejo que tanto necesitaba.

A pesar del anuncio del mal tiempo por la temporada de huracanes, mas sentía para sí los efectos de sus tormentas interiores que habían aparecido poco tiempo atrás.

Con más de seis décadas a cuestas, había pasado por muchas encrucijadas en el país del norte, donde estuvo de ilegal por muchos años.

Trabajó mucho junto a su marido que se sobaba el lomo bien y bonito para tener lo más indispensable, dada su condición inicial de indocumentados en aquel país y sin saber inglés.

Mucho sudor, esfuerzo y muchas lágrimas, les había costado salir adelante con sus hijos para hacerse de un patrimonio hasta que los muchachos pudieron ir al colegio.

Tras concluir la educación de los pequeños, ya como ciudadanos estadounidenses se las ingenió para estudiar y conseguir un título de Administradora de Empresas, con lo cual mejoró notablemente su situación económica.

Pero la relación con Javier, su consorte, se vino abajo; con su trabajo y tanto tiempo de ella fuera la casa obligó al hombre a buscar atención en alguien más.

Sin una educación elemental sustancial, lo único que él sabía hacer era trabajar en la construcción, con lo que ganaba bien , pero nunca aspiró a más. Su diversión eran las cantinas, las canciones de los Tigres del Norte y la cerveza Lite.

La diferencia de aspiraciones o la falta de visión tan distintas a las de Mariana provocaron en ésta, dirigir sus metas en otra dirección.

Ella tenía el derecho a cumplir el sueño americano, pero su familia, ya había dejado de serlo. Ahora sus hijos estaban casados y fuera de

su casa, haciendo vida propia, ella ya no toleró las infidelidades esporádicas de su marido.

El ambiente social de los pueblos en los Estados Unidos, en el nivel en el que se movían, aceleró el rompimiento, la emancipación y el libertinaje de la mujer norteamericana pudieron más que sus principios, aprendidos y muy arraigados de su madre, y que su amor por el hombre con el que había pasado la mejor etapa de su vida. Y se divorció de Javier.

Se quedó sola, con un carro del año, pero sola y con más de sesenta años en la espalda.

Fueron difíciles los primeros años, pero de alguna manera compensaba su soledad con la visita de sus hijos y los nietos que empezaron a hacer más grande su familia.

Pensó en rehacer su vida, pero los hombres del pueblo no llenaban sus expectativas.

Entonces, con mucho tiempo para ella sola, a través de las redes sociales apareció Jeremy; de su misma edad, residente de un pueblo del Estado de Ohio, con quien empezó a chatear de muchas cosas en común; sus soledades convergieron y tras doce meses de profundos diálogos a través de la red cibernética, él le propuso matrimonio

Pero algo en su interior no encajaba del todo. Pensaba en su madre y en los tiempos de Navidad o Año Nuevo donde asistían los nietos, primos, yernos y nueras, pero no imaginaba a Jeremy, encajar en ese ambiente familiar.

Ahora pensaba en sus hijos y sus nietos imaginando el día que la visitaran y en lugar de encontrar a su abuelo Javier, encontrarán a un perfecto desconocido.

Y además “viejo” como ella, según la óptica infantil.

Necesitaba compañía como cualquier mujer, pero, ¿por cuantos años más? En unos ocho o diez años sería una anciana con otro tipo de necesidades y obligaciones.

Pensaba en sus nietos a los que tarde o temprano seguiría recibiendo en su casa como hasta ahora.

-Voy a ver a mamá grande y al viejito que vive con ella- dirían.

Eso no terminaba de gustarle.

Protección económica no buscaba, tenía para mantenerse lo suficiente, y la propuesta la mantenía pensando. Aún no conocía al hombre y no sabía cual sería su reacción al verlo físicamente.

Días antes, Jeremy le había anunciado que la visitaría en su ciudad para afinar detalles de la boda, no estaban para un noviazgo de mucho tiempo

Por eso le urgía llegar a Matamoros, lugar de su infancia, de momentos inolvidables y donde todavía mantenía su origen de sangre, su razón de ser, su madre. Le urgía llegar a donde había conocido de carencias, y ausencia de manjares exóticos, pero donde había tenido un exceso de cariño y unidad familiar, que no había visto en muchas familias que había conocido en el norte, y que no eran propiamente un ejemplo a seguir.

La imagen de Micaela, su madre y los recuerdos de su hogar y su niñez los llevaba tatuados en el alma.

La tormenta empezó a amainar y cesó totalmente cuando cruzó el puente y empezó a recorrer las calles accidentadas, llenas de grandes charcos de la ciudad, su gente, los vendedores ambulantes, y la algarabía de los mexicanos de la frontera. Antes de llegar al portón de su casa, alcanzó a percibir el aroma que nunca había dejado de salir de esa cocina.

Más que un aroma de cocina era un perfume mágico, un aroma de la dedicación y esfuerzo, de sacrificio y lealtad, el aroma más puro disfrazado de las artes culinarias. Entró a la casa y vio a doña Micaela preparando algo en la cocina para el día siguiente.

Al abrazarla y sentir el calor maternal de la anciana, una dama respetable por sobre todas las cosas, sonrió para sí, suspirando hondamente. Ese abrazo, el calor de la mujer más importante para el ser humano, le había dado la respuesta que buscaba. Como madre y abuela, aún le quedaban muchas cosas importantes por hacer. Y en ese momento tomó la decisión.

Afuera, el sol había vuelto a aparecer. La tormenta había cesado totalmente.

Y las tormentas de su alma, también.

El tiempo de la sangre ha llegado. El tiempo de acabar con todo. Armagedón es el nombre de cada una de nosotras, hartas ya de vivir bajo el puño de la violencia, espantadas, vilipendiadas, maceradas y con el espíritu aterrado.

Lilith vuela de nuevo, tiene sed de venganza; sus gritos, tocata en fuga, nos levantan del camastro, rompen nuestras cadenas, y ella es quien nos abre la celda, quita el grillete, nos arranca las costras del dolor y el miedo.

Cada escoba será un arma, símbolo de que el insulto nos lanza hacia adelante, se convierte en herramienta para defendernos. Cada tacón puntiagudo, sobre el que nos miramos hermosas en nuestro caminar, en el que somos monumento de la belleza, la altivez para encender el deseo será afilado para la cacería y la persecución. Todo brassier en el que nos encontramos divinas, será mordaza, cuerda para maniatar, horca para la justicia.

Las mujeres sabemos usarlo todo. Nos hemos preparado. Por más de cinco siglos hemos sabido parir en silencio, sazoadas en la sangre y el fluido. Tuvimos que aprender a llorar en silencio, a educarnos a escondidas, a morir sin molestar a nadie, y ahora logramos encendernos.

¡Estamos hartas! El hartazgo es intolerable. Hemos sabido lamernos las heridas, y las heridas de los nuestros; nuestra lengua, jugoso objeto de placer antaño, servirá para lamernos unas a las otras sin empacho.

Nos violan en la infancia, en la lactancia, en el vientre. ¿Qué de erótico tenemos cuando somos bebas y olemos a caca, mocos y leche materna? ¿Qué de erótico tiene nuestro cuerpo, la cortada, la enorme raja, que les alienta a penetrarnos así, cuando somos bebecitas indefensas? ¿Cuándo apenas gateamos?

¿Cómo despreciar el cuerpo hermoso de la hembra humana adulta, cárnica y fanerógama? ¿Cómo no poder encontrar luz en nuestra sensualidad, en nuestro saber querer? Prefieren lastimarnos en vez de disfrutar nuestra belleza, nuestra inteligencia, nuestras capacidades para el asombro. Porque ellos tienen miedo de nuestras capacidades, nuestra sensibilidad para atravesar el

mundo. Han pretendido borrar nuestras huellas. Ellos nos quieren débiles, hacen todo para que crezcamos calladas, nos obligan a crecer silenciosas, quieren mantenernos domesticadas, inofensivas.

Nuestra raja primero, nuestra sangre luego, nuestro ano, nuestra boca. ¿Acaso nuestros huecos no sirven más que para ser hurgados noche y día, vida y muerte, dolor y quemadura? ¿Acaso no existe la piedad para nosotras? ¿La distancia y el respeto? Los huecos que tenemos, lo huecos que parecemos, no es todo lo que somos. ¿Creen que somos hueco sin memoria? ¿Somos simplemente espacio para la penetración? Ellos son los incapaces, los subnormales.

Hemos aprendido a amarnos entre nosotras, a querernos sucias, y agresivas si es necesario; a querernos musculosas, a reconstruir nuestro cuerpo, grasa por músculo, grasa por músculo, nada débil, ni nuestra risa, ni el tono de nuestra voz; nada que les haga creer que somos la debilidad encarnada, nada que les haga pensar que no regresaremos el golpe. Aprendimos a armarnos entre nosotras. Juntas somos arma de destrucción, si es necesario. ¿Quién nos nombró mujer? ¿Quién nos definió como el complemento del varón? Fueron ellos.

Ahora los huecos de ellos también se llenarán de dedos, escurrirán sangre, se llenarán de dildos, de palos y bates, de todo lo que sea posible introducirles.

¿Acaso piensan en lo que siente una niña de 0 años, una niña de 1, 2, 3, 4... 14, 15, 16 años, cuando meten sus dedos, sus manos, meten palos, botellas? Y cuando muerden su nuca, cuando azotan su puño contra los pequeños huesos que aún no terminan de desarrollarse. ¿Acaso imaginan su terror? Cuando las jalan del cabello, ¿las contemplan con agrado? ¿El cabello largo es vanidad o instrumento para el sometimiento? ¿Acaso tenemos que tener el cabello corto para no excitarlos?

¿Y quién nos cuida? Solo nuestras amigas pueden cuidarnos, solo entre mujeres podemos protegernos.

No nos cuidan los adultos de la casa, no lo hacen los adultos de la escuela, no lo hacen los adultos de la fiscalía, menos los perros policías, los lobos policías, los monstruos policías, los sarna—policía; porque ellos son quienes nos violan en la calle, en el carro patrulla, nos secuestran frente a sus narices y se quedan quietecitos aplaudiendo con la mirada; sus guiños dicen: Ellas se lo merecen.

Nos violentan en el transporte urbano, en las oficinas, en nuestras propias casas, ellos nos entregan a los secuestradores, nos dejan tiradas en los moteles, nos regentean; sabedores de la impunidad nos lanzan al desagüe, a la basura, nos tiran en la brecha, en el monte, para que nuestros cadáveres sean descarnados por las bestias y las aves de rapiña. Luego nos exponen en los medios de comunicación, vivas o muertas, sonrientes o desolladas. ¿Ellas desaparecieron? Ellas fueron levantadas, secuestradas, asesinadas. Ellas, siempre ellas, ¿ellas se lo buscaron?

Los recuerdos de la mujer que ha sido violada, del ataque, de la farsa, permanecerán toda la vida en su memoria, en el olor de su cuerpo, al cerrar los ojos, presas siempre del insomnio y del terror, siempre perseguidas por el cuerpo de los violadores, mientras que a estos malditos apenas les dan 15 años como máximo para que sean sustraídos de la sociedad. Luego los liberan—reformados, dicen con cinismo— y vuelven por nosotras, al tomar el autobús, al ir a la escuela, al bajar del metro, al caminar por las calles iluminadas, al andar en grupos. Los violadores, los depredadores sexuales, presumiendo que se cogieron a cuanta niña pudieron; ahí, usando el músculo para doblegar maricas, sacándose la reata para hacer que otro hombre de barba crecida y rasposa se la meta en la boca, y les haga terminar. Precarios hombres hechos apenas para la eyaculación y para nada más. Habitan el interior de nuestros párpados y tenemos que mirarlos al cerrar los ojos.

El tema para los hombres tiene que ser siempre llenarlo todo de semen, en el semen se les escapa la vida, en el semen sitúan su hombría, eyaculan como la máxima victoria; en la expulsión del semen basan su creatividad, en ello se fuga todo deseo de permanencia. Toda su maldad apenas les alcanza para lastimar mujeres y niñas y

ancianas, maricas, transexuales, pubertos. Creen que el semen que lanzan sobre la mujer, sobre la anciana, sobre la esposa, la novia, la amante, la hija, la ahijada, la prima, o cualquier maricón sobre el que quieran correrse, es la marca de su hombría: “Me he cogido a tantas, ¿y tú?” Para enfrentar a otro varón los muy cobardes usan armas. Y usan armas igual contra nosotras.

¡Basta! Devolveremos el golpe, devolveremos la punzada, devolveremos las penetraciones, los empalaremos si es necesario; los levantaremos del culo por las calles, para que todos los vean. Para que los niños rían con su cobarde mirada, con sus súplicas.

En tu casa, en tu familia, iremos a buscarte; derribaremos las puertas si es necesario, arrancaremos penes, morderemos brazos, lanzaremos granadas sobre todos aquellos que intenten violar a una mujer, apretaremos los cuellos, los envenenaremos por abusar de un niño o niña, por lastimar a una anciana, por robar o secuestrar a una jovencita.

Este es el reto y el punto final. La línea que no deberás cruzar. ¡Entiéndelo! Esta es la claridad del pensamiento. No habrá camino de regreso, no importa la cárcel, nada importa ya, quemaremos edificios públicos. ¡Estamos hartas y asaltaremos las oficinas que guardan violadores! ¡Las iglesias que someten pensamientos! ¡Las diputaciones que se asocian con los pornógrafos y los giros negros!

Es la hora de la sangre, se acabó el lagrimar en silencio, siempre aguantando.

Días después de este discurso que fue leído durante la toma simbólica de la Comisión de los Derechos Humanos, para convertirla en Casa Refugio para Mujeres Violentadas, se pudo leer la siguiente nota en los periódicos:

“CDMX. Marzo, 2020. Mujeres encapuchadas entraron a un Centro de Readaptación Social y asesinaron a 15 hombres que habían sido acusados y encerrados como violadores. Tuvieron acceso a los expedientes de los presos, pues una de ellas, que trabajaba ahí como psicóloga, les había pasado la información, y acordó con los custodios permitir su ingreso. La Secretaria de Seguridad Ciudadana investiga los perfiles de las sospechosas.”

El ciclón acabó

Estoy solo, entre comillas, porque aquí están mis padres y unas amistades de ellos, nada que ver conmigo, sin compañía femenina, sin mi música.

Hay una piscina sucia, llena de chiquillos que yo no quiero ver. He dormido tardes enteras. Aunque la comida es mala, solo puedo hacer como el sapo de los muñequitos; despertaba y decía:

—Dormí, ahora a comer.

Casaba una mosca, se la comía y continuaba:

—Comí, ahora a dormir.

Entonces sucedió algo horrible, enfermé ¿Serían los gorgojos de los chícharos o la falta de wifi?

Ya van siete días sin wifi, lo cual se traduce en siete días sin Internet, sin redes, el ciclón acabó, no dejó una línea eléctrica en pie. Yo no sé vivir así. ¿Cómo vivía esta gente? ¿Qué hacían mis padres cuando eran novios?

Tan acongojado me vieron, su primer consejo fue:

—Lee un libro.

Yo siempre me digo ¿Y por qué no? Lo intenté, ¿Será psíquica mi enfermedad?, después de la lectura hasta sentí mejoría.

Ahora me sugieren escribir ¡Dígame usted! Yo con un lápiz en mi mano, busqué el celular en la gaveta, ya la Empresa de Telecomunicaciones puso el mensaje: “Has agotado los datos móviles...”. Además el celular esta en dos de carga, yo también necesito carga y a estos viejos no se les ocurre nada bueno, iremos de senderismo hasta el parque infantil, con lo débil que me siento.

Con mucho esfuerzo, llegué, si no llega a ser por el pomo de refresco aguado, estuviera deshidratado.

El lugar es una mezcla de naturaleza y civilización; un frondoso y hermoso árbol tiene un tomacorriente en su tronco, un restaurante en forma de araña protege a una colina, hay puentes, calles, línea férrea todo entremezclado. Me siento detrás de unos arbustos, ellos no saben que los escucho:

—Esas fiebres de este niño están raras.

—¿Qué raras ni raras? Le falta Internet, le está faltando el aire que respira—dijo papá mientras enchufaba el cargador.

Ahora me están llamando muy contentos, ojalá que no sea para mostrarme uno de esos aparatos en que me montaban de niño, ellos hasta se emocionan, a mí me apenas no recordar.

—¡Ven hijo, ven, aquí hay Internet!

Cancún

Estoy de vacaciones en Cancún; la fama que precede a este lugar no le hace justicia, pero resulta acogedor, muy buen trato, variadas ofertas, para ser sincero; no me gusta la comida y me resulta muy cara.

Hoy en la mañana me bañé en la piscina, solo entre tantos bañistas, estas mexicanas son bonitas ¡Pero qué va! Tomé cerveza, se me pareció a la de termo. Dormí en una tumbona, subí a la habitación vacía, puse las cama en otra posición como nos gustaba, que placer más tonto, así sentí que podías entrar de un momento a otro ¡Pero no!

En la carpeta me informaron amablemente de otras ofertas: excursiones, fiestas y yo pensando en ti.

Bajé a almorzar y me acabaron de matar:

—Este coctel es un regalo de la casa.

Las mismas frutillas que tanto te gustaban, probé y lloré ¿Será que esta gente investigan los gustos de sus clientes? Le tomé una foto y te la envié ¿Te llegó?

Subí a la habitación y me quedé dormido, tocaron a la puerta, pero no eras tú, el ama de llaves, mujer bella y muy seductora, se preocupaba por mi estancia, me provocaba y yo indiferente, aunque no se lo dije, lo pensé: ¡No me interesa! Si estuvieras aquí Cancún sería bello.

Flora María

A Ernesto le toca el matutino, aquí son muy rigurosos con la preparación política e ideológica de los trabajadores; pasó la madrugada oyendo noticias, a las siete llegó con el guión desarrollado, el Gerente cambió el tema, tiene que hablarle a esta gente de las tormentas, y eso si es un imprevisto, no tiene nada, solamente sus recuerdos de Flora:

“Entonces era un niño, vivía en el campo en una casa de madera muy grande, alta, dos cuartos y una sala muy espaciosa. El viento empezó a azotar, traqueaban las tablas, se sentía el zumbido. La inmensa mata de Guásima tocaba el suelo con sus gajos, las toronjas hicieron un mar amarillo en el césped. Casi toda mi familia pasó la noche bajo una carreta, la fijaron al suelo, en la lomita, la forraron, llevaron comida, agua y el radio de pila. Yo estaba muy asustado: mi mamá no, ni mi tío tampoco, decían que eramos unos cobardes, ellos durmieron en la casa grande”

El matutino se retrasa, todos lo observan y él, lele, pensando en aquella noche. Esperaban por su acostumbrada elocuente intervención.

—Ya puedes comenzar— le dijo el director a Ernesto.

“Recordó lo enfermo que estaba su padre, le vino a su mente su hermana Flora María, nació después del ciclón, no llegó al año y recordó el cariño que su tío siente por ella”.

—Grrr— se limpió la garganta el director, impaciente, tratando de alertar a Ernesto. Quien esta vez hizo una intervención muy corta, le salió del alma:

—¡Maricóooooooooon!

Tras la segunda cerveza, viene una sensación de bienestar, un aquietamiento de la mente y su relojería implacable: el ayer y el hoy, lo que debo y lo que temo, lo que podría suceder si yo... Toda la angustia desaparece como un aerolito en el Sol, tan silenciosamente. Estoy bajo uno de los paraguas de una cafetería y contemplo la Plaza San Francisco con sus pequeñas casas coloniales y su elegante hotel en la esquina. Sobre el Panecillo, la virgen de Quito abre los brazos con ingenua sorpresa, mientras pisa gentilmente a la Serpiente. La Prensa Católica y las casas vecinas resumen cierto encanto pueblerino. ¡Qué cruda luz andina, qué acero en el cielo! Van Gogh hubiera estado feliz, pienso. Van Gogh en el mercado Ipiales compra botas de cuarenta dólares mientras conversa con un curita franciscano sobre el Éxodo. Risas. Dos niños corren por el empedrado, perseguidos por una bandada de palomas. ¿Era Teo un buen hermano? ¡Tanto hijo de puta que se cree superior por estar sobrio! El día nace espléndido: es un surtidor de imágenes, un canto a la creación versión escritor de pueblo, con turistas aturcidos, camión de agua y tienda de abalorios.

El día trepida, su maquinaria asciende por mis venas, y aparece ese deseo intenso, inaplazable. Porque a la tercera cerveza, no basta con sentirme vivo. ¡Inevitablemente quiero más! Entonces imagino la posibilidad (delicia como ninguna) de sentirme completamente vivo. Rápidamente pago al mesero y camino, me apresuro, corro por el callejón que da hacia los muros laterales de la Compañía de Jesús, paso junto a la Casa de la Moneda y marco el celular, para saber si el peluquero está atendiendo. Una voz de cantante de rancheras me saluda alegre, pletórica, en su popular acento: Véngase mijín, que aquí lo arreglamos (que te ponemos bonito, te trapeamos la azotea y te colocamos una orquesta a tocar en las tripas, huevón, para que seas feliz, para que seas inmensamente feliz y te olvides de tu vidita ramplona, hermano, te lo mereces).

Yo corro, ahora con el corazón desbocado. Cerca de la Plaza Grande, por la planta baja de un edificio antiguo, corre el Pasaje Amador con sus cafetines, sus negocios de lencería, plásticos y otros similares, donde se ubica la peluquería en cuestión. Las palomas entran en bandada detrás mío y se colocan sobre los bordes de cemento, en las elevadísimas paredes del corredor. Yo bajo el ritmo de mis pasos, finjo tranquilidad y ocupo una de las sillas del negocio. El arturiano con mandil, que funge de peluquero, me dirige una mirada amable e inclina la cabeza (apenas se le notan los cuernos), luego hace una señal al otro: el tipo delgado con patillas republicanas y aspecto patibulario (entidad llamada Marcelito en esta dimensión), quien me muestra sus dientes largos, de caballo. Atiéndale al caballero, dice el gordo con un guiño de ojo. Dientes de caballo imita una sonrisa bajo el peluquín. Me levanto y ocupo la silla del fondo: un tubo de acero sostiene una montura con una cabeza de caballo de plástico, bastante fea, destinada a los niños. Debo parecer un idiota, ahí sentado. El tipo corre la cortinita de plástico del costado, para ocultarme de la vista de los clientes que han ido para un simple corte de pelo. Incorporándome a medias en tan incómoda cabalgadura, saco el dinero: veinte “gambas”. Marcelo se las mete en el bolsillo y saca la sonda de caucho, me ata el brazo y prepara la jeringa con una dosis letal.

Ya no aguanto más las ganas, cuando llega el pinchazo. Casi al segundo siguiente, mi sangre arde y el pecho está a punto de estallar. Me acerco al punto del orgasmo celular y mi conciencia estalla. Estalla, pero estalla de la puta madre. Entonces el tipo acciona la palanca del caballito y soy arrojado al espacio a través del espejo. ¡Un salto acrobático al illo tempore! La gente me señala con el dedo mientras vuelo sobre las cúpulas de la Catedral. Danzarinamente caigo y me enarbolo sobre el Observatorio Astronómico de la Alameda. Podéis admirarme, ciudadanos. Soy el Sorprendente Hombre Gallo: mi pinga es de caramelo y mis ojos dos bolas de fuego. Mi cresta es de un violeta delicioso, una flama de alcohol.

Mis garras se aferran gozosamente a las ramas de los árboles, desde donde seduzco a las colegialas que fluyen de dos en tres, por la puerta del colegio de señoritas Mariana Aguilar. Sus muslos oscilan bajo la falda a cuadros, remando deliciosamente en la marea del sol. Sus cuellos bajan turgentes hacia el pliegue de las axilas y la dulce curva de los senos. Cacareo con fuerza, imaginando sus pezones. Dos policías municipales me alejan a pedradas, por pedido de la rectora. Entonces vuelo a la cabeza pétreo de La Condamine, en la rotonda de la misión geodésica, donde me corro con un sacudón de alas, ceremoniosamente, hasta que el efecto baja... Poco después, las alumnas desaparecen. Entre ansiedades y estremecimientos, llega el bajón.

Tirito. No sé en qué momento ha sucedido, pero siento un deseo irreprimible de aproximarme a la basura. ¡Qué dolor en el vientre! ¡Mis tripas se retuercen! Como un demonio, la noche apacienta sus dominios en La Tola. En patéticos saltitos, rebusco entre los desperdicios. Una vecina deja una bolsa basura, me mira feo y toca el timbre de mi casa: de nuevo su maridito está hecho buitre, explica. Con ojos de asesina, mi esposa (embarazada, como la Virgen) cruza la calle, me amarra de las patas y me iza bajo el brazo con violencia, llevándome a casa, donde me arroja en el corral del patio. Los dolores de la mutación duran toda la noche, mientras mi cuerpo retoma su forma humana. Entonces viene la desolación...

¡Qué vergüenza para tremenda cuando la rectora del colegio llama a casa! Hasta ahí llegamos, junky lover. Nunca más peluquería, nunca más aguja letal ni cántico del sol sobre mis dientes. La risa de las colegialas no ha sido creada para este humilde cajero de banco, seguro.

Siete de la mañana. Penosamente, me baño y me acicalo antes de marchar al trabajo. Por la noche me espera el Juicio Final, lo sé, pero ahora debo contar billetes, labor imposible en este estado. Me tiemblan las manos. Sudo como un condenado a la horca frente a la ventanilla. Cuando la gente de la cola se molesta conmigo por la demora, el director de fila me amonesta y me recuerda que estoy a punto de ser despedido. Me mira con desconfianza, como si notara algo. Yo cruzo los tobillos para ocultar una uña de buitre que me sale del talón, perforando el cuero del zapato. El tipo luce elegante. No sé de dónde saca dinero para esos ternos, el pelmazo, con lo poco que gana. Bajo la cabeza y acepto la reprimenda sin decir nada: los días que vienen van a ser miserables, lo sé. Debo resistir y esperar que pase la resaca. Tras la puteada de turno, mi mujer volverá a la rutina y lentamente abandonará su mal humor. Un día haremos el amor, se sentirá feliz y yo me sentiré perdonado, con permiso, en fin, para pegarme unas cervezas. Y vuelta al ruedo, otra vez:

El fabuloso hombre gallo versus las siamesas de Pekín. Segunda edición.

La deuda del náufrago

Fernando Gutiérrez Almeira

Éramos nueve en el bote salvavidas y, siendo tantos, las reservas de comida y agua como máximo durarían tres semanas. Fui el último en abordar. Cuando me trepé al bote este ya se había alejado dos kilómetros del lugar del naufragio por lo cual todos los presentes entendieron que mi estado físico y mi habilidad para nadar no eran comunes. Eso me serviría de ventaja en los días por venir.

El que impuso su liderazgo inicialmente fue el único miembro de la tripulación del Argo-2, un marinero llamado Thomas Pink. Todos los demás éramos simples pasajeros con la suerte de haberse subido a aquel bote, si es que a algo así se le puede llamar suerte. El tal Pink se presentó muy caballerosamente y logró, durante varios días, administrar los recursos de los que disponíamos de manera equitativa, pero su nivel de racionamiento, que se concedía con cierta lógica apropiada, no contuvo la conspiración que pronto se inició contra él.

Pude ver como un sujeto llamado Carl y otro de apellido alemán, creo que Becker, cuchicheaban entre sí y terminaron formando un grupo de tres conspiradores que, aprovechando una distracción, acuchillaron al marinero por la espalda y el pecho y lo lanzaron al agua aún agonizante. El resto de los tripulantes, incluyéndome, permanecemos inmóviles y silenciosos ante el espectáculo sabiendo que la oposición inmediata era la peor opción.

Diez días después los tres asociados, Carl, Becker, y Travis, que se privilegiaron a sí mismos en la distribución del agua y la comida, pero no suprimieron las raciones del resto, cayeron por fin en el salvajismo completo y asesinaron a un tal Raúl Pérez, un hispano de carácter débil, y a un joven cuyo nombre polaco no recuerdo lo suficiente como para repetirlo, aunque si recuerdo su resistencia a morir y sus alaridos. Ambos habían tratado de convencerme de crear un grupo de poder alternativo, pero yo no había aceptado. Con el objetivo de convencerme, me enrostraron la necesidad de proteger a la única mujer que había entre nosotros, una joven llamada Melisa Fox, y a

su hijo Matthew, que rondaba los siete años. No les hice caso porque mis planes eran otros.

Querrán saber, por supuesto, porque no me mataron a mí también, o por qué dejaron vivos a la joven y a su hijo. Esto último se explica fácilmente por el hecho de que los tres conspiradores querían conservar un mínimo de moral. No eran delincuentes asociados, solo un grupo de tres hombres a los que la situación les había arruinado el cerebro. Y con respecto a mí, mi actitud los hizo dudar en el momento en que le dije a Carl, al oído, un poco antes de que asesinaran a Pérez y al joven polaco, que no me opondría a tal acto con la condición de que repartieran equitativamente las provisiones de ahí en adelante entre los seis sobrevivientes. Además, yo había demostrado ser muy útil desde el primer día pues me hallaba provisto de un poco de tanza y anzuelos, extraídos de mi equipo de pescador el día del naufragio, acción en la que me demoré con aparente imprudencia pero que a la larga demostró ser más inteligente que lanzarme enloquecidamente al mar como el resto. Con esos mínimos elementos lograba capturar una presa de vez en cuando y de ese modo hacerme valer no solo por mi apariencia sino por mi contribución al bien común.

Veinte días después, cuando la escasez ya empezaba a debilitar a todos, maté a Carl y a Becker enterrándoles mi navaja plegable en el cuello y obligué a Travis a huir a nado con palabras lo suficientemente convincentes acerca de mi pasado en las fuerzas especiales y las pocas probabilidades de sobrevivir con una herida profunda en el cuerpo. Tenía un carácter débil y hasta sumiso. Aceptó lloriqueando después de colocarse un chaleco. Muy probablemente murió de hipotermia pues en esa zona el agua era notablemente fría. A partir de ahí conviví con la joven Melisa y su hijo, deseando que pronto la presencia de algún ave, una silueta rocosa en el horizonte, o el sonido lejano de algún barco al pasar, me librara de tener que tomar una decisión demasiado dura para mi gusto.

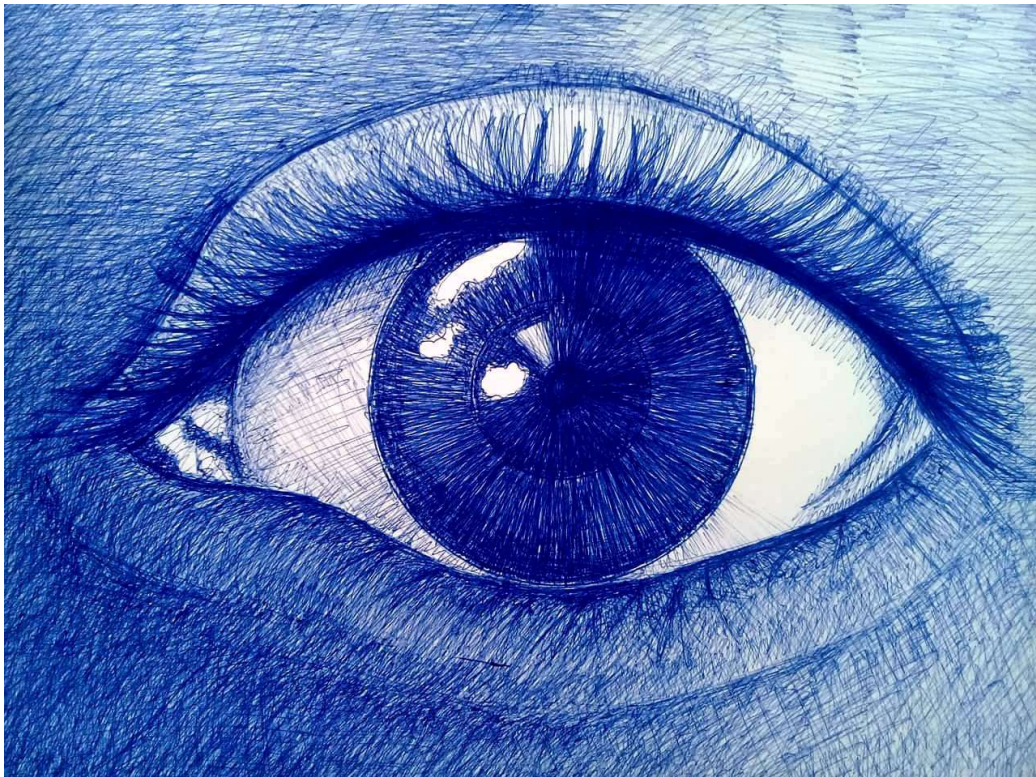
Nada cambió durante los siguientes treinta días. A pesar de haber congeniado con ambos,

tomé la decisión de empujar el niño al agua y contuve a su madre un momento cuando esta se disponía a ir tras él desesperada, diciéndole que debía ser egoísta por una vez y salvarse a sí misma. No tenía la menor esperanza de que me hiciera caso pese a que ya había trabajado su mente con cuidado. Quería con toda mi alma que se lanzara tras el niño y, en ese caso, los rescataría a ambos, los dejaría en el bote y me alejaría para morir. Pero se detuvo y no tuve más alternativa que eliminarla. Después de desnucarla y lanzar rápidamente su cadáver al agua, subí de nuevo el niño al bote y le expliqué que su madre había elegido salvarse y abandonarlo con lo cual había recibido una rápida condena. Por supuesto que tardó mucho en aceptar mi explicación y hasta intentó atacarme en repetidas ocasiones, dificultándome el sueño, pero le tuve paciencia porque no estaba dispuesto a responsabilizarme por su muerte.

No pude llevar el conteo de los días posteriores. Fueron demasiados. Lo cierto es que por fin fuimos rescatados por un barco pesquero. Antes del rescate le expliqué concienzudamente a

Matthew que si me denunciaba sería su palabra de menor de edad contra la mía de veterano de la guerra de Irak con varias condecoraciones encima. A cambio de su silencio, además, le ofrecí enviarle mensualmente cierta cantidad de dinero que le ayudaría a salir adelante en la vida. Le insistí en que su madre había realizado la elección equivocada y fui lo suficientemente persuasivo como para que terminara aceptando ese dinero con el que yo aliviaría mi culpa, aunque no me fuera estrictamente necesario hacerlo.

Veinte años después, más precisamente el día de ayer, Matthew me llamó por teléfono diciendo que vendría a visitarme y que, después de todo, hay cosas en la vida que es necesario pagar sin remilgos ni cuentagotas. Estuve de acuerdo. Le dije dónde comprar el arma y en qué lugar conseguir un silenciador. No tendré nada de qué quejarme cuando llegue a mi casa. Le abriré tranquilamente la puerta para sentarme a la mesa y tomar con él mi último café. Al fin de cuentas, me dio bastante tiempo para vivir sin decidirse a cobrar esa deuda, que es también una deuda con su propia conciencia.



La lluvia cae sobre el piso con tal violencia que parece que viene de una nube con rabia. Y él está allí sin inmutarse mientras el agua le moja la suela de los zapatos. Apenas mueve los dedos alrededor del vaso de whisky. Apenas se escucha la bocanada de humo que hace con su tabaco como una especie de beso desganado. Y la lluvia no es otra cosa que un intermitente castigo. Ya casi se ha inundado el patio interior del condominio. Seguramente las calles están anegadas y las alcantarillas vomitan su mierda sobre el asfalto. Él sigue allí, mirando la lluvia y perdido en la montaña, entre los cientos de casas que se ven a lo lejos y parecen tristes cajas de cemento. Hay días en que se queda así, bebiendo su trago lentamente hasta embriagarse. Va al supermercado, trae comida y se abastece de su infaltable whisky escocés barato.

Yo me dedico a limpiar el departamento, preparar la comida, lavar la ropa, sacar la basura, planchar camisas y pantalones, cambiar las sábanas y desinfectar los baños. Tengo suficientes cosas que hacer durante el día. Después de la cena reviso los mensajes de mi celular para enterarme de lo que está pasando afuera. Llevo quince días aquí en este encierro. Él no quiere que vaya a la tienda, a la farmacia o a la panadería. Dice que no quiere que me contagie, que de pronto me pongo a conversar con alguna vecina que está infectada y traigo el virus a la casa. Por eso, él va siempre a todos lados, sale todos los días con cualquier pretexto: comprar pan, tabacos, pasta de dientes, aspirinas, agua mineral o cerveza. Demora unas dos horas en ese trámite.

Vuelve justo antes del toque de queda. Enciende la televisión y se apoltrona sobre su sofá, mientras yo le sirvo la comida. Ya no sé si le gusta lo que hago. Come con indiferencia, dice poco, se levanta y se sirve su whisky, dizque como digestivo. Me he acostumbrado a esta especie de modorra de sus días. Trato de no molestarlo, aunque en algún momento voy a explotar. ¿Será que tiene una amante? ¿Será que cuando sale, va a visitar a su exmujer y a sus hijos? Si es así, debería decírmelo. No me molesta que vea a sus hijos.

Antes los traía aquí y ellos se llevaban bien conmigo, aunque desde el confinamiento no sé nada de ellos. Un día le pregunté, le dije: ¿cómo están tus hijos, Pedro? Bien, me respondió, así de seco. Entonces entendí que le disgustaban mis preguntas.

Es cierto que no hemos podido abrir el local de venta de disfraces y que estamos perdiendo dinero. Es cierto que se la pasaba todo el día recorriendo la ciudad, haciendo entregas, y que ya no puede salir como antes, pero no es mi culpa. Quizá lo que nos unía era esa cotidianidad en la que casi no nos veíamos, es decir la idea de vernos después de un largo día. Yo atendía el local y había siempre la suficiente gente y pedidos como para mantenerme ocupada. Hemos tenido que despedir temporalmente a las dos costureras. Pobres, deben estar pasándola muy mal. Le digo a Pedro que deberíamos irles a dejar unas compras, que deben estar muriéndose de hambre. Pero él sólo me mira con sorna y no responde. Nunca responde, es como si la peste le hubiera comido la lengua. Se va al balcón y fuma largamente mientras toma su whisky escocés barato. Odio ese whisky y ese olor a tabaco con el que llega a la cama y se acuesta, ya cuando está medio borracho. Yo le quito los zapatos y las medias porque no me gusta que me ensucie las sábanas con los zapatos mojados. No es violento ni grosero, sólo se ha quedado mudo como esta ciudad en la noche.

Las luces en las montañas me recuerdan a mi pueblo. Cuando era niña me gustaba mirar por la ventana las luces de las casas hasta que se apagaban. Imaginaba la cotidianidad de esas gentes y pensaba cuán aburrido sería vivir como esas gentes. Pobres gentes. Por eso me vine a la ciudad. Mi madre me enseñó el oficio de costurera. Ella hacía todo tipo de disfraces para las escuelas del pueblo y yo aprendí de ella a dibujar, a medir, a cortar y a coser. Ahora ya no coso. Sólo dirijo. El negocio creció. Es cierto que Pedro me ayudó a montarlo y ha hecho mucho para que funcione. Se recorre la ciudad si es necesario. Pero nunca me gustó la manera en que bebía, con cualquier

persona. A veces se quedaba en algún sitio de la ciudad porque le invitaban a un traguito, como él decía. Y hasta llegaba al otro día, todavía transpirando alcohol. Yo no sé si amanecía en casa de su exmujer o tiene otra amante, o sea, una amante distinta a mí, porque antes yo era su amante. No sé. El caso es que yo siempre le he perdonado porque es muy trabajador y nunca me ha pegado ni me ha dicho groserías. Puede ser que ahora esté pagando todo. Debe ser duro estar todo el día de aquí para allá y que de repente te encierren, aunque, en el caso de él, lo del encierro es un decir.

Ya estaba acostumbrada a que desapareciera, al menos, una noche por semana. Me quedaba sola y hasta disfrutaba de esa soledad. Veía una telenovela o llamaba a mi hermana, que vive en el pueblo, para que me contara cómo están las cosas por allá. Ahora, como digo, Pedro desaparece unas horas durante el día. Capaz me estoy poniendo paranoica y simplemente pasea por la ciudad apestada como un mendigo o como un loco. En algún momento el toque de queda será las veinticuatro horas, han dicho. Y él lo sabe. Sabe que no podrá salir a ninguna hora y menos quedarse por allí perdiendo el tiempo sobre las aceras vacías. Seguramente se dedicará a beber todo el día. No tiene remedio. Se va a matar bebiendo. Dicen que hay gente que se mata bebiendo.

He visto en la tele las imágenes de la ciudad vacía. Es hermosa la ciudad sin autos. Siempre quise ver la ciudad vacía mientras llueve. Ahora llueve todas las tardes. Debe ser muy lindo mirar la lluvia desde arriba, ya que siempre miramos la lluvia desde abajo, si es que nos atrevemos a mirarla, sino sólo miramos cómo las gotas se estrellan contra el piso y desaparecen en el asfalto. Me gusta la lluvia, aunque no me gusta esa

violencia con que se manifiesta ahora, como si quisiera decirnos algo, como si nos dijera que nosotros somos los culpables de esta peste. Si Pedro hablara, le diría lo que pienso de la lluvia. Le diría que me parece que todo es nuestra culpa, que la lluvia habla, que es el lenguaje de la naturaleza.

He visto varios videos donde aparecen animales salvajes que se pasean por las calles de las ciudades. Y se me ocurre que el virus es un castigo. Yo decía que la lluvia era un castigo, pero no. La lluvia es una respuesta, la lluvia barre la pestilencia de la muerte, la lluvia purifica este mundo vil. Quisiera que Pedro me oyera, que estuviera de acuerdo conmigo, pero no. Es un fantasma, ni siquiera eso, es una sombra de sí mismo. Cuando aprendí a coser mi madre me enseñó a hacer un bosquejo, eso es Pedro, un bosquejo de hombre. No ha llegado a ser un hombre porque no ha querido o no le ha dado la gana. Ahora veo que en la noche tose mucho, suda y tiene fiebre, una fiebre que no se le baja. Le digo que debe ir al médico. Él me mira con sorna y se sirve su whisky, dice que eso lo tranquiliza, que sólo está chuchaqui y que son los rigores de la resaca. Al menos para eso habla, para justificarse, para decirme que no me preocupe, que no se va a morir, que ese puto virus es un invento de los ecologistas para salvar el planeta, que me ponga a hacer mis cosas, que con un par de pastillas de Paracetamol se le va a pasar. Pero tose mucho, tose y se levanta a escupir en el lavabo, tose como un tuberculoso, tose como si quisiera vomitarse a sí mismo, tose tanto que ya no puedo escuchar el sonido de la lluvia sobre el techo, ese sonido que era un mensaje violento contra la ciudad apestada.

Si me concentro y cierro los ojos, puedo escuchar el ruido del agua. Del río o del arroyo, no lo sé. Me parece imposible identificarlos. Puedo distinguir las ramas de los árboles frotándose, aunque haya poco viento. Las hojas crujiendo. Pájaros que no conozco, chicharras, otros bichos. Pero sobre todo mosquitos. Miles. Es su casa. Una casa en la que vine a irrumpir. Miro el techo y pienso si no se vendrán abajo las maderas que sostienen las chapas. Si aguantarán. Desde hace cuánto aguantarán. Mucho, da la sensación. Resquebrajadas, irregulares, pudriéndose, pero todavía ahí.

Es mi cuarto día acá y recién hoy puedo escribirte. Es raro que lo primero que diga sea sobre el agua y los mosquitos, pero es lo que tengo. Lo que más se asemeja a un apego. Ayer encontré unos espirales y los usé a la noche, y se fueron, unas horas. La cabaña se llenó de un olor insoportable que me hizo toser un buen rato. Después me acostumbré. Seguramente también me acostumbraría al zumbido y a las picaduras. Por ahora prefiero el olor, la garganta reseca, los ojos rojos, inflamados.

Odio el calor pegajoso a destiempo. Meter los pies en lugares en los que no sé qué hay. Las moscas que zumban. Odio la naturaleza, hijo. Pero navegué, y caminé. Y llegué hasta la cabaña siguiendo el mapa que me dio un tipo que se llama Cardenal. Me dijo que me escondiera un tiempo, que esperara dos o tres semanas. Que lo tomara como si fueran unas vacaciones. Solo, sin nada para hacer, con la angustia carcomiéndome. Con miedo. Pensando a cada rato si hice bien en irme, en cómo estarás vos.

Buenas vacaciones.

Este spa en el que estoy es un rancho de tres por cuatro. Tiene todas las comodidades: hay una cama, unas frazadas, una cocinita con garrafa, un baño. Hay una alacena con conservas, con agua, con botellas de Old Smuggler. Hay pulgas. Cardenal me dijo que no trajera nada, que no hacía falta. Que me guardara hasta que llegara Flores.

El problema es qué hacer todo el día para no desesperarme. Para que el tiempo pase. Trato de

dormir, pero es difícil. Porque estoy nervioso por el calor, por las pulgas y los mosquitos. Por los ruidos raros. A cien metros, más o menos, pasa un arroyo medio seco que no tiene nombre. Debe tener, pero en los mapas no aparece. Entonces pesco, casi todo el día, como hacía mi abuelo. A veces ahí. A veces en el otro arroyo, que queda un poco más lejos, pero es más grande. Más profundo. Hay cañas, hay de todo. Nunca me gustó pescar. Tocar las lombrices que se retuercen, que dan volteretas, y ensartarlas en el anzuelo. Esperar sentado. Esperar a que pique, sacar un pez, tocarlo, desensartarlo. Esperar a que se muera, tocarlo, abrirlo, cocinarlo. Nunca me gustó comer pescado. Pero, de repente. Es como volver a lo más primitivo. A una época en la que el mundo era diferente, en la que era mejor. Y entonces agarro los bagres, los dorados, las mojarritas, las anguilas. O lo que sea que son esos pescados. Los agarro como agradeciéndoles por estar ahí, acá, por dejarse pescar. Por dejarse comer, por ayudarme a pasar el tiempo. Mientras tanto, pienso en todo. En vos, especialmente. Y estoy muy atento, porque, si escucho una lancha, me tengo que esconder. Agarrar la caña, llevármela rápido de ahí, no dejarme ver. Excepto por Flores, al que no conozco, que tampoco me conoce.

Flores ya tendría que saber todo. Que me quiero ir, que necesito subir escondido hasta Paraguay. Eso solamente. Suficiente. Flores ya debería tener la plata que le di a Cardenal para él. Y, en algún momento, un momento equis, tendría que venir a buscarme. Subirme a una lancha, pasarme de contrabando.

Hay un instante, cuando empieza a llover, en el que todo queda en silencio. Nada más se escucha el agua. Se callan los bichos, los pájaros, las ranas. Lo único que se oye es el agua correr. Salpicar. Chorrear por el techo hacia dentro y hacia fuera. Cuando pasa eso me pongo triste, porque me acuerdo de casa. De las goteras que no arreglé y no voy a arreglar nunca. Seguramente están cayendo a medio metro de tu cuna.

Si estuvieras acá, sería todo diferente. Los bichos que me molestan pasarían a ser objetos de

estudio. Te llevaría a upa y te los iría mostrando uno por uno. Sus formas, sus colores, sus patas con pelos, sus agujones. Aunque no entendieras nada, te los mostraría. Y te hablaría de cada uno como si supiera. Porque a tu edad no vas a aprender nada de lo que te digan. Pero sí vas a recibir estímulos que te ayuden a crecer. No te acordarías de nada de todo eso. Pero, de un modo u otro, esos bichos serían la base para que crecieras. De un modo y no de otro. No serías el mismo después de ver estas arañas, estas langostas, estos caracoles. Pasarías por un desplazamiento mínimo, invisible. Pero construido por los dos. Así, en cambio, lo que te va a marcar es otra cosa. Un padre ausente, un padre que no estuvo, que no llegaste a conocer. Un poco de orfandad.

Por el arroyo chico no anda nunca nadie. Algunos isleños por el arroyo grande, pero pocos. Por el río, sí. Los fines de semana, sobre todo. El público evidente. Turistas. Gente que viene a la isla a pasar el rato. Que quiere conocer cómo es el delta. Hippies. Todos en las lanchas colectivas. Están los que van tranquilos en su bote, remando, con sombrero. Y las lanchas privadas, los yates de gente con plata. Con la música muy fuerte, con pibas bailando en culo, tomando Campari. Tomando droga encima de uno. Pero nadie se fija. A nadie le importa. A nadie le parece ridículo. Todos ensimismados, pensando en sus propias cosas. Imaginándose cómo hacer que ese día sea el mejor de sus vidas. Ocupados en disfrutar todo, todo el tiempo, con intensidad. Porque la vida es corta, y hay que. Y no está mal. Ojalá fuera real que cada uno quisiera superarse todos los días. Pero después eso no pasa. Nos quedamos todos a mitad de camino.

Ayer pasaron los de Prefectura por el río. Dos veces. No iban relajados, tomando mate. Paraban a las lanchas, miraban adentro de los botes. Le preguntaban cosas a la gente. Tengo que tratar de no pasar por el río cuando hay luz.

Me duele una muela. Creo que tengo una caries.

A la noche te escribo, casi todos los días, desde que me fui. Traje el cuaderno y las biromes para eso. Para que quede un registro, para que

quede mi versión. Para poder seguir hablándote todos los días un rato. Porque, en definitiva, de algún modo, es igual que siempre. Igual que cuando estábamos los tres en casa. La diferencia es que hace unos días me escuchabas, y ahora ya no. Lo que se mantiene es que no vas a tener presente nada de todo esto. Por ahí a los cinco o seis años sí quedaría, pero ahora no. Quedan otras cosas: la presencia, la continuidad, la repetición. La superposición de sentidos. Pero no el sonido de la voz ni las palabras. Entonces te hablo acá, para no olvidarme yo. Para seguir sintiendo que estás ahí. Para tener la fantasía de que alguna vez volvamos a juntarnos. Y entonces te pueda decir viste, viste que me fui, pero seguí estando ahí.

Puedo dudar mucho de todo, pero de algunas cosas sigo convencido. Y eso me tranquiliza un poco.

Por ejemplo, sé que la historia cambia todo el tiempo. No lo creo. No lo supongo. Lo sé. Cambian las interpretaciones, pero también los hechos, porque el pasado no existe. Es una construcción que se puede remodelar, tapiar, derrumbar, restituir. Con el pasado se hace cualquier cosa, si hay un poco de voluntad. El pasado es narrativa, es ficción.

No estoy, y no sé qué cosas te van a contar. Qué historias, qué construcciones. Entonces escribo. Porque puedo, porque lo necesito. También porque tengo demasiado tiempo.

Pienso en Egipto y en los reinos de la Mesopotamia. Egipto era un país rico. Todos los años el Nilo crecía por las lluvias. Se desbordaba y regaba la tierra en los márgenes. Tenían un desierto enorme, en el que no crecía nada. Pero cerca del Nilo era diferente. No hacía falta que se esforzaran mucho: tiraban unas semillas y se sentaban a esperar a que el agua subiera. Todos los años. Siempre igual. En la misma época. Unos meses después recolectaban lo que el río les regalaba.

Los pueblos de la Mesopotamia, los sumerios, en cambio, no. Tenían al Tigris y al Éufrates, que eran ríos antipáticos. Difíciles de predecir. Cosechar algo era mucho más complicado. Entonces, se pusieron a pensar cómo hacer que el trabajo no fuera tan arduo. Inventaron las primeras herramientas. Descubrieron que el

metal se podía fundir y usar de diferentes formas. Para labrar la tierra. Para construir armas. Eso los envalentonó y los convirtió en un pueblo más ambicioso, guerrero. Terminaron yendo a Egipto a conquistar lo que los egipcios no podían defender. Fueron, conquistaron, muchos se quedaron a vivir ahí. Pasaron los años, las generaciones; pasó el esfuerzo. Después los egipcios conquistaron a sus conquistadores. Porque los guerreros se sintieron cómodos, a gusto en ese lugar nuevo. Entonces tuvieron hijos con egipcios, se mezclaron con ellos. Se fueron convirtiendo en egipcios también. Cada vez más. Hasta que se olvidaron de que sus padres, o abuelos, habían ido ahí para conquistar. ¿Conquistar qué? Nadie conquista lo que ya tiene.

Hoy pesqué una piraña. En el arroyo grande. O una palometa, o algo parecido. Es un pez muy lindo, pero qué miedo da. De unos treinta centímetros, con ojos brillantes, con dientes filosos.

Por momentos estoy de un humor horrible. No sé si por la caries o por todo lo demás.

Hace tres días que llueve sin parar. Hoy decidí salir igual, porque no aguantaba más. El arroyo chico estaba tan crecido que parecía el arroyo grande. El arroyo grande parecía el río. Hasta el río no fui, pero debía ser impresionante. Me apuré a volver porque me dio miedo que el agua siguiera subiendo. Que borrara el camino, que después no pudiera encontrar la forma de llegar. La casita está construida sobre unas columnas, y no se va a inundar. No desde abajo, por lo menos. Tal vez por las goteras, que son muchas. Pero en todo caso no tienen nada importante para mojar. Este cuaderno. Pero lo guardo bien. Lo escondo, por las dudas. Como si alguien fuera a entrar, a fijarse en él, a interesarse, a entender la letra. ¿La entenderías vos?

Hoy debe haber sido un gran día para ir y pescar.

Pienso en mami. Trato de pensar en mami, en perspectiva, años después. Aunque la perspectiva sea siempre mentirosa, llena de trampas. Es una estafa la perspectiva.

Mami tratando de asimilar que se le murió tu hermano. Su hijo. Su primer hijo. El único todavía.

Mami atravesando el duelo. Pero también un puerperio que dejó de tener destinatario.

Mami sufriendo en silencio, tratando de entender.

Mami con las tetas chorreando leche, sin saber qué se hace en esos casos.

Mami viendo cómo me iba alejando. Cómo me refugiaba en cualquier otra cosa. En el negocio. En libros. En porno, que miraba en la cocina. Como si ella no se diera cuenta. Como si no fuera obvio.

Mami pensando qué nos unía, más allá de la historia. Qué motivos había para seguir juntos. Ella con unos intereses, yo con otros. Ella con ciertos gustos, yo con otros. Aburriéndonos juntos. Poniendo cara de qué bien sí sí qué interesante cuando el otro hablaba.

Mami tomando blithemina para salir del pozo.

De algún modo es la historia de la humanidad. Dos personas se conocen, se enamoran. Esperan encontrar en la otra algo que creen que a ellos les falta. Que, a partir de ese momento, la falta no va a estar más. O va a ser menor, o menos dolorosa o, por lo menos, no tan visible. Y avanzan. Hacen cosas, crecen, generan proyectos, familias, empresas, modus operandi. Luego algo pasa. Algo mínimo, seguramente, que hace que el equilibrio desaparezca. Un poco de viento que genera el primer traspie. Que hace que tambaleen, y agiten las manos hacia los costados y hacia arriba. Tratando de seguir caminando por esa línea tan delgada encima del abismo. Qué difícil que eso no se convierta en un movimiento espasmódico, grotesco. Que termine en caída. A veces no es viento, sino algo que dijo alguien en la calle. Algo que comimos en un restaurante, un viaje, un hijo que se muere. Luego cada uno trata de posponer la caída como puede. Haciendo de cuenta que no pasa nada. Buscando a un amante. Yendo al bingo todas las noches. Escribiendo una novela. Ingiriendo pastillas. Conquistando el mundo. A veces eso ayuda. Sirve. Y el equilibrio se recompone, probablemente con reglas nuevas, tácitas. Y las cosas funcionan otra vez. Pero generalmente no, y alguno toma una decisión que astilla todo lo que queda.

La angustia es algo que viene con la experiencia. Cuando ya sabés qué es lo que puede pasar. Cuando te podés anticipar al trauma. A

veces es una medida preventiva, y la angustia te salva del horror. A veces no. A veces hay angustia porque los efectos del trauma resultan adictivos. Y queremos más, y más.

Por eso la blithemina, tal vez.

Una convicción: la plenitud es una cosa peligrosa. Anula. Miente. Nos saca las defensas. Nos deja en un estado de mansedumbre. Después vienen los que todavía tienen hambre y hacen lo que quieren con nosotros. Los sumerios vienen. No es que sentirse pleno me parezca mal. Ya quisiera yo, un poco, aunque sea, alguna vez. Pero la plenitud, como estado, como búsqueda, como

fin, es una aberración. Como cualquier cosa absoluta, tan rotunda, tan inoxidable.

Anoche se escuchó ruido de motor. Voces. No sé de dónde venían, porque inmediatamente apagué la luz y me quedé quieto. Sin moverme. Sin hacer un solo movimiento. Hasta que pasó. No sé si me están buscando a mí, pero me van a terminar encontrando igual. Tendría que irme. Demoré demasiado esperando a Flores, que no llega. Demasiada comodidad. Si es que puedo llamar cómodo a algo de todo esto. Demasiado miedo de seguir el viaje.

Microficciones Hugo Jensen

De enanos y otros cuentos

Un enanito subió al colectivo y estaba lleno de gente, todos apretados estaban y a la par estaba un hombre que se quería tirar un pedo(gas) y aguantaba por la gente pero ya no daba más y se larga nomás y quería disimular ante la gente y miraba para afuera y el enanito le tironeaba el pantalón y le decía amigo, amigo no lo busque ya lo tragó al pedo.

El gol

Una vieja y un viejo se fueron a juntar mistol la vieja se agachó y el viejo le metió un gol.

Pare la Moto

Una vieja se fue al cine después de comer porotos y la gente de atrás le decía por favor señora paré la moto.

El día que nuestra casa se vino abajo, mi madre y yo veíamos el televisor; una mujer japonesa se paseaba en un parque con una sombrilla multicolor. La hacía girar como si el artefacto tuviese vida propia. Ahí, sentadas las dos, escuchamos aquel estrépito indefinible que nos sumergió en una oscuridad total.

Mi madre había llegado temprano de su trabajo. Su patrona la había dejado salir antes porque era su cumpleaños. A veces pienso que mi madre limpió de obstáculos más caminos que pisos. Siempre andaba ayudando con lo poco que tenía, ya fueran unas monedas o una palabra que nunca estaba de más. Los días previos al derrumbe, había estado lloviendo con esa lluvia ligera y pertinaz que engaña porque es translúcida. Yo me dejaba abrazar siempre por esas gotas livianas, eran como un apapacho para la piel.

Cuando cayeron los muros y el techo, entendí el significado de la palabra “oscuridad”. “Penumbras” parece ser una palabra que me remite a un grado mayor de oscuridad. La nada estaba frente a mí. El vacío me susurraba al oído a cada instante. Solo un muro quedó en pie, se sostuvo de una viga que parecía impedir su caída. Sin embargo, ya nuestra humanidad estaba comprometida con todo ese peso. Parecía imposible que alguien pudiese sobrevivir. El polvo me entró por completo a los pulmones, pero una luz delgada como de una lámpara diminuta, tintineaba a lo lejos.

Cuando mi madre cumplió diez años trabajando en casa de los señores Arriaga, le regalaron un viaje para que ambas fuéramos tres días a Acapulco. Siempre quise ir a la playa. Imaginaba que el mar era tan fresco como una ducha alegre de mañana. Pero el mar era un gigante inmenso que no tenía fin ni tenía principio. Aquel día me metí a sus aguas con una sensación de miedo y prudencia, sus olas me golpeaban y yo regresaba de inmediato atemorizada. Mi refugio fue la arena de la playa, ahí construí un enorme muro que me protegía del ir y venir de las aguas saladas.

El muro que cayó sobre mí, dejaba libre un espacio minúsculo por donde intentaba buscar a

mi madre, todo parecía indicar que se había desmayado. No quería considerar la palabra “muerto”. ¿Había muerto? No. Mi madre no podía morir, ella tenía que vivir, había vivido siempre por encima de toda circunstancia, ella era la sobreviviente.

Mi madre sobrevivió a la soledad cuando mi padre se fue buscando una quimera. Se fue pensando que todo se podría resolver después. No conocía a mi madre, no conocía a su mujer. Y cuando quiso volver, yo la vi levantarse sobre esa falsa hombría pretensiosa y señalarle la puerta de la casa. A mi corta edad, nada de lo que estaba sucediendo tenía sentido. Mis ojos se llenaban de lágrimas las primeras noches luego de su ausencia, pero mi madre se ocupaba de distraerme haciendo que mi fuerza fueran sus palabras. Las mismas que resuenan aún más allá de mi propia realidad.

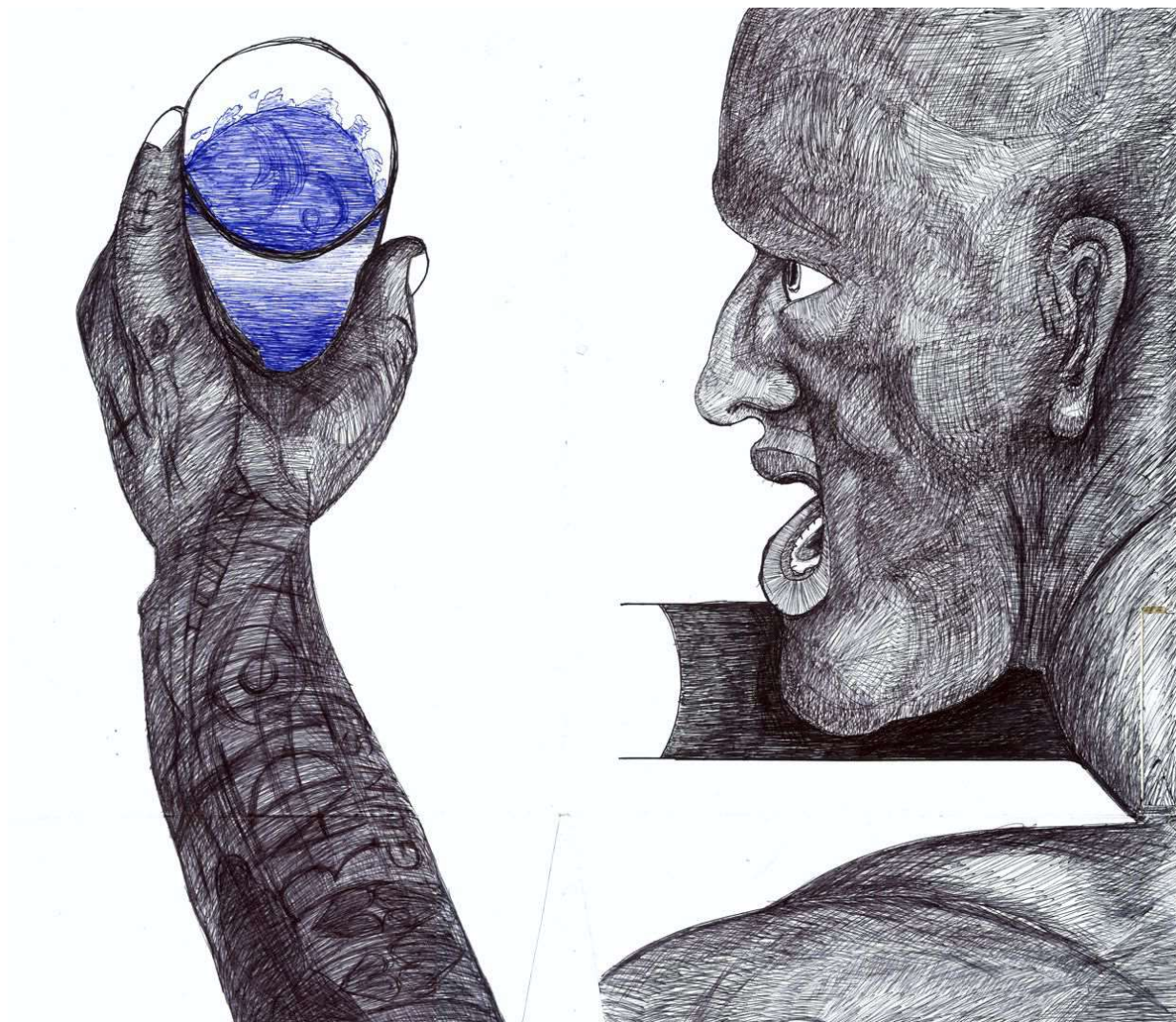
Lo más difícil de estar enterrada con vida, es que la respiración comienza a dificultarse. Mientras los pulmones luchan por renovarse, el corazón se debilita por la opresión, sin contar que al menos un par de huesos se han triturado. El permanente olor a gas me hacía difícil la labor de permanecer consciente. Sabía del peligro, pero ahora el mayor peligro radicaba en la dificultad para llenar de oxígeno limpio mis pulmones.

Una noche mi madre lloraba escondida en su habitación, como ahora lloro yo. Cuando la descubrí simuló que estaba lastimada de un pie. Se levantó de un jalón y comenzó a renguear, como si todo ese teatro fuera a convencerme de que el dolor que sentía no era de afuera sino de adentro. A veces uno necesita llorar, no importa si se llora adentro o afuera.

Acá de este lado la vida es breve, se va en un abrir y cerrar de ojos. Por cierto, mis ojos están cansados y no veo más la diminuta luz que antes podía ver. Mis ojos pesan y se sienten cargados. Dejé de llorar hace rato, porque mis lágrimas convertían en lodo cada centímetro de tierra que llegaba a ellos. “Madre”. Grito en mi interior, con la esperanza de encontrarla en el silencio. “Madre, ¿sigues aquí?” Nadie, ni siquiera el silencio me contesta.

Un día me perdí, y ella pasó toda una noche buscándome. Me refugié del otro lado de la ciudad, el temor de no ser encontrada me abrumó. Nunca supe cómo lo hizo, pero dio con mi paradero sin la ayuda de nadie. Esa noche conocí la ausencia total.

Ya no alcanzo a distinguir si la lluvia que está cayendo, moja la casa en ruinas, o está mojando el ataúd donde ahora me han puesto. Solo lamento que toda esta gente que ha venido a mi entierro, tenga que sufrir los estragos de esta terrible tormenta. Solo lamento que las lágrimas de mi madre, se confundan con las gotas de agua que en otros tiempos sabían cómo abrazarme...



Primeros pasos por la microficción o microrrelato

Manuel Serrano

Hace casi un decenio me acerqué de casualidad a un género que me atrapó: microrrelato, microficción, ficción mínima, nanorrelato, etc., etc., etc. ..., como dicen los entendidos, lo principal no la denominación sino el contenido. Digo de casualidad porque no lo conocía. No te extrañes, hay lectores que todavía desconocen este tipo de literatura. Tras intentar escribir algo largo con sentido, y encontrar cientos de miles de pegas, deseché la idea. Conste, que como buen aprendiz de escritor inicié varios proyectos que siguen durmiendo el sueño de los justos... Bien, volvamos al micro. Una amiga me dijo: esto es lo tuyo. Y me lo creí. Por eso comencé a escribir con el total desconocimiento. Y pensé que lo hacía bien. Me quedaban resultones y divertidos, sobre todo divertidos: la mayoría eran chistes sacado de mi memoria. También me salían bien los dichos y los refranes adaptados.

Y comenzó el calvario, es decir, la revelación: encontré referencias de una escritora que quizás os suene: Ana María Shua. Si no os suena, que os suene. Esta argentina es mi mascarón de proa y de ella sigo aprendiendo cada día. Ni que decir tiene que desde ese momento comencé a investigar sobre microficción o microrrelato, como me gusta llamarlo. Leí teoría y práctica del microrrelato, tesis doctorales, artículos de referencia y de cada uno salían varios autores a los que leía con avidez. No quiero citar por no olvidar a ninguno.

Uno de los canales de nutrición de mi avidez lectora fue la biblioteca virtual de Ciudad Seva. Increíble la labor de López Nieves en la recopilación de todo tipo de literatura. Es un pozo interminable de donde se puede y se debe beber.

A parte de estas notas, he de decir que he publicado dos libros físicos de microrrelatos (uno en Argentina, como resultado de un primer premio en una convocatoria y otro en España) y cientos de participaciones en diversos medios digitales de España e Hispanoamérica.

Solo quería dejar constancia de que este género es una maravilla que, no por escaso en palabras es menos impresionante.

Quizás alguien se pregunte por qué me gusta este género. Sencillamente porque me gusta el lenguaje y jugar con el lector, ser cómplice de él, ponerle en la situación de ser coautor del relato, de que tenga que inferir datos, tener conocimiento previos afines a los míos. Es decir, completar lo que le estoy proponiendo. Y me gusta la metalingüística.

Ahora os dejaré unas pocas muestras de los que hago y de lo que sigo aprendiendo. Ah, se me olvidaba, tengo más de 1500 micros.

Os dejo uno con la misma estructura que uno famoso, **El emigrante**, del escritor mexicano Luis Felipe Lomelí.

— ¿Olvida usted algo?

— ¡Ojalá!

Si alguien quiere profundizar en estas 4 palabras, hay literatura sobre su significado.

VOCABULARIO

— ¿Es usted escéptico?

— Depende.

Ahora uno un poquito más largo:

EL RICTUS

Tenía un rictus hierático que nunca perdía. Un día intentó sonreír y se le rompió la cara.

Y para terminar otro:

EL PREDICADOR

Los esquimales miraban extrañados al loco de la cruz que les decía: "quien esté libre de pecado que tire la primera piedra".

Hasta aquí la reflexión de un aprendiz de escritor de micros. Esto solo es una avanzadilla, si queréis que continúe la saga, lo haré con gusto.

LA VISIÓN

Leí toda la tarde. Antes de encender la luz oí llover. Me encanta el sonido y el aroma tierra mojada. Además, el tráfico disminuye y la música llega más diáfana. Y ver cómo se lava la ciudad es un gozo. Frente a mi ventana hay un parque. En un banco, bajo una de las farolas, ya encendida, vi a una señora con un carrito de bebé. De pronto sacó al niño, le quitó la ropa y se puso a enjabonarlo y lavarlo bajo la lluvia. Me puse los zapatos, el paraguas y muy indignado me dispuse a ir a cuidar de ese pobre bebé que seguro que lloraría aterido de frío. Bajé a grandes trancos las escaleras. Cuando llegué a la calle, el suelo estaba seco, la calle desierta, la farola apagada y el banco vacío. No me lo creía. Me acerqué al lugar donde había visto a la señora y el bebé. En la polvorienta tierra vi las rodaduras del carrito marcadas en el barro seco.



Quisiera tener el poder para evitar que la lluvia, que cae todos los días, se lleve la tranquilidad del campesino, que le pide al Señor que el agua sirva de sustento para sus sembríos, que no se lleve lo que el campo puede producir para llenar el estómago de toda la familia. Eso es lo que piensan los campesinos, independientemente, del lugar que se encuentren, cuando tienen que ver una tormenta, con la incógnita de lo que pasará al final.

Eran las 6 de la mañana, cuando acostumbran a desayunar, para ir a cuidar las plantas que estaban naciendo, que habían nacido y otras que ya estaban por producir frutos, como el maíz, porque tenían que quitar la mala hierba que hacía daño a las plantas que daban frutos para la familia, y lo que sobraba, cambiaban con otros para tener variedad para comer.

De pronto empezó a llover, y el ambiente era de eso cuando se acerca una tormenta y hay que guarecerse bien para no mojarse, probablemente los campesinos pensaban que deberían ir más tarde a sus labores porque todo el terreno, incluso los caminos estarían mojados, aunque, en esos sectores, a todos les gusta el olor de la tierra mojada.

Don Rodrigo, uno de los campesinos de la comarca, miraba cómo la lluvia caía sin parar, quería salir corriendo a tapar los sembríos, pero eso era imposible, no el salir corriendo, pensaba, sino cubrir el campo para evitar que la tierra se llene de agua y los sembríos sucumban a tanta humedad. Se veía triste, sumido en sus pensamientos, mirando hacia afuera de la vivienda, sin quitar la mirada de su terreno, pequeño pero suficiente para sembrar lo que necesitaban.

Su esposa Griselda, se había dado cuenta del estado de ánimo de su esposo Rodrigo, no sabía cómo llegar a él, para decirle - que Dios le ayudará con los sembríos. Finalmente era una familia dedicada y creyente. Pero su corazón, de igual modo, se entristecía pensando en que el resultado de las lluvias podría ser un desastre y perder los sembríos como pasó en el año 2012, que llovió sin

parar por varios días, arrasando todos los sembríos del sector, siendo un período de hambruna y desesperación, que vivieron su esposo y ella, por fortuna no tenían hijos en ese entonces, ahora las cosas serían peor, porque ya habían tenido dos hijos, Felicia de 10 años y Herber de 8 años, que también tenían que ir a la escuela estudiar y nadie podía salir.

En el fondo de su alma, doña Griselda, buscó la forma de abordar a su esposo, y cuando lo hizo, le dijo – Rodrigo, sé que el temporal te hará meditar mucho en los sembríos, pero pídele a Dios que no pase nada de lo que pensamos, porque algo pasará y nos reiremos porque solo será un susto, nada más.

Don Rodrigo regresó su mirada a los ojos de su esposa Griselda y le dijo – si supieras que a cada minuto le pido al señor que nos ayude, porque nosotros hemos puesto el esfuerzo necesario y solo esperábamos que los frutos se den para alimentar a nuestra familia, pero si sucede un desastre, padeceremos de hambre, no solo nosotros, tú y nuestros hijos, sino también los animalitos que tenemos y que también nos ayudan con el alimento; por ejemplo: la vaquita nos da leche, las gallinitas nos dan huevos que usamos para el desayuno para ti y, nuestros dos hijos y yo.

Don Rodrigo, continuó diciéndole a su esposa - ¡dime! qué pueden comer para producir lo que acostumbran, será un efecto para todos los del pueblo, porque igual se dañarán las cosechas, y nosotros no tenemos mucho guardado como sé que otros lo han hecho, ellos resistirán un posible daño a los sembríos, donde nada se produzca.

Don Rodrigo siguió posado frente a la ventana, desde donde podía ver su terreno que cada vez se iba inundando, porque la lluvia continuaba cayendo fuertemente, como si quisiera que los terrenos de la comarca se anegaran, para que nadie salga a visitar sus propiedades a ver morir lo que habían plantado.

En unos terrenos de distintos dueños, se miraba cómo las plantas de maíz, se movían como queriendo salir corriendo, porque se sentían acosados por la lluvia, en otros casos que la

siembra era de plantas más pequeñas como la papa, ya no se veían porque el agua había rebasado su estatura, que no era más de 40 centímetros; todo parecía que se iba a inundar, incluso la casa que estaba un poco más alta, pero igual se sostenía a pesar de la fuerte lluvia y el viento que pasaba silbando con alegría o furia, porque tenía que moverse a todos lados.

Cada uno de la familia, hacía lo que debía, doña Griselda en la cocina, preparando el desayuno para los cuatro, los hijos preparando sus cuadernos para ir a estudiar, y don Rodrigo, parado frente a la ventana, enmudecido por la pena de perder todo lo que, con tanto esfuerzo había sembrado.

Don Rodrigo, que cada mañana hacía lo mismo, hoy no podía salir a buscar la hierva para los animales, una veces cortaba la alfalfa fresca para la vaca y el burro, pero a las gallinas había que darles maíz o dejarles salir para que busquen su comida escarbando la tierra donde encontraban gusanos y para ellas era un festín, hoy las cosas no eran las mismas, todos estaban paralizados, el burro y la vaca estaban en un espacio techado pero el agua también se había empozado y ellos estaban parados en el agua, las gallinas en el soberado de la casa y estaban bien, aunque se supone con hambre.

Se sentaron a la mesa y desayunaron, cada uno ensimismado, probablemente, pensando en qué pasará con sus actividades cuando la lluvia pare y se vena los efectos. Los hijos pensando en cómo ir a la escuela en esas condiciones, pero don Rodrigo y doña Griselda, se veían más inquietos. Pero la mesa era siempre una festa porque sabían que es un milagro tener para comer, estar dentro de una casa, aunque no sea lujosa, tener dónde dormir y despertarse, era un milagro que cada día agradecían y don Rodrigo lo sabía y enseñaba a su familia a dar gracias al Señor por todo ese privilegio, porque sabía que en el mundo hay gente que no tiene nada.

Don Rodrigo, inquieto se levantó de la mesa, cosa que no acostumbraba porque creía que cuando uno se levanta de la mesa es porque todos están listos para hacerlo y una en mesa, mientras

todos no hayan terminado, hay que permanecer en ella. Sin embargo, corrió a la ventana, la lluvia había calmado su intensidad, pero, de todas maneras, era un espejo su terreno, porque estaba inundado.

Regresó a la mesa, se sentó y vio que su familia, lo miraba con esa mirada de interrogación, y no dijo más que sigamos desayunando y disculpas por haberme levantado por unos momentos. Don rodrigo, comentó que la lluvia era menos y hasta el ruido en el techo se había calmado, y les dijo – esperemos y pidámosle al Señor que cada uno podamos hacer lo que nos corresponde.

El desayuno fue uno de esos con más calma que lo normal, porque nada sacaban poniendo prisa, ya que no podrían salir como acostumbraban, había que tener paciencia y en todo el pueblo había pasado lo mismo.

Eran las 7 de la mañana, terminaron de desayunar, por tanto, cada uno llevó sus platos a la cocina que era un mismo espacio, dieron gracias a su madre y regresaron a lo que estaban haciendo antes del desayuno.

De pronto, don Rodrigo grito – ya paso la lluvia y salió corriendo al patio de la casa, miró a los animales que estaban tranquilos, el agua había sido absorbida por la tierra y las gallinas cacareaban, como cada mañana lo hacían y salía, talvez pidiendo de comer.

Don Rodrigo viendo eso, salió fuera de la casa, era cierto estaba mojada la tierra, pero el agua ya no estaba inundando los sembríos, todo había sido absorbido como que por un río se hubiera ido a otro lado, las plantas estaban mojadas, pero parecían contentas por la lluvia, porque se sentían fortalecidas.

Don Rodrigo, regresó a la casa, y grito – esto es un milagro, porque llovió copiosamente y todo estaba inundado, pero en estos momentos, no sé, qué pasó, porque parecería que hubo una simple lluvia, nada está dañado como pensaba. Don Rodrigo y su familia agradecieron al Señor porque todos podían hacer lo que debían.

— ¿Te imaginas que nevara, mamá? ¿No sería maravilloso? Le pondría su bufanda a “Sito” y saldríamos a jugar en la nieve. Él siempre ha tenido ganas de verla, pero nunca ha podido —dijo la pequeña Sofía mientras abrazaba con fuerzas a “Sito”, su pequeño oso de peluche—. Ni yo tampoco.

La añoranza casi desbordante podía leerse en sus ojos mientras los gélidos vientos arremetían contra las ventanas de su casa.

Por encima de los fuertes silbidos de la furiosa ventisca, la conversación continuaba dentro de las paredes que conformaban su hogar.

— ¿Se puede, mami? ¿Podemos hacer nevar?

— Incluso hay cosas que ni las brujas podemos hacer, cariño— respondió su mamá, mientras se inclinaba para acariciarle la mejilla —o, mejor dicho, que aunque podamos, no debemos hacer. Ni es la temporada, ni es el lugar. No ha nevado en la zona desde hace más de 400 años, y no sería muy correcto de nuestra parte hacerlo, sólo porque el pequeño Sito tiene ganas de jugar con la nieve, ¿verdad? —La pequeña bajó la mirada para ocultar su decepción—. Anda, dame un beso y a dormir, que se ha hecho tarde y mañana hay que levantarnos para ir a la escuela.

—Sí, mami— contestó una resignada Sofía. Acto seguido, le dio un beso a su mamá y, tomando a su pequeño oso del bracito izquierdo, marchó escaleras arriba en dirección a su habitación—. ¡Vamos, Sito! ¡Tú también tienes que dormir!

Ya en su habitación, tras haberse puesto su pijama y entrado a la cama, el soliloquio continuó por algunos minutos debajo de las sábanas: «Yo sé que mamá tiene razón, Sito, pero de verdad me gustaría ver nevar. ¿Te imaginas? Me pondría mi abrigo y a ti te pondría tu bufanda para que no te resfríes, y saldríamos a jugar y a hacer muñecos de nieve, y construiríamos un castillo, y haríamos una guerra con bolas de nieve, y le pediríamos a mamá que nos hiciera un trineo; porque eso sí que podemos hacer las brujas, ¿verdad? Un trineo no le hace daño a nadie. Sería muy divertido. Yo sé que tienes muchas ganas de ver nevar, pero ya

escuchaste a mamá, no podemos ni debemos. Además, yo tampoco sé cómo hacer que caiga nieve. Pero, ¿te imaginas que ocurriera? Sería maravilloso...»

Esa noche, después de poco más de 400 años, la ciudad se volvió a cubrir de nieve. Una nieve de un color rosado como nunca se había visto y con sabor a helado de fresa.

Las escuelas cerraron ese día y Sofía, fiel a su palabra, aunque sin saber cómo se habría podido obrar aquel milagro, la pequeña Sofía se puso su abrigo, le colocó su bufanda a Sito y, tras agradecerle a su mamá por el trineo que había hecho para ellos, salió a conocer la nieve, sin dejar de preguntarse qué había ocurrido; estaba segura que su mamá no había sido, puesto que siempre había sido muy cuidadosa y respetuosa en el uso de la magia, y ella tampoco lo había hecho.

Mientras construía su pequeño castillo de nieve se decía a sí misma que ese día Sito tenía una sonrisa cómplice muy extraña....

Beber Tejuino genera momentos glamorosos, instantes de indulgencia que cada quien se permite vivir y disfrutar con otros. Espanta las olas de calor, cura bochornos, arropa a crudos y revive muertos. Simplemente se trata de conectar, compartir y degustar.

Del náhuatl tecuin, "latir el corazón", es una bebida fermentada de maíz originaria del estado de Colima y que consumen diversos grupos étnicos de Jalisco, México en menor proporción, en el sur.

Crear una buen Tejunio requiere, además de buena materia prima, conocimiento, experiencia, y práctica. El proceso de elaboración de la bebida varía de un grupo étnico a otro, aunque generalmente se hace con granos de maíz germinados en la oscuridad, que son molidos en metate y cocidos en suficiente agua durante varias horas hasta obtener un atole amarillento que, una vez frío, se cuele. El líquido recuperado se vacía en olla tesgüíneras, se le adiciona el catalizador o fortificador y se deja fermentar de 1 a 10 días o más.

La experiencia al beber Tejunio genera un sismo cultural en las papilas gustativas de cualquiera, porque de alguna forma te marca para siempre. Otras bebidas se degustan bonito, del tejuino pides dos para llevar.

El tejuino es mestizo y es una bebida refrescante que también se encuentra en Guadalajara, Mazatlán y La Paz entre otras ciudades. Aunque también se hace con maíz germinado, a este se le agrega piloncillo o azúcar.

Quienes lo preparan intentan mantener inalterables los procesos de producción en búsqueda de pureza, calidad, sabor y textura, entre otras cosas. Equilibrados en la carga alcohólica y la acidez; aromáticos con buen postgusto, y poseen una personalidad afable y tan elegante como su reposo lo permita.

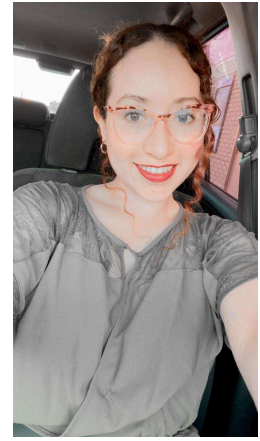
Es justamente en este punto donde las reglas se rompen con respecto a otras bebidas porque el Tejuino implica equilibrio en color, acidez, cuerpo y aroma.

No es la bebida, es el contacto con el origen, la embriaguez que provoca el colorido y la inocencia de refrescar el cogote. Así se bebe el Tejuino. Y pídale quemadito, así sabe más rico.



Letras, romance y cafeína

por Karina Condado



La biblioteca de la medianoche

La superación personal y la salud mental comúnmente son pasadas por alto, el pasar por algún duelo, dolor o decepción no es razón suficiente para estar decaído en una sociedad que espera sigas un camino establecido a la felicidad. En cambio, en “La biblioteca de la medianoche”, una novela de ficción filosófica escrita por el autor y periodista inglés Matt Haig nos hace cuestionarnos, durante 330 páginas, sobre los arrepentimientos, oportunidades y la vida misma. Si antes de morir tuvieras la oportunidad de conocer cómo hubiera sido tu vida tomando diferentes decisiones en ciertos puntos, ¿te gustaría averiguarlo?

La historia se desenvuelve rápidamente en las primeras 40 páginas, presentándonos a Nora Seed, una mujer de 35 años empleada en una tienda de música en su pueblo natal: Bedford, Inglaterra. Durante los primeros capítulos, el escritor nos hace ver todos los arrepentimientos de la protagonista: el no haber decidido seguir en la natación, no estudiar glaciares, no continuar con la música y la relación inexistente en el ámbito amoroso y familiar. Todo el panorama de su vida, junto a un lenguaje muy metafórico y capítulos cortos hacen que sea muy fácil empatizar con el personaje, entender el por qué de su soledad e incluso sintiendo que durante esas páginas no había una manera positiva de ver las cosas o alguna salida en la que su destino pudiera cambiar.

Es entonces que tras un desesperado intento de terminar con su vida, Nora **llega a la biblioteca de la medianoche**, esa representación de que el limbo es el lugar

donde se da la oportunidad de explorar otra de sus vidas y decidir si los arrepentimientos a los que tanto les sufría habrían valido la pena cambiarlos. Conociendo cómo es que una simple decisión diferente podía afectar su entorno, su salud e incluso de manera indirecta a las personas que la rodeaban.

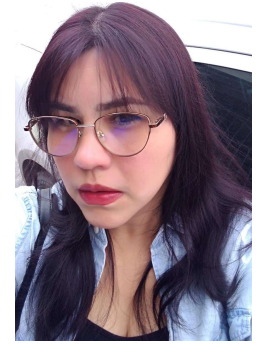
Capítulo tras capítulo el personaje llega a desarrollarse de tal manera que la pregunta inicial también evoluciona dejándonos con la duda de que, sin importar las decisiones ¿se llegaría al mismo resultado emocional? ¿La vida raíz, aquella sin cambios, depende de la manera en que se vea y no tanto sobre las causas externas? ¿En verdad vale tanto la pena estancarse en los arrepentimientos?

Haig sin duda nos hace replantearnos por completo nuestra manera de pensar y siembra la intriga de si Nora podrá llegar a verlo de la misma forma.

Matt Haigh. *La biblioteca de la medianoche*. Madrid. Alianza Editorial, S.A.
Año de publicación: 2021. 330 páginas

Lectores somos

por Estrella Gracia González



François-Marie Arouet y *Cándido*

¿Cuál es el libro que ha marcado tu vida? Es una pregunta muy común y debo decir que el libro que me atrapó en cuanto lo comencé a leer y, que hasta el día de hoy considero mi máximo, inicia así: “Había en Westfalia, en el castillo del señor Barón de Thunder-ten-tronckh, un joven a quien la naturaleza había dotado con las más excelsas virtudes. Le llamaban Cándido, tal vez porque en él se daban la rectitud del juicio junto a la espontaneidad de carácter”.

La descripción del joven me conmovió y más cuando de manera injusta fue echado del castillo. ¿Cómo va a sobrevivir un joven de esas características en un mundo lleno de tragedia y crueldad? Pensé y continué su lectura hasta el final.

El 1 de enero de 1759 en Ginebra, se publicó por primera vez *Candide, ou l'Optimisme* (*Cándido o el optimismo*) escrito por François-Marie Arouet o Voltaire, como él mismo se dio a conocer con dicho seudónimo. Voltaire, fue filósofo, escritor e historiador y dejó a medias sus estudios de abogacía, pues siempre pretendió ser: «un hombre de letras» como dijo a su padre. Sus obras ocupan cincuenta volúmenes en los que se incluyen teatro, poesía, historia, diccionario filosófico, narrativa, entre otras y entre sus obras más destacadas podemos encontrar: *Edipo, el fanatismo o Mahoma y tratado sobre la tolerancia*.

François-Marie Arouet, fue un hombre amante de la literatura y desde temprana edad se codeó con intelectuales y personas de la aristocracia. Sus deseos por transmitir sus ideas y escribir su crítica política y religiosa le trajeron conflictos que lo llevaron a la cárcel y al destierro, cosa que lo hizo reflexionar acerca de la marcada división entre los privilegiados (nobleza y clero) y el pueblo. En su exilio, mientras radicaba en Gran

Bretaña, aprovechó para aprender inglés y socializar con la elite literaria, científica e intelectual; y es ahí donde la orientación de su pensamiento aterrizó. «ojalá imitemos a los ingleses, que son desde hace cien años el pueblo más sabio y más libre de la tierra» dijo. En sus escritos, Voltaire mostró ser un defensor del derecho de la justicia y creía que todos los hombres debían ser iguales ante la ley.

Cándido o el optimismo es una novela satírica que después de 264 años de haber sido escrita aún sigue vigente, pero ¿por qué? Bien, es una novela que reprocha la siguiente frase de la filosofía leibniziana: “El mundo en el que vivimos es el mejor de los mundos posibles”.

Inconforme con esta expresión simplista del ensayo sobre la teodicea de 1710 del filósofo alemán Gottfried Leibniz, François, se arrojó escribiendo esta sátira contra ella, contra el clérigo, la nobleza, los reyes y los militares.

Cuando Cándido es expulsado del castillo se encuentra con un sinfín de calamidades que lo llevan a emplear el optimismo y se refugia en las enseñanzas de su maestro el personaje Pangloss quien dice: “todo va de la mejor manera, en el mejor de los mundos posibles” y así, Cándido sale de una situación y entra a otra donde la desdicha y la tragedia se hace presente una y otra vez; el mal abunda en el mundo y el optimismo no es mas que una efímera idea.

Militares que abusan de su poder, el clero sediento de almas fanáticas, la desigualdad social, son problemáticas que ocurrían hace mas de 264 años según Voltaire, pero... que, en la actualidad, ¿no vivimos la misma situación? ¿Qué ha ocurrido con el optimismo? En verdad ¿*el mundo en el que vivimos es el mejor de los mundos posibles?*

Cuando pareciera que en el mundo por fin se respira el viento de paz, una nueva ola de violencia se desata; ciudades enteras tienen que abandonar sus lugares de origen perdiéndolo todo. Personas que migran tienen que dejar a sus seres queridos hasta donde su fuerza les permitió, civiles inocentes terminan mutiladas por la avaricia de sus gobiernos, guerras interminables entre grupos religiosos por su eterno fanatismo. Quizás el optimismo nos dice que las nuevas generaciones traerán el cambio, pero la historia se repite.

La historia de la crueldad yace en tinta en los libros que permanecen mudos en las librerías o en las bibliotecas, y pocos se atreven a leer. Estamos condenados a mirar hacia el futuro sin hurgar el pasado para aprender de él. Voltaire, escribió en 126 páginas, una novela en donde, si conocemos parte de la historia de él, se puede apreciar que plasmó ligeramente algunas de las desventajas que en algún momento de su vida le ocurrieron, aunque también nos dejó una fotografía fiel de la época. Y cabe mencionar que a pesar de que François-Marie Arouet escribió contra la religión, él no era ateo, solo un hombre respetuoso de pensamiento y promotor de los valores civiles, de la tolerancia y la libertad frente a todo dogmatismo y fanatismo.

¿Cuál es el libro que ha marcado tu vida?



Nadie es más que nadie, somos lo circular

Somos la memoria que tenemos y la responsabilidad que asumimos. Sin memoria no existimos y sin responsabilidad quizá no merezcamos existir.
José Saramago

Cuando estudiaba mi instrucción primaria acudí a una escuela pública en la que todo era muy accesible en cuanto a la forma, pero en el fondo nos convertíamos en seres diminutos que luchaban contra Gulliver¹ disfrazado de la profesora. Hoy a años luz de distancia se ha generado un proceso de enseñanza – aprendizaje donde aquel que está al frente no siempre lleva la batuta, ha sido difícil, lo sé, pero poco a poco se va mostrando que colaborar en equipo es una de las herramientas que mejor sienta a los grupos.

El aprendizaje colaborativo es el resultante de un proceso comunal, en el que un grupo de seres humanos (el número no importa, puede ser de dos o más) pone en acción el aprender entre unos y otros; entender que se puede estar en un recinto formal, o bien, en la calle o en el ciber-espacio. Colaborar para aprender desmitifica la idea del individualismo y potencia el sentido comunitario. Un ejemplo de esta práctica son los foros temáticos en alguna plataforma o en algunas clases donde se fomenta la aceptación de miradas distintas para tener diversas perspectivas.

Cuando se es docente y se mantiene una diferencia de edad con el estudiantado se pueden generar procesos de violencia,

entendiendo lo que menciona la Dra. Carina Kaplan ...[L] *la escuela es productora de subjetividad, fabrica sujetos, es una institución pública que ayuda a construir nuestra identidad, por eso es una institución fuerte, nos deja marcas, ya sea positivas o negativas...*² pero como profesorado se quiere que aquellos que están en el aula vean la vida con nuestra mirada, y eso, es imposible, podemos ayudarles a ponerse diferentes lentes, pero cada uno mantendrá su propia visión, una visión a su realidad.

Si pensamos que los procesos educativos tienen su centro ahora en las Tecnologías de la Información (TIC'S) nos enfrentamos a un proceso violento para aquellos profesores que se niegan a reencontrar nuevas formas de transmisión de conocimientos, y muchas veces no por capricho, sino por una cuestión generacional donde no se perciben como necesarias u oportunas. En la actualidad se requiere que la comunicación entre los miembros de la comunidad virtual sea constructiva y propositiva (educación a distancia³) Pero, ¿cuál es el rol del docente en esta práctica? El profesorado es determinante en los quehaceres del aprendizaje en general, pero en cuanto se pone en marcha el

1. Gulliver, Lemuel es uno de los personajes creados por el autor irlandés Jonathan Swift en su novela clásica Los viajes de Gulliver. Gulliver al sufrir un naufragio llega a una playa donde los habitantes miden alrededor de 15 cm. convirtiéndose en el gigante.

2. <https://www.gob.mx/upn/articulos/la-violencia-como-un-dolor-social>

3. Es la innovadora forma de aprender y enseñar, nos traslada de una clase tradicional y presencial al mundo digital.

aprendizaje colaborativo debe tener claro que su ser solo es un estado de generación de empatía, solidaridad y tolerancia a los puntos de vista discrepantes en una comunidad. El o ella estarán monitoreando cómo es que ese grupo está creciendo en cuanto un tópico y de qué manera podrían mejorar en su desempeño grupal. Atrás quedó el protagonismo; y es que todos y cada uno de quienes integran ese espacio son importantes y necesarios.

Entender la violencia es complejo, ya que ésta sólo puede ser medible cuando es física, pero en procesos psicosociales implica un sentido multifactorial, según la Organización Panamericana de la Salud la violencia es *el uso intencional de la fuerza física o el poder real o como amenaza contra uno mismo, una persona, grupo o comunidad que tiene como resultado la probabilidad de daño psicológico, lesiones, la muerte, privación o mal desarrollo*. De manera semántica impacta la definición, pero sacude aún más cuando pensamos en el recinto escolar, donde la violencia se ejerce muchas veces sin percibirlo por parte del violentador o el violentado. Diversos teóricos han trabajado en torno a este concepto (Jean Claude Chesnais, Otto Klineberg, Hannah Arendt entre otros) entendiendo que construir una definición teórica única sería osado, porque como bien anotaba Ludwig Wittgenstein sólo en el uso encuentra la proposición su sentido, es decir sólo cuando se nombra en un espacio específico se podrá entender la palabra.

Formar parte de una comunidad educativa me ha hecho sentir siempre un ser con privilegios, esto lo comento porque sé que varios individuos no pueden acudir a instruirse, aunque lo deseen. Sí, soy afortunada, porque además he vivido estos mundos en donde sólo era el profesor y su clase, y el otro, donde todos somos todos. He transitado de los exámenes elaborados con esténciles en mimeógrafo a los exámenes abiertos y en línea. Nunca imaginé en aquellos primeros años escolares que una revolución digital⁴ me alcanzaría y que podría estar aprendiendo al mismo tiempo con otros seres en otro lado del planeta; esto es quizá sólo uno de los beneficios que ha aportado la educación a distancia en mi formación profesional, he podido impartir talleres de poesía y saber comunitario con

4. La revolución digital es una transformación que ha experimentado nuestra sociedad con las tecnologías de la información.

Noveno Piso

por Sandra Galarza Chacón



El crucificado

Previo a la celebración de semana santa, el pueblo fue testigo de un milagro. Cristo descendió de la cruz. Medio pueblo se abalanzó con plegarias y, de rodillas, recorrió las calles sin nombre, alabando a Dios. La otra mitad del pueblo no creía en milagros.

Una voz gruesa se escuchó entre la multitud: Él debe ir a la casa principal de Dios.

Un domingo de ramos Cristo fue aclamado por el pueblo, a la siguiente semana desapareció.

Aquella noche la boa enroscó a su nueva víctima. El crucificado se dejó llevar, no reclamó y tampoco dijo palabra alguna. Sólo Primitivo dijo: “Señor. Bendito Dios. Libérame de este infame en su última muda”. Al mirar los ojos de la imagen vio sus lágrimas. Aquella alma comprendió que pronto llegaría su liberación.

El coludo respondió: Basta, Primitivo. Debo liberar a mi ejército de este palo viejo.

Con una fuerza descomunal lo arrastró por los caminos vecinales. El coludo lo abandonó en el margen izquierdo del Río San Pablo. Ahí decidió vestir nuevamente la sotana estaba retrasando su llegada a la casa parroquial. Podía mirar a lo lejos los juegos pirotécnicos. Debía avanzar con prisa.

El crucificado esperó varias horas, antes de poner sus pies en la tierra. Había decidido esperar a que llegara la noche. Avanzaba con dificultad por el barro pues los clavos no le permitían ir con rapidez. Una larga temporada pasó el crucificado. las inclemencias del tiempo hicieron mella en la imagen. Una plaga de comejenes carcomió la estructura de madera.

A los quince días de este extenuante transitar se recostó esperando lo peor, era Viernes Santo. Sin darse cuenta había buscado refugio en el basurero local.

Cuando Antonia lo encontró había perdido parte de la pierna y el rostro estaba desfigurado, le faltaba un ojo.

Antonia soltó la olla de fanesca que llevaba para los pobres. No entendía por qué Dios le había traído por los matorrales. Ahí no había ninguna alma necesitada, solo un palo de madera con una leve figura carcomida.

En el momento en que se disponía a salir de ese mugrerío escuchó una voz:

—Mujer...mujer no me abandones.

Su cuerpo se heló. Dio la vuelta y miró la imagen.

—¿Quién es usted?

—Yo. Soy Jesús. ¿No me reconoces?

—Sí. Le reconozco. ¿Qué quiere de mí?

—Tu misericordia. Llévame a la casa de mi padre.

—Ahí no es posible, Señor. La casa está ocupada por el oscuro.

—¡Ah, ya llegó!

—Sí, Señor. Llegó hace unos meses. Viera como tiene la casa

—Yo le conozco hija. Él fue quien me dejó aquí.

—¿Cómo, ya conoce al infeliz?

—Claro que le conozco. Él era el más bello ángel.

—Señor. ¿Cómo va a ser un ángel, ese desgraciado?

—Hija, llévame. Tenemos que salvar la casa de mi Padre

Antonia levantó la imagen, trató de unir las piezas, recordó que a la entrada de la iglesia había una mesa y el sitio era poco visitado. Nadie se fijaría en la imagen. Decidió llevarla a rastras. Cuando llegó al sitio lo acomodó sobre

una mesita de caoba. Satisfecha con haber cumplido un acto de humanidad se retiró a la cocina.

El sacerdote sintió un reguero de jazmines, no era Leonor, si no Antonia. Por algún motivo inexplicable, la mujer nunca quiso ser santificada. Aburrido avanzó a paso breve a la iglesia. al entrar por la puerta principal escuchó una voz:

—Yo soy el dueño de esta casa, el pastor de este rebaño.

El cura dio la vuelta y gritó: —¿Quién te trajo?

—Mi rebaño.

—Tu rebaño, dices. Mira a tu rebaño. El uno roba, el otro se corrompe, la autoridad se lleva el dinero de las obras, el tendero cambia la pesa, el jornalero se levanta tarde, la esposa duerme con el amante, el hombre mata y asesina a su pareja, los hijos gozan de deseo con sus padres y la madre observa, tus apóstoles se comen a los niños. Hasta tus seguidores en Roma se comen entre ellos: sangre, carne y huesos. Tu rebaño, dices. Pierdes el tiempo.

—Mi rebaño. Yo vengo justo por ellos. Vete de aquí, Satanás. Yo soy el pastor y estas, mis ovejas.

Tembló la tierra. Del cielo cayeron peces muertos. Las abuelas prendieron con zozobra las velas. Las esposas cerraron ventanas y puertas; los niños se cubrieron debajo de los toldos. Sólo Leonor no sintió la guerra porque estaba depilándose las piernas.

El padre Delio gritó:

—Antonia, ¿Quién ordenó traer al crucificado?

La mujer respondió: —Yo le traje. Él tiene más derecho que nadie. ¿Cuál es su temor?

—Mi temor...no tengo temor. Solo me ha sorprendido.

—¿Qué clase de cura es usted? ¿Sorprenderse del dueño de casa?, ¿acaso no conoce a Cristo, nuestro Señor?

—Hija, pero qué dices. Sí le conozco. Pero me molesta que se llene de palos viejos la casa del Señor

—Palo viejo. ¿Cuál palo viejo? ¿No ve que le ha carcomido el comején?

—Antonia...mi pequeña. Siempre pendiente de la casa del Señor.

Ella respondió: —De nuestro Señor. No es sólo mío.

Cuando salió el sacerdote, el crucificado con voz lastimera dijo: —Te das cuenta que quería dejarme en la calle.

—Tranquilo Señor. Primero que se vaya él

La cuidadora fue al altar y prendió los cirios

Ni la cuidadora ni el crucificado habían sentido que la serpiente estaba enroscada en una de las columnas.



La belleza de la inmensa carne

“Hay quien dice que las fantasías deben quedarse en eso: deseos irrealizables que excitan nuestra imaginación, que estimulan la vida sexual empolvada. Llevarlas a la realidad no sólo supone desilusiones, sino destapar un frasco lleno de alacranes”

“las fantasías llevadas a la realidad, son como fantasmas que pasan al plano de los vivos y se disponen a hacer daño”

Pandora, de Liliana Blum.

Fantasía: idea, cosa, historia o percepción falsa de la realidad que sólo existe en la mente de quien la imagina. Eso dice el diccionario del internet. Pero, todos, de alguna manera, tenemos fantasías; hay científicos que sueñan con la teletransportación, y no podemos tacharlos de locos, porque siglos atrás, Leonardo da Vinci dibujó el primer plano de un helicóptero, o sea una fantasía. Sin embargo, era una idea, el hombre quería volar, conquistar el cielo, y en esa época era imposible. Habrá otros, y más en nuestra cultura, que ya borrachos fantasean que son un Señor de los Cielos mientras escuchan narco corridos y se avientan un pericazo por sus fosas nasales, aunque, a sabiendas, que llegado el lunes, ya no traerán un peso partido por la mitad y tendrán que madrugar para tomar el camión que los lleve a la maquiladora a trabajar. También, hay quienes sueñan con ser millonarios, y así, hagan lo que hagan nunca lo van a lograr.

Ya ni se diga cuándo niños; fantaseamos con ser Superman o Batman, o en la adolescencia con tener como novia a la güerita más bonita y popular de la escuela, o ser una estrella de Rock o Presidente de la Nación ou ooooo!

Pero...

Hay otras fantasías.

Dicen que lo que define nuestra sexualidad es lo que vemos, o experimentamos, escuchamos en la etapa de la infancia; ya sea porque ese roce de la tela de satín de la cobija nos producía sensaciones eléctricas, o extrañas. El sentir el chorro de la regadera deslizarse por nuestras partes íntimas, O espiar a la vecina guapa que salía a regar su patio

en la madrugada en ropa interior, y que por casualidad la descubrimos sin que ella se diera cuenta, o esa revista – y sigo con las revistas pues pertenezco a la generación X – oculta, en la casa de ese tío solterón, y que nos llevamos a nuestra casa para verla escondidas en la habitación y descubrir con nuestros ojos lo que imaginábamos pero que no teníamos idea; saber cómo es una mujer desnuda. Yo las descubrí por Playboy, pero ya después, me gustaron más las de Hustler jajaja.

Antes de tener nuestra primera relación sexual, lógico que primero la fantaseamos. Y, ya después de consumado el acto, nos damos cuenta comparando lo imaginado con lo real, y esta realidad, en su mayoría de los casos – que son pocos los que opinan lo contrario – que es mucho mejor que lo que creíamos. El sexo es un regalo de los dioses. Pero bien, siempre está latente ir un paso más allá; y este deseo tiene quizá como origen esas sensaciones eléctricas o extrañas que hicieron volar nuestra imaginación metiéndose en nuestra psique y ocultándose en el sótano de nuestro cerebro. Quizá alguno sintió placer cuando su madre lo puso de pecho sobre sus rodillas para ponerle las nalgas al aire y dejárselas totalmente rojas a chanclazos. También puede que ver a la misma madre maquillarse, ponerse tacones y medias fue el origen del fetichismo hacia tales prendas. En fin, la columna sopa de letras se puede llenar de ejemplos y no terminar.

¿Por qué esta introducción David? ¿A caso estas escribiendo una tesis sobre parafilias? Me preguntaran. Pues claro que no. El punto es, que esta reseña de la novela “Pandora” de la escritora

Liliana Blum, tiene una escena sublime que disfruté, en la cual me reí por momentos ya que me hizo recordar a mí y a mis amigos de primaria y secundaria – ya que tanto en la escuela y el barrio era parte de la iniciación la plática de aventuras amorosas o sexuales, ya sean reales o inventadas; el chiste era contar algo y venderse uno como alguien chingón. En la novela de Pandora, hay una escena donde se narra el origen de la parafilia del coprotagonista, el Dr. Gerardo Vieira, quien es un profesionista joven, alto, exitoso, con una esposa delgada como una Barbie con quien tiene dos hijos gemelos, y sobre todo, el man está muy guapo, más que Enrique Peña Nieto y mucho más que el Justin Trudeau... pero así de guapo y exitoso, el Doc, tiene un secreto...

Ah, ya se picaron, verdad. Sigamos con el chisme, pero primero les voy a presentar a la autora de la novela, y después sigo con el triángulo de las bermudas que forman Pandora, el Dr. Gerardo Viera y su esposa Abril, quien en su adolescencia sufría sobrepeso y es un pasado que oculta su marido.

Liliana Blum nació en la ciudad de Durango, en 1974. Estudió Literatura Comparada en la Universidad de Kansas y tiene una maestría en Educación, con especialidad en Humanidades, por el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey. Sus relatos traducidos al inglés han aparecido en varias revistas literarias, como Eclética, Mislexia, StorySouth, Blackbird y The Dirty Goat. Ha sido becaria del Fondo nacional para la Cultura y las Artes (FONCA) en la categoría Jóvenes Creadores, y también ha tenido la beca del Sistema Nacional de Creadores de Arte (SNCA). Sus novelas son: *El extraño caso de Lenny Goleman* (Planeta Juvenil, 2022), *Cara de liebre* (Seix Barral, 2020), *El monstruo pentápodo* (Tusquets Editores, 2017, Bordes 2019), *Pandora* (Tusquets Editores, 2015), fuente la Wikipedia. Y ah, se me pasaba, la más reciente: *Un descuido Cósmico*,

El estilo de Liliana me gusta mucho, va al punto, no se anda con rodeos, directa como una noticia de nota roja y cruda como un reporte policiaco; de capítulos cortos, cuatros, seis, máximo diez páginas, brincando de una escena a otra entre la primera persona y tercera; y con esta estructura, Pandora, arranca con una triste escena.

Pandora es el nombre de la protagonista, una mujer – en los 30's o casi en ellos -, quien desde niña sufre sobrepeso, dándose cuenta que desde temprana edad, tal condición física, es apartada por una sociedad con prejuicios, quienes la señalan que la obesidad es culpa de quien la padece – algo así como el pobre es pobre porque quiere -, alejándola de algo importante para el desarrollo de cualquier humano: el amor. Pandora, empezando la novela, pierde al único ser que la ha querido y amado tal como es: su padre. Sin embargo, tal amor no se puso a prueba ante su madre, quien, siendo una obsesiva del físico y la apariencia, nunca dejó de criticarla y atormentarla, y él nunca intervino en su rescate, en su silencio, le daba la razón a su esposa. Muere de un paro cardíaco dejando a Pandora sola en el mundo, sin amigos, novio, o alguien que la protegiera. Sola en casa de una madre obsesiva por lo fitness, a quien tiene en un pedestal a la otra hermana, debido a que esta tallada a su imagen y semejanza; bonita, y lo más importante delgada.

Pandora tiene la certeza que al ver hacia el horizonte, vislumbra un futuro incierto, gris, triste, y por lo tanto, se dedica a lo único que le ha dado placer desde niña; comer. Sí, comer, pero en cantidades grandes con la finalidad de quedar totalmente llena, de darse a sí misma auto amor. Pero, la cosa cambia cuando consigue un nuevo trabajo, como recepcionista de un hospital privado.

Y aquí, la cosa es otra cosa, y es cuando ese realismo sucio, trágico, y ocasiones extraño; sí, a Liliana le gustan los temas poco comunes, raros para algunos, tabú para otros, y geniales para personas como yo que buscamos lo diferente, tal y como deben ser los senderos de la literatura; hay que soltar esa pluma, hay que tomar riesgos, y Liliana Blum los toma sin ningún miedo al qué dirán o quizá si la historia vaya a gustar o no. De eso se trata, de tomar de la mano al lector, y llevarlos a lugares o mundos donde nunca antes había pisado pie. En Pandora, vemos un flechazo inusual, una novela de amor, de obsesión y quizá para algunos de perversión.

El Dr, Gerardo Viera – el galán – ya había visto a Pandora antes. Fue en una cena de fin de año donde médicos, personal administrativo y hasta de limpieza del hospital, convivieron en la misma mesa. Gerardo, no pudo evitar ver aquella

mujer, de proporciones enormes y apetitosa, ajena a su mirada, en la cual, sus pupilas se dilataban al máximo de un éxtasis desenfrenado; quería tocarla, acariciarla probarla. Verla comer le estaba provocando un desenfreno mental. Sin saberlo, su esposa Abril, se dio cuenta de su fijación y estalla en una crisis al percibir como él entre abría apenas perceptiblemente sus labios, sabroseándose; ¿a la gorda?

Lógico, el doc se lleva a su esposa a su casa, y niega todo. Abril le cree. Estaba alucinando, ¿cómo iba a desear a la gorda esa? Sin embargo, el doc queda enlulado y en las noches sus fantasías lo visitan trayéndole consigo un recuerdo. Aquí es donde se narra la escena sublime de la que les conté, la que me trajo a la memoria cuando yo le dedicaba mis pensamientos fantaeróticos a Maribel Guardia o a Rosa Gloria Chagoyan. Gerardo Vieira cuando niño, le gustaba mucho que su mamá lo dejara al cuidado de su tía la repostera, en una casa que olía a pastel y galletas. Un día, su tía fue a descansar a su habitación, y él, fue a buscarla, descubriéndola dormida sobre un sillón, recostada, con la blusa semi abierta, dejando al descubierto los enormes montes, y con la falda un poco levantada, dejando ver sus succulentas carnes; Gerardo, en su primera vez de ver al descubierto partes del cuerpo femenino. Emocionado, comienza a viajar en su mente haciendo símiles. La tía se mueve y el pezón se sale de la copa, Gerardo ve una cereza. La blanca piel es betún de pastel, los pechos enormes panes, el olor de su entrepierna huele a galletitas recién orneadas. Gerardo no puede más, se esconde en el armario, y desde las rendijas, sigue observando, con el miembro descomunamente tieso...y comienzo a jalarle el pescuezo al ganso.

Y, en el hospital, como todo buen gañan que aprovecha la oportunidad, corteja a Pandora

invitándola a comer, seduciéndola con su sonrisa, hasta que ya entrados en confianza y ella, enamorada y con toda la guardia baja, le confiesa su gusto por las mujeres obesas. Pandora esta estupefacta, toda su vida había sido rechazada y el amor era algo irreal. Cede al hermoso doctor que todas desean y se convierte en su amante.

Ya en la intimidad, él le confianza su fantasía: él quiere ser un feeder y quiere que ella sea su feedee. Le explica que quiere alimentarla hasta convertirla en una ballena, al punto de dejarla inmóvil. Pandora, asustada, pero enamorada al fin, accede; no podía negarse a esa sonrisa y mirada de niño feliz que puso el Doc cuando ella da luz verde a su petición.

Hay una escena tan similar como si uno le dijera a su pareja: oye, que quiero meter mi puño en tu ojete y deslizarlo hasta que mi codo tope. Algo así como un fisting extremo. Pues, el Doc propone meterle a Pandora un tubo por la garganta, y ya entubada mete una manguera conectada a un embudo donde el Doc vierte litros de batidos cargados de miles de calorías...

Todo iba bien, hasta que Abril comienza a tener sospechas sobre la infidelidad de su marido y decide a actuar como detective hasta llegar a un dantesco y escatológico final donde el lector alzaré las cejas sorprendido o correrá al baño a vaciar el estómago.

Y así mis amigos lectores, hay les va una moraleja: nunca ocultes tus deseos cochinos. Cásate con esa persona que sea tu cómplice, para que no andes buscando por fuera, lo que tienes en casa. Porque materializar esa pervertida fantasía con un extraño, algo puede salir muy mal...ojo, mucho ojo ¡eh!

Proyecciones de la mente

La injusticia del estigma social revelada a través de una canción

por Ástrid G. Reséndiz



“Ahora escúchame Jim Hawkins: Tienes la fuerza de tu grandeza; pero tienes que tomar el timón y decidir tu propio curso. Síguelo, no importa que duela. Y cuando el tiempo venga a decirte que tienes que izar tus velas y ser todo un hombre, yo espero estar ahí, recibiendo algo de la luz que emitas ese día”
John Silver. El planeta del tesoro.

El planeta del tesoro es una joyita cinematográfica incomprendida por gran parte de la población, mientras que, para otra, pasa por completo desapercibida. Más allá del mensaje oculto en la película, se revela una piedra preciosa más deslumbrante, interpretada en español por el cantante Alex Ubago “Sigo aquí”. En dicha interpretación, de acuerdo a la estructura musical y versos, se encuentra un mensaje oculto que podría o no, estar ahí de manera intencional. Sin embargo, lo cierto es que existe un sector poblacional que pocas veces encuentra el medio, el modo o la forma de manifestar su sentir. Por medio de la letra de esta canción podemos abrir una puerta, o quizá, por lo menos, una ventana a ese mundo interior tan desconocido por la población “Neurotípica”. Y por supuesto, me refiero al mundo interior de la población “Neurodivergente”.

Antes de ahondar en los secretos que ahí se revelan, empecemos por definir estas palabras, que aún hoy son desconocidas para la inmensa mayoría de la población. Definamos, para que así puedan entrar de lleno a esta diversidad de la que casi nadie habla, o incluso se avergüenzan.

Se conoce como “Neurotípico” a todo ser humano que cumple con los patrones de comportamiento habitual, gracias a que cuenta con la estructura neurológica “saludable” o “estándar” y típica en una sociedad; como resultado de no presentar ninguna alteración y/o anomalía en su neurodesarrollo. Y se dice que alguien es “Neurodivergente” cuando sus conductas y comportamientos rebasan o incumplen lo estándar o esperado; debido a que su estructura cerebral es “distinta” al esperado, como consecuencia de

alguna anomalía o alteración en el momento de su neurodesarrollo.

Hasta la fecha, siempre se le ha visto como un defecto, incluso como una enfermedad. Las personas neurodivergentes, son todas aquellas cuyo cerebro tiene una forma distinta de procesar y responder a los estímulos externos. Entre ellos se encuentra “El trastorno del espectro autista” en todas sus variables como: Asperger, Rett y Heller. Además de “El trastorno por déficit de atención con o sin hiperactividad”, “Esquizofrenia”, “Bipolaridad”, etc.

Fue gracias a Judy Singer, socióloga y activista que se acuñó dicho término por primera vez en 1988. Y con ello abrió paso a una nueva perspectiva, que, aunque inicialmente se centró a todo el espectro autista, hoy día abraza y arropa a la inmensa variedad de variables neuro anatómicas que se manifiestan a través de los diversos “trastornos”, permitiendo así un enfoque más empático y menos limitante o hasta asfixiante para este sector poblacional.

En la canción “Sigo aquí” encontramos una estructura que nos revela emociones y sentimientos que podrían encajar con las personas neurodivergentes, especialmente las que pertenecen al espectro autista, sobre todo en sus grados más leves como “Asperger”, que muestran un mayor interés por adaptarse a la sociedad y sentirse arropados con amor y amistad, en donde sus diferencias, los relegan a cambiar o resignarse a una soledad consumadora; debido a la incomprensión de la sociedad para con ellos.

Veamos:

*“Soy la pregunta del millón. Siempre la interrogación.
No respondas que sí, porque sí”.*

Se nos revela cómo se percibe como alguien fuera de la “norma” o el “estándar” que todo el mundo cuestiona, señala y etiqueta su modo de proceder. Se habla de una persona incomprendida por una sociedad que se toma muy poco en serio a sí misma, a sus palabras y acciones, así como sus promesas.

“¿Y qué? ¿Qué podrías tú decir? Si yo no te voy a oír. No me entiendes y nunca seré lo que esperas de mí”.

Se demuestra la frustración que existe ante conductas poco éticas. Un rasgo común en las personas Asperger es su tendencia a tomar las reglas escritas y promesas como ley inquebrantable que debe ser respetada hasta la muerte. De lo contrario, se toman dichos acontecimientos bastante más en serio que la población “Neurotípica”, por lo cual suelen ser más desconfiados.

Otro aspecto que podemos encontrar en dicho verso, es el hecho de que los “TEA” (trastorno del espectro autista) suelen ser ensimismados y no prestar atención al mundo exterior, por una gran variedad de razones, una de ellas es la sobre carga sensorial que los “anestesia” en una forma de escapar de la realidad impuesta y tan saturada en estímulos, encontrando una mayor paz en el mundo interior. Lo cual, es una situación que la población “normal” suele buscar cambiar por la fuerza, obligándoles a ser tal como se espera de ellos, con todo lo que eso implica. Siendo los “Asperger” quienes más sufren y padecen de ello, por su deseo interior de encajar.

“Jamás ya me vas a conocer, niño y hombre puedo ser. No me uses y apartes de ti”.

Podemos notar que se habla de alguien que es etiquetado de una forma infantil, tratado como alguien a quien puedes usar y desechar, con poca expectativa de un logro y éxito real. En las personas neurodiversas, esto es algo bastante común. Hablando de los “TEA”, principalmente “Asperger”, vemos que muchas veces, son percibidos como “infantiles” a causa de las “Estereotipias” y forma de vestir a causa de su

extrema sensibilidad ante el uso de la ropa que los lleva a buscar comodidad por encima de belleza o elegancia; la forma de comunicarse, siendo bastante más ingenuos que los “Neurotípicos”, al no comprender las normas sociales no escritas en que todo se vale, como el sarcasmo, las ironías y dobles intenciones.

“Y di ¿Cómo alguien aprendió? lo que nadie le enseñó. No me entienden. No estoy aquí”.

En esta porción de la canción se nos revela un reclamo a la par de esperanza, donde el protagonista en cuestión, es alguien que ha decidido alzar su voz, manifestando la injusticia que hay detrás de la expectativa en proceder de un modo que es antinatural para él y como a su vez, esto deriva en un relego tal, que le hace sentirse invisible. En las personas Asperger, es común, sobre todo mujeres que, al presentar un autismo leve, incluso una increíble habilidad de camuflaje, también conocido como “Masking” se les niegue un diagnóstico, puesto que no se detecta a tiempo. Lo cual les obliga a lidiar con ese poco entendimiento y orilla a tener una lucha gigantesca por adaptarse, que muchas veces deriva en cuadros depresivos, fobias sociales, ansiedad y baja autoestima; siendo a veces la causa que los conduce a llegar a un diagnóstico que, de haberse detectado a tiempo, habría evitado mucho sufrimiento a quienes nacieron con estas diferencias. Al tener una estructura anatómica cerebral diferente, presentan grandes dificultades para relacionarse con los demás, todavía más marcado en quienes no cuentan con ese apoyo que algunas veces las personas diagnosticadas poseen.

“Y yo solo quiero ser real y sentir el mundo igual que los otros, seguir siempre así”.

En este verso, lo que se revela es la tristeza y frustración que hay al intentar encajar, nos revela que existe un sufrimiento al percibirse diferente.

“¿Por qué yo tendría que cambiar? Nadie más lo va a intentar y no entienden que sigo aquí”.

El dolor que hay detrás del relego social, incluso la forma poco empática en que se les trata y visualiza se revela en esta porción de la canción.

Puesto, que por más que se les quiera obligar a ser diferentes, a ser “normales”, al ser una cuestión anatómica y fisiológica, es algo que nunca van a poder cambiar.

“Y tú ves lo que ellos nunca ven. Te daría el cien por cien, me conoces y ya no hay temor”.

Se demuestra el cómo sería más fácil contar con una sociedad empática y bien informada, que aprenda a dejar de estigmatizar, antes que obligar a alguien que nació de una forma específica a cambiar algo que no puede modificar. Pues solo mediante el amor podría ayudárseles a sentirse parte de esta sociedad. De este modo, toda la población neurodivergente podría enfocarse en dar al mundo todo lo bueno que hay en ellos. Porque sería más funcional que sean valorados por la inmensidad de cualidades extraordinarias que pueden aportar.

“Yo mostraría lo que soy si tú vienes donde voy. No me alcanzan, si eres mi amigo mejor”.

Es la comprensión, la que podría abrir paso a que se les deje de forzar a ser algo que no son, con tal de no ser tratados como seres invisibles. En ese verso, se revela que, aunque así se les haya querido tratar, siguen presentes y más que nunca.

“¿Qué sabrán del mal y el bien? Yo no soy lo que ven. Todo un mundo durmiendo, y yo sigo soñando, ¿por qué? Sus palabras susurran mentiras que nunca creeré”.

Una de las cosas más comunes en personas con TEA es que tienden a ser mal interpretados por las dificultades que presentan debido a su forma de percibir y reaccionar al mundo que los rodea. Siendo etiquetados muchas veces como “Dramáticos, exagerados, insensibles o malvados”. Cuando en realidad se trata solo de la incomprensión del mundo para con ellos y viceversa. No es que no exista una intención de hacer amigos, en realidad al ser demasiado sinceros y transparentes, muchas veces no son conscientes de que dichas actitudes pueden herir susceptibilidades. No son lo que la sociedad dice que son, son personas con sueños y sentimientos, a veces hasta más puros y honestos que los que la

población en general presume en tener. Una verdad puede ser dolorosa, pero a la larga menos destructiva que una “mentira bien intencionada”. Porque en la verdad de los TEA, no habrá malicia, solo la pura y cruda verdad de lo que perciben.

“Y yo solo quiero ser real y sentir el mundo igual que los otros por ellos, por mí”.

Y aquí se enfatiza el deseo de renunciar a ser lo que se es, con tal de sentir amor, de dejar de lastimar y simplemente pertenecer. Se ve el peso de todo lo que la canción nos ha ido revelando, el como la soledad puede ser una tortura insostenible.

“¿Por qué yo tendría que cambiar? Nadie más lo va a intentar. Estoy solo y sigo aquí. Solo yo, estoy aquí, sigo aquí, sigo aquí”.

Finalmente hay aceptación. Se abraza la identidad como algo natural. Se prefiere la soledad, antes que renunciar a ser quien se es. Aceptando el amor que con sinceridad encuentran de quienes la encuentran, y se rechaza todo aquello que los obligue a ser diferentes. Este es el caso que una gran población neurodivergente encuentra al contar con un diagnóstico, principalmente si es tardío. Es el modo en que pueden empatizar consigo mismos, y soltar todas aquellas etiquetas y expectativas que por años les lastimaron.

Es por ello, que la canción “Sigo aquí” de Alex Ubago, revela mucho más de lo que a simple escucha puede parecer. Revela tanto, que encaja a la perfección con una perspectiva neurológicamente atípica, como en las personas con TEA. Abracemos, pues, la diversidad que existe, porque no es posible de cambiar. Ser empáticos, nos hace más humanos.

Solo el entendimiento y el abandono del estigma, nos hará evolucionar como sociedad. Que cada quién se haga cargo de sí mismo. Por lo cual, aunque se pretenda ignorar a ese sector poblacional, este siempre será parte de la sociedad, aunque no se les quiera conceder dicho lugar, ellos siguen existiendo.

Interés superior

por Larissa Calderón



Los tacones de Mariana

Una de las situaciones más complejas de sobrellevar en la infancia es la orfandad. En la primera infancia, la niñez y la adolescencia introyectas varias emociones, en este caso, la inseguridad, el desapego, la no pertenencia y la mezcla de todas ellas: la ansiedad. Observas el mundo con muchas expectativas y deseos, pero al mismo tiempo sientes que nada es para ti, que no eres lo más importante para nadie, rápidamente aprendes a sobrevivir. En algún momento de tu desarrollo, inconscientemente sabes que no habrá quien cubra tus necesidades afectivas y comienza una etapa de falsa autosuficiencia; lo digo así porque cuando te vinculas con alguien amistosa o amorosamente, muchas veces se convierte en codependencia emocional.

La literatura, a lo largo de su historia, nos ha contado las vidas de niños y niñas huérfanas una y otra vez, tratando de visibilizar esas experiencias o simplemente como hilo conductor de las tramas. Como *Oliver Twist* (1838), de Chales Dickens, un niño que va del maltrato en un orfanato, a ser explotado en las calles y finalmente adoptado. Otra obra sobre una huérfana que me marcó mucho es *Jean Eyre* (1847), de Charlotte BrÖnte, porque la protagonista al haber crecido y sido educada en un instituto, la volvió una mujer insegura de si misma y definió irremediamente su forma de amar y recibir amor. Otra niña huérfana, pero con una personalidad llena de alegría por cada aspecto de la vida, es la pequeña *Heidi* (1880), de Johana Spyri, la niña llega a vivir a los Alpes suizos con su abuelo ermitaño y encuentra la forma más simple y natural para ser feliz.

Luego llegan los niños perdidos comandados por Peter Pan, escrita por James Matthew Berrie en 1904, quienes prefieren alejarse del mundo real y refugiarse en *Nunca Jamás*, un mundo de fantasía, pero sin dejar de ansiar los cuidados maternos. En 1911, Frances Hodgson escribe “El jardín secreto”, en esta novela Mary Lennox, una niña huérfana llega a vivir a casa de su tío, donde también vive su primo Colin, huérfano de madre, enfermo e ignorado por su padre. Juntos encuentran un jardín para sanar física y emocionalmente, además de reconectarse con su cuidador principal.

En “Arrancad las semillas, fusilad a los niños” (1958), del autor japonés Kezamburo Oé, narra la historia de un grupo de niños abandonados que sufren el rechazo de la sociedad y se ven enfrentados a las situaciones más dolorosas y desesperanzadoras. Otro autor japonés, Kazuo Ishiguro, escribe en 2005 la novela distópica “Nunca me abandones”, donde niños y niñas huérfanos son educados en institutos, aparentemente todo es normal, hasta que se dan cuenta que son criados como reemplazos de órganos y a lo único que se aferran es a las amistades que se generan entre los que viven la misma situación.

Y no podemos olvidar a uno de los huérfanos más famosos de la literatura contemporánea, Harry Potter (1997) de J.K. Rowling, que a pesar de ser bien recibido y

protegido en la escuela de magos y ser el lugar al que siente que pertenece, al terminar cada ciclo escolar, siempre termina regresando a la casa de sus tíos que lo maltratan, discriminan y menosprecian.

La lingüista Susan Sontag, menciona en su ensayo “Ante el dolor de los demás” (2001), como nos vamos haciendo inmunes al ser espectadores de tanto sufrimiento.

Sin embargo, yo quiero creer que hay quienes ese dolor ajeno les hace tomar acción y aunque no hayan pasado por problemas similares, pueden entender y usar su situación privilegiada para incidir.

En 2021, en Monterrey, Nuevo León, unos tacones resonaron por los pasillos de un edificio sucio, desatendido, triste y deteriorado, el lugar dónde viven los niños, niñas y adolescentes en orfandad o que sus padres y madres perdieron la custodia temporalmente. Mariana Rodríguez, influencer, titular de [Amar a Nuevo León](#) y esposa del Gobernador Samuel García, había llegado a Capullos, el albergue que está a cargo del estado. Con ella llegaron cambios, primero comenzó a compartir en sus redes sus interacciones con los niños, niñas y el personal. Para entretener a los y las habitantes del orfanato se puso una botarga de Rex, el dinosaurio de Toy Story, pero con tacones blancos. Luego llegó navidad y organizó una serie de eventos y juguetes patrocinados por marcas como Lego y personalidades del deporte como el Canelo Álvarez.

Mucha gente la acusó de banal, de hacerlo todo por pose para su Instagram e incluso de falsa. Trascendieron escándalos como cuando sacó a un bebé de Capullos para pasar un fin de semana en su casa. Incluso fue confrontada por feministas el 8 de marzo de 2022. Pero inmediatamente los cambios empezaron a ser estructurales. Visita a diario Capullos, se acuesta en las camas del albergue y se da cuenta de las condiciones de los viejos

colchones donde duermen bebés, niños, niñas y adolescentes. Logra cambiarlos con la ayuda del estado y de patrocinadores; demostrando que no sería una mujer más que se pasea de vez en cuando por esos pasillos, que llega con unos regalitos, sonríe para la foto y abraza a infantes de quienes nunca llega a saber ni sus nombres, mucho menos sus problemáticas. Mariana comienza a involucrarse, a conocer los casos uno a uno, a hablar de ellos públicamente, a promover la adopción, a entender las necesidades y el papel del gobierno para con los y las menores de edad que custodia.

Mariana Rodríguez transformó Capullos, o como ella misma publicita, [lo hizo renacer](#).

Este mes de agosto entregó las villas donde vivirán los y las menores. Instalaciones de primera calidad, construidas y adaptadas con altos estándares, con mobiliario, iluminación y ventilación. Un espacio que dignifica la vida y da un lugar en la sociedad a quienes no solo necesitan una casa donde estar, sino un hogar, seguridad y valía. Ahora saben que para el estado es importante su bienestar.

Pero no solo es una instalación nueva, la renovación va más de fondo, es un cambio hacia el respeto pleno a sus derechos, garantizar su protección y un espacio para sanar lo que hayan vivido, mejorar su futuro y, por consecuencia, el de su comunidad.

Mariana Rodríguez ha dado el ejemplo para así poder contar nuevas y mejores historias sobre la orfandad, porque nunca se está realmente en soledad, se es parte importante de una sociedad y merecen ese reconocimiento.

F es de Fantástico

por J. R. Spinoza

Cierra el maldito libro: un poemario hecho de luz

Es el tema el que elige al autor. Por ello grandes maestros de la literatura repiten (dentro de su vasta o no tan vasta obra) temáticas. Casos conocidos son Jorge Luis Borges con los temas del tiempo, el laberinto y la intertextualidad. Juan Rulfo es otro buen ejemplo, él usa los temas del abandono y la vida rural.

Me he sumergido en la literatura de Adán Echeverría en varias de sus obras tanto de narrativa como de poesía. En la gran mayoría de ellas los temas del autor son: las relaciones sexuales, la violencia y la ciudad. Lo podemos ver en sus obras:

Compañeros Todos, Tutlefem/ Lerotic, El orgasmo de los ídolos, Mover la sangre, Ciudad Abierta, El ropero del suicida, Detrás de la sombra y La ira de la noche.

En su nuevo poemario: **Cierra el maldito libro**, publicado por Cisnegro en 2023, el autor da un giro a su temática habitual. No es que no lo hubiese hecho antes, en narrativa ha publicado para niños: *Las sombras de Fabián* que fue merecedor al Premio de Literatura Infantil Elvia Rodríguez Cirerol y en lírica el poema infantil, bellamente ilustrado por Marta Aragón Rodríguez, donde la temática es naturaleza, titulado: *Mar Océano*, publicado en 2018.

Sin embargo, *Cierra el maldito libro* me parece que se aleja contundentemente de su temática habitual, antes mencionada que le ha valido premios y publicaciones con editoriales gubernamentales.

Si los temas de *Ciudad abierta* (2019), *El ropero del suicida* (2002) y *Detrás de la sombra* (2009), los tres poemarios de



diferentes tiempos, son: las relaciones sexuales, la violencia y la ciudad, los temas de *Cierra el maldito libro* (2023) son: El amor, la naturaleza y la felicidad.

Veamos la diferencia en temática, puesto que la lírica de Echeverría carece de altibajos.

En los elevadores ibas anunciando las tragedias íntimas
mientras tus dedos se colaban entre las pantimedias
Tus manos eran algo de revolución y citas involuntarias
por los cobertores dejamos abiertos nuestros párpados

Fragmento de **Deshabitarse**, poema publicado en *Ciudad Abierta*.

esos dos aquellos esos otros
que han tirado los ojos a la vida
ante la muerte son espada de gemidos
un tañir lastimoso en que se cierran las campanas
comulgando en la alegría del fuego

Fragmento de **Ellos se buscarán hasta complementarse**, poema publicado en *Detrás de la sombra*.

La línea sagital de la entropierna
se parte con tu filo de ausencia

lavo las cortadas de las cejas
en un velo dorado nuestros sueños.

Tu recuerdo
escurre por la espalda.

Fragmento de **El ropero del suicida**, poema publicado en el libro homónimo.

Y ahora la lírica que ofrece *Cierra el maldito libro*:

brincaba en los colchones
hacíamos el amor como parte de ese
Gran Misterio de polen y sal
abrevaderos de néctar
cristalizado eran nuestras manos

Este fragmento corresponde a “Enredaderas” poema que se ubica en la primera parte del libro.

En esta sección los poemas son de amor y desamor acompañados por elementos de la naturaleza que en ocasiones pueden ser metáforas como el “néctar cristalizado” de este poema. Encontraremos poemas titulados como Sol, Viento, Bosque, al inicio del libro, y conforme se avance serán corazones: Corazón de niebla, Corazón espina, Corazón silencio. En la segunda parte del libro, titulada como: *Cuadros íntimos*, encontramos al Adán Echeverría más luminoso, con este poema que me eriza la piel y se ha ganado un lugar en mi selección de poemas favoritos.

Hoy amanecí sin dinero y mi hijo sonreía. Ayer
al caer la noche hablé por el móvil
con mis pequeños
que viven al otro lado del país
y mi perrita me daba lengüetazos en las mejillas;
no me dejaba explicarles la angustia
de estar lejos.

Fragmento del poema titulado: **La felicidad**. Vemos una lírica que si bien, no olvida el dolor y las sombras y el sufrir; brilla, refulge y por lo menos a mí, me hizo latir el corazón al compás de los versos.

Acá otro gran poema:

pero hijo querido juguemos fútbol en el parque
borremos con los dedos las estrellas
préstame tu risa para cada amanecer
que en esta soledad de refugiado
tengo las piernas de ella como refugio

y tu sonrisa hijo adorado
la maravilla de saberme rico
rico de amor y mermelada
rico de sueños e ideales
rico de letras y poemas
oh qué rico soy hijo querido
un millonario fantasma

Este fragmento corresponde a “En este sofá cama te pienso”.

Comparé usted la diferencia de temáticas con tres ejemplos de poemarios pasados y tres de este poemario. Para gustos, los colores. Habrá quienes prefieran la temática más adulta y cruda de trabajos anteriores y quienes se decanten por esta nueva lírica luminosa que Echeverría nos presenta. Los hay también, quienes serán capaces de disfrutar ambas y valorarán el dominio de múltiples temáticas que el autor nos ofrece.

Yo recomiendo la lectura de este poemario. Es un libro que merece ser muy leído.

Bajo el barandal

por Rocío Prieto Valdivia



Visualizar a las mujeres

Como un pájaro atrapado en la garganta fue la palabra de Eunice Odio antes de su muerte.

A raíz de la lectura del poemario **Los Elementos Terrestres** de Eunice Odio, y al saber cómo fue relegada hasta llegar a su invisibilidad y su deceso en una soledad terrible, he pensado en la falta de empatía hacia el género femenino; y aunque Eunice Odio fue reconocida como una de las mejores exponentes por algunos de los grandes poetas de su época.

Alfonso Reyes la nombró como **La gran poeta de las Américas**, en México no se conocía su trabajo poético, pese que ya había ganado el Premio de Poesía Centroamericano en 1947 con el poemario mencionado. Octavio Paz comparó su poesía con la Ezra Pound, y que solo hasta después de su muerte sería comprendida. Otros tantos la reconocieron en sus coronas fúnebres como la gran poeta de América latina.

Me he quedado pensando en mis compañeras escritoras que se han quedado relegadas del ámbito cultural, o sus nombres casi no aparecen al buscarlas en Google; he leído algunas antologías de cuento y poesía donde las mujeres somos minoría, y aunque han surgido proyectos dedicados a visualizar a las mujeres nos han quedado a deber; tal vez sea por la exigencia de los requisitos que muchas no logramos reunir o cumplir, o al egoísmo por parte de las mismas mujeres hacía su mismo género.

Me hubiera gustado aparecer en algunos proyectos que anteceden a la fecha de aparición a mi primer libro; llegué tarde a la convocatoria que Adán Echeverría lanzara para recopilar el trabajo poético de mujeres y hombres radicados en los diferentes estados de la república mexicana, nacidos entre los años de 1960 hasta 1989; al Mapa Poético de México. En dicho proyecto hubo imparcialidad, hay casi el mismo número de participantes de ambos sexos entre los más de 650 poetas reunidos.

Conocí el proyecto en 2018 a raíz del décimo aniversario que Adán celebró en Cearte, donde varios poetas radicados en Ensenada nos reunimos para dar lectura a la obra de los poetas de Baja California, Baja California Sur, y otros estados que conforman la zona noroeste del país.

Desafortunadamente, muchos de los poetas nacidos en esos años no pudieron estar en el proyecto por la desinformación, o la falta de la publicación de sus obras en los distintos medios de los cuáles se tomaron los poemas.

Recuerdo que tenía de visita cultural a la poeta y promotor cultural Alma Delia Cuevas Cabrera y asistimos juntas a la lectura.

El Mapa Poético nos hizo recapitular y pensar en realizar un proyecto al cuál llamamos **Coordenadas de voces femeninas**, proyecto que se gestó en Ensenada; luego se abrió dando espacio para que más mujeres poetas pudieran mostrar su talento en una primera entrega. A la fecha el proyecto cumplirá seis años.

Visibilizar a las mujeres no es tarea fácil pero se sigue trabajando en las diferentes trincheras. Tanto hombres como mujeres han buscado los espacios culturales para dar voz a lo que las mujeres sienten y quieren expresar por medio de las diversas corrientes literarias. Entre los portales manejados por Mujeres se encuentran **El Creacionista** dirigido por Alma Carbajal, **Periódico Poético** dirigido por Gabriela Romualdo e **Hipérbole Frontera** por la escritora Mónica Morales Rocha, entre otros tantos.

Está última se ha enfrentado al escarnio público por la apropiación de un proyecto del cual omito el nombre, porque no me interesa crear más polémica. Dicho proyecto trató de visibilizar a las mujeres escritoras de México, de manera muy particular sin haber tomando en cuenta que ya había un Mapa Poético donde sé compilo la obra

de muchas mujeres, y me parece incongruente la manera en la cuál se hicieron ataques a la compañera Mónica Morales Rocha porque si bien en un inicio el nombre era similar, el proyecto va por otros rumbos, y busca dar importancia a las escritoras de Baja California, mostrando su obra mediante enlaces, postales, y una página donde puede visitarse la obra de las compañeras.

La idea de visualizar a las mujeres escritoras es un parte aguas en el país, por eso le brindo apoyo total desde mi estado, me parece una gran iniciativa y me agrada la idea del proyecto rebautizado como **Índice de Escritoras de Baja California**.

Estoy a favor de la visualizar a las mujeres poetas, y reconozco el trabajo de Mónica Morales Rocha abriendo un nuevo espacio, recopilando obra, haciendo equipo con Rosa Espinoza, con Cristiana, Márquez, entre otras.

Ojalá Eunice Odio estuviera viviendo estos tiempos, de seguro alguien la invitaría, la llamaría, para salvarla de esa soledad.

Sigamos leyendo la obra de las compañeras, leamos a Larissa Calderón, Estrella Gracia, Viridiana Medina, Yolanda Victorio Cota, Ástrid Velasco, María Díaz, y muchas más; hay que seguir compartiendo su obra y disfrutando su presencia.

Mi punto de risa

por Roberto Cardozo



Tempestades y tormentas

Cuando el cielo se viste de gris y los vientos son caballos desbocados atropellando todo en su carrera, todas las personas sabemos qué significa. Viene una tormenta. Ver estas señales en la atmósfera ha fascinado a infinidad de seres humanos y mucho de esto se ha reflejado en la poesía. Lope de Vega, Storni, Torres Bodet, Amado Nervo, entre otros, también han sucumbido ante el embrujo místico de una tormenta. Casi todos los textos poéticos muestran a las tormentas como un acontecimiento casi fatídico, una lucha encarnizada de la que hay que salir vivos.

Hay una estrechez entre lo sombrío que puede resultar un atisbo de nubes negras (ese color que insistimos en darle una connotación negativa, maligna) y las maneras poéticas de usar estas imágenes que, en muchas ocasiones me parece que nadie quiere desentrañar a las tormentas, solo sufrirlas, vencerlas, o dejarse vencer por ellas.

Como unos versos de Juarroz: “No se trata de naufragar en una tormenta cualquiera:/hay que hundirse/y volver a naufragar por elección en el fondo.”; en los que notamos cómo la tormenta se vuelve un elemento de la catarsis.

Una de las ventajas de las tormentas poéticas, es que nos permiten recorrer imágenes que suelen llegar a nuestras vidas como esas nubes ennegrecidas, esos vientos huracanados, esas lluvias implacables. Es hurgar en uno de los sentimientos más primitivos del hombre: el miedo.

El miedo, como uno de los elementos que más han movido a las civilizaciones, siempre se ve reflejado ante los fenómenos naturales en la literatura y poesía. En ocasiones, hasta parecieran facilismos.

Lo que me queda como reflexión, es que hasta los y las grandes poetas, siguen, en su mayoría, sin enfrentar los miedos primigenios, solo nutriendo las mitologías de todos los tiempos, a través de una recursividad que se irán heredando a las nuevas generaciones.

Quizá sea lo mejor, no lo sé. Cuando el cielo se viste de gris y los vientos son caballos desbocados atropellando todo en su carrera, todas las personas sabemos qué significa. Significa que es hora de meter la ropa si no quiero verme envuelto en unos minutos, en una batalla casi perdida.

Nos vemos en el slam

por Mario E. Pineda Quintal

La sala de lectura más grande del mundo



La emisión de los nuevos Libros de Texto Gratuito provocó que México se convirtiera en **el club de lectura más grande del mundo**. De la península californiana hasta la península yucateca estuvieron todos los personajes que suelen convivir en este tipo de grupo.

Antes de mencionarlos es importante aclarar que México no se transformó de la noche a la mañana en un país amante de los libros. En realidad, la discusión se generó principalmente por la polarización política generada desde Palacio Nacional.

En este club, sin galletitas y café, pero sí con muchos memes y circulación de datos falsos, estuvieron presentes los que sí leyeron los libros para conocer a detalle la nueva enseñanza enfocada a los alumnos de las escuelas públicas del país.

De estos había muy pocos en el club, inclusive algunos no se encuentran infectados por la polarización de AMLO Sí – AMLO No. En sus cuentas de redes sociales dieron opiniones a favor o en contra, sustentadas en los contenidos y arropadas por sus inamovibles pensamientos progresistas o conservadores.

En los asientos más cómodos y con celular en mano se encontraban los que no leyeron los libros, pero se comportaron, a medias, como los primeros mencionados mientras publicaban sus opiniones en redes sociales.

Ellos sí son AMLO Sí – AMLO No. Los defensores del presidente mexicano y su cuarta transformación aseguraron en el club que los libros eran lo mejor de lo mejor para los niños, pero sin entrar en detalles, nada de profundidad en sus comentarios, solo lo mejor de lo mejor.

En el otro extremo, sin señalar un por qué, decían que los libros eran un adoctrinamiento

izquierdoso. Según ellos, la lectura provocaría en los niños ideas para resurgir el bloque soviético y cambiar el águila y la serpiente, por la hoz y el martillo.

Lamentablemente a este club también llegaron los más indeseables, esa gente que tampoco leyó los libros y además se atrevieron a compartir datos falsos. Algunos de ellos políticos, es decir, mentirosos por naturaleza.

Estos repugnantes participantes en el club de lectura más grande de México, quién sabe de dónde sacaron capturas de pantalla, imágenes y párrafos que, según ellos, se encuentran en los libros y son sumamente dañinos para los niños.

Pese a no hablar con la verdad, se entrometieron en el club parándose en medio exigiendo que sus opiniones sobre los contenidos sean consideradas como verdaderas, y de paso lanzar una petición de voto escondida para que sus partidos regresen al poder.

A diferencia de otros club de lecturas, el más grande de mundo terminó volviéndose parte de la grilla política, en la que madres y padres de familia se encuentran involucrados, y decidirán la educación de su hijo, no por el contenido de un libro, sino por un AMLO Sí – AMLO No.

El principal factor que generó la discusión sobre los contenidos es el clima polarizado generado desde Palacio Nacional.

Un país con bajo nivel de lectura se disfrazó de uno donde los ciudadanos suelen hablar más del contenido en las páginas que de un partido de fútbol.



donativos

delatripa
Narrativa y algo más

Este es un proyecto cultural autofinanciable. Si quieres apoyar nuestra labor de promover y difundir la narrativa, la dramaturgia, el cuento, el ensayo y la minificción, puedes donar a esta cuenta:

nombre: Adán Waldemar Echeverría García / banco: Banamex / sucursal: 710
no. de cuenta: 3387106 / CLABE: 002910701033871062 / no. de tarjeta: 5204 1657 7589 0597